UN THRILLER DEL FORENSE FOSCO MERRELL

UN MUNDO DE SOMBRAS



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Un Mundo de Sombras

Un Thriller del Forense Fosco Merrell

First published by EDITORIAL ESCRITOR TOKENIZADO 2024

Copyright © 2024 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2411240189826

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



…a Eva

“El hombre debe enfrentarse a sus sombras para entender lo que realmente es la luz.”

Carl Jung.

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“★★★★★ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“★★★★★ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“★★★★★ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“★★★★★ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“★★★★★ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“★★★★★ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….

Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“★★★★★ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.

He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

BIBLIOGRAFÍA

SERIE ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO

SERIE BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

SERIE GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS

SERIE EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN

kindle unlimited amazon

RICCARDO BRUSIOLI

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de este libro te regalaré la primera novela de mi saga Álex Cortés, ***El Sastre del Diablo,***
El primer thriller del inspector de la policía investigativa, ambientado en Barcelona.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

Bienvenido al Universo Akeron

Este no es un lugar donde estar cómodos.

Akeron es una ciudad en la que nadie viviría por placer, pero muchos necesitan quedarse aquí. Es como una silla de madera con espinas en medio del desierto: si te sientas, es por necesidad.

Tú estás invitado, pero ten cuidado, porque este lugar te atrapará por su misterio y violencia; por sus adversidades y retos.

Aquí la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción. No será un recorrido fácil, pero seguramente será emocionante.

De modo que te invito a entrar en Akeron City, pero recuerda que, una vez que cruces el umbral, no serás la misma persona.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

Fosco tuvo la misma sensación de cuando el suelo se desmorona bajo los pies.

El padre de Olivia era un expolicía que según el informe oficial del caso se había suicidado. Desde que Fosco estaba con Olivia, había revisado durante mucho tiempo esa investigación. Un informe corto, escueto, rápido. Más rápido de lo que uno piensa. Actualmente, asuntos internos se hubiera encargado de filtrar la información e investigar de forma independiente. Pero en esa época, ese tipo de casos se llevaban de forma discreta.

—Fue el actual comisario, Caruso, entonces inspector, que liquidó el caso —dijo Olivia, confirmando las hipótesis del forense.

—¿Piensas que no fue un suicidio?

—¡No! Yo no creo que lo fuera. ¿Cómo demonios tengo que decírtelo? —gritó Olivia.

Fosco se levantó de la mesa del comedor de la comisaría, fue a buscar un vaso de agua y se lo llevó.

—Bebe un poco —indicó con amabilidad.

—Gracias —susurró ella antes de dar un sorbo.

Se secó la boca con la manga de la americana.

—Espera, voy a por una servilleta.

—No, da igual, este pantalón lo tengo que tirar, mira —dijo, y le enseñó el roto que se había hecho en la pierna con la verja de la urbanización de lujo.

—¿Ha sido cuando corrías tras el fumeta ese?

Ella asintió.

—No se te puede dejar sola —intentó bromear Fosco, y se levantó.

Fue hasta el botiquín que colgaba junto a la puerta y cogió agua oxigenada para limpiarle la herida.

—Vaya, de forense a médico de urgencia.

—Fui médico antes de ser forense, ¿qué te piensas?

Ella sonrió y se dejó curar.

—Explícame por qué crees que no fue un suicidio lo de tu padre.

El chorro de agua oxigenada escoció a la inspectora.

—¿Cuándo se ha visto que uno se pueda suicidar con una bufanda? Eso fue algo montado, Fosco.

—En el archivo que vi yo no había fotos.

—Tienen que haberlas cambiado o quitado. Yo tengo el original. Hablé con el forense de la época, me dijo que había sufrido una obstrucción en la laringe. El enfermero de la ambulancia dijo que se acordaba perfectamente de que en el cuello no presentaba ninguna marca.

—Ya, ¿quién quería que muriera, entonces?

—Solo sé que estaba investigando algo de las mafias, escuché que hablaba con un compañero de los Corvino, seguro que lo mataron ellos.

—Espera, espera, ¿un compañero? ¿Los Corvino? No te sigo.

—La noche antes escuché que hablaba con su compañero, le decía que habían conseguido información sobre una venta de algo de los Corvino. Al día siguiente lo encontraron muerto —explicó, y se echó sobre Fosco para abrazarlo—. Lo echo de menos, Fosco, lo echo mucho de menos —sollozó.

Comenzó a llorar y parecía que no podía parar. Todas esas lágrimas que había guardado dentro las sacó en un llanto intenso pero liberador.

Mientras ella se desahogaba, él la sujetaba con fuerza, con el mismo abrazo que podría dar una madre cuando un niño se desespera por haber caído de la bici por enésima vez.

—Muy bien, Olivia, sácalo todo. Las lágrimas, si no se sacan, oxidan por dentro —dijo él con calma, con amor, y le dio un beso en la frente.

Olivia se separó y lo miró a los ojos.

—Por eso no quiero que tengas nada que ver con los Corvino. No quiero perderte a ti también, ¿me has entendido, Fosco? ¿Me has entendido? —dijo a lágrima viva.

Él no pudo más que asentir y naufragar por sus ojos bañados de tristeza por el padre y miedo por perderlo a él.

—Está bien, intentaré estar lo más lejos posible de esa gente, te lo prometo.

—Gracias —dijo, agarrándose a él y quedándose así por un tiempo que no contaron, en silencio.

Cuando ella se sintió algo mejor, Fosco le secó las lágrimas y guardó el botiquín.

—He hablado con mi amigo, en unas semanas tenemos la cabaña para nosotros.

Ella cambió de expresión, sonrió y se acercó para darle otro beso.

—Creo que lo necesito —dijo ella.

—Sí, necesitamos unos días de descanso —replicó él—. ¿Qué haces, te vas a casa?

Ella se mordió el labio.

—No, hoy soy yo la que no puedo, tengo que hacer el informe preliminar para el juez o esa víbora se va a salir con la suya.

—Lo primero es lo primero.

—¿Quedamos mañana? —preguntó ella.

—Claro, incluso podemos comer juntos si no tenemos ninguna urgencia —sugirió, y cruzó los dedos.

Los dos se besaron una vez más y se fueron del comedor: ella, a su despacho y él, hacia su coche.

Al poner un pie en la calle, se dio cuenta de que no llovía. Levantó la vista y vio cómo entre las nubes el cielo dejaba ver alguna estrella. Pensó que allí arriba en algún lugar estaría el padre de Olivia, a lo mejor junto a su mujer y su hija.

La idea le provocó un escalofrío que le atravesó la espina dorsal.

Sonrió y fue hacia el coche. El viejo Nomad aún estaba mojado.

Subió y arrancó el coche. Quitó con el limpiaparabrisas las gotas en el cristal y puso música clásica.

Engranó la marcha atrás y, antes de que le diera tiempo de ver la figura negra por el retrovisor, el olor a almendras tostadas le recorrió las vías respiratorias; el gorila de los Corvino volvía a llevárselo.

1

FOSCO

De pequeño, Fosco soñaba con hacer volar las cometas.

Muchas veces, cuando soñaba, se acordaba de eso, una estela en el cielo, una playa, sus padres felices y correr perseguido por el viento hasta que la perdía, arrancada por una ráfaga.

Era un sueño recurrente en su mente que no podía dejar de lado, olvidarlo, y se repetía aún en la actualidad.

Cuando se despertaba, esa sensación de gozo se escapaba como la cometa del mismo sueño. De las manos, como arena, como agua.

Esa noche había soñado lo mismo, esa cometa que nunca conseguía sujetar más que pocos minutos. La oscuridad se fue disipando con un dolor de cabeza y un sabor amargo en la boca. Ya conocía ese sabor y esa sensación, el gorila de Michael Corvo le había aplicado una buena dosis de cloroformo al pañuelo.

La luz se fue haciendo cada vez más viva, como si alguien la subiera de intensidad. Hasta que vio de nuevo la situación que se temía: Michael Corvo y la Consejera.

Lo primero que le vino a la mente fue Olivia; le había prometido que no volvería a verlo, pero le daba cierta tranquilidad que él no los hubiera llamado. Ese encuentro era fortuito o, más bien, accidental.

Cuando ya recuperó todos sus sentidos aletargados, se dio cuenta de que estaba en el mismo lugar de hacía unos días, pero en una posición diferente: estaba sentado al lado del *boss*. Y que había perdido la noción del espacio y del tiempo.

—A veces pienso que sería mejor morir antes que revivir esto —dijo mientras miraba el reloj. Eran las nueve de la mañana.

—Buenos días, Fosco, bienvenido de nuevo a nuestra humilde morada —dijo el hombre mientras acariciaba el mismo gato—. Lamento este problemático sistema de comunicación que tenemos, pero es necesario, te lo puedo asegurar.

Mientras hablaba el jefe de la mafia de los Corvino, Fosco se tocaba la cabeza, esa vez le estaba estallando, peor que una migraña o un martillazo en plena frente.

—¿Qué queréis ahora? —espetó el forense.

—Sabemos que el fiscal te ha vuelto a llamar a su despacho justo cuando murió la jueza…

—¿Estáis detrás de la muerte de la jueza?

—Si sabes que no hemos sido nosotros, ¿por qué te empeñas en hacer preguntas que no están a tu nivel, Fosco?

—Será la resaca del viaje —dijo con tono divertido.

—Muy gracioso, ¿entonces?

—Al fiscal le gustaría hablar contigo, pero creo que no podréis traerlo aquí como hacéis conmigo.

—En efecto, Fosco, no podemos, por eso te hemos traído aquí a ti una vez más.

—¿Cómo?

Entonces se giró hacia la Consejera. Ella asintió desde una mesa de madera con ruedas. Encima había un portátil conectado al móvil del forense.

—Está todo listo.

—Bien, llama —ordenó Michael.

—¿Llama? ¿A quién?

—Para esto has venido de nuevo, para llamar al fiscal con tu teléfono y que no seamos localizados.

La consejera giró la mesa para que en la pantalla salieran tanto Michael como Fosco.

En la pantalla aparecía el nombre de Giselle, la secretaria.

—Fosco, ¿te estás equivocando o me llamas con videollamada? —dijo ella sin entender la cámara.

—Sí, Giselle, soy Fosco. Por favor, ¿podrías activar la cámara? ¿Estás con Quentin?

La mujer accedió a encenderla y, de repente, apareció su rostro en la pantalla. En cuanto ella también vio aparecer la imagen, no acabó de entender bien de lo que se trataba.

—¿Fosco, eres tú?

El forense saludó.

—No hagas preguntas, por favor, es sumamente importante. Pásame con Quentin.

La mujer arrugó el ceño y apagó la cámara y el micro. Se quedó la comunicación unos segundos en silencio.

Los dos hombres se miraron mientras el jefe en ningún momento dejó de acariciar el felino que yacía en su regazo. Lo hacía con un movimiento lento, pausado y sin prisa. Parecía una meditación, un ejercicio de *mindfulness*.

Regresó la imagen.

La cara del fiscal apareció.

—¿Fosco? ¿Dónde te has metido? Aquí es un caos —dijo sin haberse dado cuenta de dónde estaba y, sobre todo, con quién.

De Michael Corvo, desde hacía años, no había fotos actualizadas. Fugitivo y sin fotos.

Al fiscal le costó unos segundos intuir lo que sucedía.

—Quentin, estoy en compañía de… —dijo, y fue interrumpido.

—Michael Corvo. Tenía muchas ganas de conocerte. ¿Podemos tutearnos?

El fiscal se pasó la mano por el pelo. Su expresión alternaba entre la sorpresa y el enfado, y vuelta a empezar.

—Qué diablos… No me puedo creer que esté hablando con Michael Corvo en persona. Parece un chiste de mal gusto.

—No, Quentin, no lo es en absoluto.

—¿Qué demonios quieres? —dijo, señalándolo con el índice a través de la cámara—. Sabes que estás buscado en varios estados, como pongas un pie por aquí, te vamos a meter en prisión por el resto de tus días.

—Bueno, Quentin, de eso hablaremos otro día. Hoy quería hablarte de otro asunto, bastante más urgente.

—¿Y de qué quieres hablar?

—Pues de los Grieco. Tienes que ir con cuidado, hijo, no bastará tu castillo blindado para salvarte, pero yo tengo un plan. Puede que, si nos unimos, quizá salgas con vida a la vez que nos cargamos a los Grieco.

—¿Has perdido el juicio? Voy a colgar.

—No tan deprisa, fiscal. Los Grieco han declarado la guerra a Akeron y hasta que no hayan removido a todos los peones incómodos, no van a parar. Yo si fuera tú, no dormiría tranquilo, porque eres el próximo de la lista y ellos nunca fallan su objetivo.

MAX

Akeron City, treinta años antes.

Aquel maldito día, «el problema» apareció en el escritorio del inspector Maximilian Wolf, llamado entre sus compañeros Max, sin saber que esa investigación le cambiaría la vida.

Aterrizó entre sus papeles con el peso de un elefante y apartando todos los casos que tenía abiertos.

Esa mañana había empezado como todas las de su vida.

Vivía en un pisucho de la zona sur. Lo justo que se podía permitir con un sueldo de inspector de policía. Una zona depravada y llena de delincuencia. Sin embargo, en esa época, Akeron aún era un lugar seguro para un inspector de policía y su familia. Tener un Frontier Titan era sinónimo de ser un hombre intocable, temido, un representante de la ley. La misma ley que se estaba fraguando entre una criminalidad creciente y descontrolada.

Max salió de casa después de una cafetera y de un beso a su mujer y otro a la pequeña Olilì. Se quedó mirándola un momento antes de cerrar la puerta; su inocencia, su pureza, sus rizos dorados que se deslizaban por su frente.

Bajó las escaleras y se subió la solapa de la gabardina impermeable color gris oscuro para cubrirse el cuello.

«Otra mañana de maldita lluvia», pensó.

Corrió por el callejón sin salida hacia la calle principal. Los coches circulaban entre bocinas y sirenas de ambulancias. Se quedó un momento observando lo que estaba presenciando, una ciudad al borde del colapso. Violencia, corrupción, caos, oscuridad. Una sociedad con poco orden y menos ley.

Sacudió la cabeza ligeramente al presenciar lo que le esperaba también esa mañana en aquella jungla de ilegalidad.

Resignado, se coló por la multitud de transeúntes que se dirigían a esa hora a trabajar, como él.

Después de pocos minutos mimetizado con la gente, llegó al quiosco de siempre. Fue a abrir la puerta y, justo cuando agarró la maneta para entrar, la misma puerta le dio en la cabeza.

Se abrió de repente y de forma inesperada. Como un latigazo.

El inspector Max Wolf cayó al suelo en medio de un charco de agua.

Levantó enseguida la cabeza y vio cómo intentaba escapar un hombre de negro.

No dudó en levantarse.

La dueña salió a paso rápido a pesar de caminar con un bastón.

Max se tocó la frente, la ceja estaba partida y comenzaba a salir sangre.

Apretó los dientes como un perro rabioso.

—¡Ese chico, ese chico! —gritaba la mujer, señalándolo con el bastón—. ¡Me ha robado la caja de toda la semana! —concluyó la anciana, y rompió a llorar.

«No te metas, no es un caso tuyo», pensó.

Su cabeza tenía razón, ese no era su fregado. Tenía otras cosas por hacer. Pero cuando estás en una jungla, no importa el depredador que te ataque, siempre hay que correr.

Max no dejó pasar ni un segundo más, echó a correr como si le hubieran robado a su propia madre.

Sorteó a unas personas y aceleró por las aceras mojadas y llenas de gente a esa hora.

Cuando vio al chico, entendió que estaba demasiado lejos para atraparlo; era una carrera perdida, pero, aun así, no lo dejaría ganar tan fácilmente.

La sombra del hombre se escabullía entre la multitud. Corría como una gacela. Ese individuo tenía que ser muy joven por la agilidad que apreciaba desde la distancia.

Hacía poco que había salido de la academia Lombroso y su velocidad todavía era algo patente. La había reducido desde la prueba de acceso, pero aún la conservaba.

Max descartó pedir refuerzos, eso solo habría obstaculizado la carrera desenfrenada.

De repente, la sombra del joven giró a la derecha desde la calle principal del barrio. A pesar de que la distancia se incrementaba, el policía creía que habría unos cincuenta metros entre él y el ladrón.

A los pocos segundos de dejar de verlo, la figura apareció de repente. Más rápido, pero en dirección contraria a la que acababa de tomar.

Cruzó la calle en pleno tráfico matinal. Superó la primera calzada, pero el autobús de línea, aunque frenó, no pudo esquivarlo y lo arrolló.

El individuo fue proyectado a varios metros.

Max intentó acelerar el paso, pero el chico se levantó, lo observó por un segundo y siguió corriendo hacia la calle que cruzaba la principal.

El impacto con el autobús resultó ser peor de lo que creyó, ya que comenzó a correr cojeando.

Max cruzó la carretera entre bocinas a pesar de enseñar la placa de policía.

La lluvia se mezclaba con la sangre en su ojo derecho.

Una vez llegado al otro lado, se limpió con la manga de la gabardina. La figura se había metido en un callejón sin salida justo a la derecha.

Sacó la pistola. Fue apuntando con el ojo sangrante cerrado. Del moreno flequillo, ya aplastado por la lluvia, chorreaba agua sin tregua.

Su corazón palpitaba fuerte, el día había comenzado de la peor manera posible. Lo que tenía que ser un día tranquilo en la oficina no resultó así.

El callejón estaba vacío, aparentemente. Pero Max sabía que estaba allí el ladrón. En algún lado, camuflado entre los contenedores de basura, en las sombras, como un animal herido. Preparando una emboscada. Como la criminalidad de esa ciudad, que se filtraba por las fisuras de la sociedad.

No podía haberse ido. El muro al final del callejón era demasiado alto para saltarlo un atleta, menos para una persona coja.

En los lados, había edificios de ladrillo marrón y escaleras de emergencia metálicas.

Avanzaba paso a paso, apuntando, y casi podía sentir la presencia respirar a través de la lluvia que repicaba en las tapas metálicas.

Una puerta se cerró a su izquierda.

Se lanzó hacia ella. La abrió y apuntó a su interior.

Rezó porque fuera todo bien a pesar de estar solo. Tenía una idea fija; volver a casa con su familia. No quería morir solo en un callejón bajo la lluvia como muchos compañeros, persiguiendo maleantes.

Entonces un ruido, un jadeo, un grito ahogado y giró el arma hacia la escalera cerrada por una reja.

Entre las paredes estrechas de ese vestíbulo claustrofóbico, resonaron las palabras del investigador:

—Policía, quieto.

El ladrón no se movió, solo suspiró.

Lo apuntó y vio cómo debajo de la capucha se distinguían unos dulces ojos.

Suspiró también Max porque esos ojos eran de una chica, pero lo peor era que la conocía.

3

FOSCO

Dicen que, cuando dos masas de aire chocan, hay un instante de silencio antes del estruendo.

Los dos titanes de la legalidad y la ilegalidad habían colisionado. El momento que estaba presenciando Fosco era el instante de silencio.

Quentin, el Caballero Blanco de Akeron, había sido interceptado por el oscuro villano de la ciudad.

El silencio fue tomado como de estudio mutuo. El mafioso, Michael Corvo, estaba advirtiendo al otro que estaba en peligro de muerte.

Si no hubiese sido porque la ciudad estaba en tensión y bajo asedio militar por la muerte de la jueza, todo eso hubiera sido un farol o una broma de mal gusto.

—¿Has matado tú a la jueza? —preguntó el fiscal.

Michael Corvo acariciaba al felino recostado en su regazo, sin perder de vista la cámara.

—Llevas años equivocándote de persona. No soy quien crees. Soy muy diferente a lo que te puedas imaginar.

—No lo creo, pero te doy un voto de confianza.

Michael levantó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto, si vienes a mi despacho y lo hablamos, te escucharé con mucho gusto.

El mafioso se rio. A su lado estaba la Consejera, que en ningún momento apareció en la pantalla. Esa era su función; permanecer detrás del telón. Se quedó perpleja y callada, estudiando al fiscal.

—Creo que no será posible, fiscal.

—Pues, entonces, creo que nuestra conversación ha terminado.

—Espera, Quentin, espera.

—¿Qué quieres? Me quieres vender la idea de que estoy en peligro. Si no lo estuviera, no estaría protegido. No hace falta que me lo diga un criminal.

El hombre encogió los hombros.

—Yo no soy un criminal, soy un hombre de honor y de negocios. Y como hombre de honor, te quiero proponer un trato, Quentin —dijo con voz cerrada mientras dejaba de acariciar al gato y se rascaba la garganta con las uñas desde la campanilla hacia la barbilla—. Estás en peligro, hijo.

Eres el último obstáculo para que John Jr. Grieco pueda presentarse a las elecciones como candidato a la presidencia.

El fiscal cerró los ojos.

—¿Cómo? ¿Pero qué estás diciendo? Se te ha ido la cabeza.

—Tiene comprada a media ciudad, Quentin. Todos los jueces, comisarios, investigadores y, por último y no menos importante, al fiscal. Todos comprados.

—A mí no me tiene comprado ni me comprará.

—Claro, por eso te quiere liquidar. Él sabe que no puede contigo.

—Pues tiene pocos meses para lavar su cara si quiere presentarse como candidato a las nuevas elecciones, como alternativa al inmovilismo de la casta política de chupópteros que solo están empeorando esta ciudad año tras año.

—Es justamente lo que hace él, pero nadie lo sabe. La gente no lo conoce.

—La gente sabrá elegir.

—La gente sigue a las masas. Se informa en redes sociales manipuladas y en televisiones. Lo siento, Quentin, pero te equivocas. Su plan está diseñado desde hace años y tú no lo detendrás desde tu fortaleza acristalada. No desestimes el poder un buen asesor de imagen y de *marketing*. ¡Va a ganar, hijo! —afirmó el mafioso, que lo llamaba así porque el fiscal era de la edad de su hijo.

—Todo esto es una locura —dijo ya con un tono más convencido—. ¿Y yo qué tengo que ver en todo esto?

—Tenemos que vernos, tienes que confiar en mí.

—Ven tú.

En ese momento, el chico que gestionaba las telecomunicaciones del escondrijo del *boss* le hizo un gesto con la mano; un movimiento repetido con el dedo índice y corazón. No debía seguir hablando, ya no podía asegurar que no lo interceptaran.

—Quentin, vigílate las espaldas. No confíes en nadie. Te volveré a llamar en unos días —dijo, y, sin miramientos, colgó.

En el despacho se hizo el silencio.

Michael levantó la vista hacia el informático.

—¿Qué ha pasado?

—La llamada ha dejado de rebotar entre satélites y se detuvo. Podían interceptarnos —dijo el informático.

—¿Puede que alguien estuviera espiándonos?

—No me extrañaría, el Grieco no tiene problemas de dinero. Tendrá un ejército buscándonos.

—¿Nuestra posición está comprometida?

—Creo que no.

—¿Crees?

El informático suspiró.

—Estoy seguro.

Michael dejó ir un sonido gutural.

—Bien —dijo, y se giró hacia Fosco—. Gracias por tu ayuda, forense.

Fosco zarandeó la cabeza.

—No. Yo no quiero formar parte de esta conspiración.

Las tupidas cejas del mafioso se arquearon.

—¿Cómo dices?

—Cada vez que necesitáis alguna cosa, me llamáis, me dormís, alteráis mi vida. No quiero ser más parte de esto.

—¿En serio? Pues lo sentimos —dijo, y miró hacia la Consejera—. Pensaba que eras feliz por ser parte de un cambio, de un movimiento que ayudase a la ciudad.

—Personas como tú ya no encontramos, la verdad —aseguró la Consejera.

—Ni hablar. Olvidaos de mí.

Michael y la Consejera se miraron a la cara. Fueron pocos instantes, pero se entendieron enseguida.

—Lo que tú quieras, Fosco. Si quieres dejar de ser parte de esto, lo entendemos. No queremos obligar a nadie a que nos ayude.

Fosco asintió y se levantó. De repente, la cabeza le dio una vuelta, se mareó y se tuvo que sentar.

Cerró los ojos.

—Quiero volver a casa, lo que me dais me marea, me da vueltas la cabeza.

La Consejera se acercó a una mesa auxiliar de estilo refinado, casi sacado de Versalles, y vertió agua en un vaso. Luego, añadió una pastillita que se diluyó en segundos.

Cogió el vaso y se lo acercó al forense.

—Tu salida —dijo, indicando el líquido.

—No, quiero salir con mis piernas —dijo Fosco mientras se levantaba y corría hacia la puerta.

Pero quien la presidía era el gorila que siempre aparecía cuando llegaba a ese lugar. El que le aplicaba un pañuelo en la boca con cloroformo. Este lo miró sin decir nada, escondido detrás de sus gafas de sol.

—¡Mierda! —gritó Fosco en medio de un ataque de nervios.

Se giró. Regresó a la Consejera y señaló el vaso.

—Si bebo esto, ¿no me volveréis a traer a este lugar?

—Prometido.

Fosco lo cogió y se lo bebió de un trago. Luego, lo dejó encima de la mesa de Michael, apoyándolo con rabia mientras lo miraba a los ojos.

—Es una pena, Fosco, es una pena.

—Buenas noches, *boss* —afirmó Fosco mientras se cruzaba de brazos y esperaba que hiciera efecto el somnífero.

Pasaron pocos minutos y el forense cayó rendido.

—Es un hombre sabio y quiere vivir tranquilo —dijo Michael—. No lo culpo.

—No ha tenido una vida fácil, Michael —afirmó ella, se giró hacia la puerta y dijo al gorila —: En fin, llévatelo.

Este se separó de la puerta y, justo en ese momento, entró un hombre jadeando. Estaba sudado y su rostro era de un blanco nuclear.

La Consejera atisbó algunas palabras.

—¿Qué ha pasado?

El hombre no conseguía articular una palabra sensata entre los respiros forzados y lo que parecía una crisis de ansiedad.

—¡Marc, Marc!

—¿Marc? ¿Marc, qué? ¡Cálmate! —insistió ella.

—Marc. Marc ha muerto, lo han matado.

Los ojos de la Consejera no pestañearon por segundos, como su corazón, que se detuvo unos latidos ante la noticia.

OLIVIA

La mañana había empezado triste para Olivia.

Un café, sola, en su apartamento.

La noche anterior, cenando con Fosco, lo había pasado muy bien. El restaurante, unas velas y risas. Desde luego, el recuerdo de las horas anteriores le sacó una sonrisa.

Pero el brebaje de la taza era del mismo color que su humor. Una noche más sin él y una mañana más sin un mensaje suyo. Eso era raro. Le molestaba. ¿Por qué no escribía cuando se despertaba? ¿Tan difícil era enviar un corazón, un mensaje, un pensamiento?

No pensaba en cartas de amor al más puro estilo shakesperiano. No, en absoluto. Solo un «buenos días, que tengas una feliz mañana».

Pedir un «comemos juntos» era demasiado, pero a veces pasaba.

Las ideas se sucedían una detrás de otra. Enfilándose en una espiral que el cerebro alimentaba.

Apartó el móvil de un golpe seco, casi haciéndolo caer de la mesa.

Rebufó.

Sintió una presión en la boca del estómago y un aleteo en su barriga. Los síntomas no daban lugar a confusión.

Sin embargo, no quería admitirlo.

«No, no puede ser», pensó.

«Pero, tía, si estás colada por él desde el día que lo viste en la morgue hace tropecientos años, con el caso del asesinato de Lina Spenser», también pensó.

A lo mejor tenía razón, no podía resistirse, aunque le costara admitirlo: estaba colada por él.

Inspiró y sacó el aire lentamente.

—Tengo que volver a hacer yoga o pilates, me venía bien cuando lo hacía —susurró.

Era tarde, tenía que marcharse.

Se vistió con el uniforme del trabajo, camisa blanca y traje ajustado negro, y se puso las zapatillas.

Iba a salir cuando un impulso irrefrenable la llevó hasta la mesa para coger el móvil.

Suspiró de nuevo.

Buscó el número en los contactos y llamó a Fosco.

«A la porra lo de que una mujer nunca llama a un hombre», pensó, recordando un artículo bastante feminista que había leído en una revista.

A los pocos segundos, en el teléfono apareció la voz que más odiaba, la del buzón de voz.

«El aparato está apagado o fuera de cobertura. Por favor, deje un mensaje después de la señal acústica».

La pilló desprevenida.

—Eh, sí. ¿Fosco? —dijo en medio de un ataque tartamudo de improvisación—. Eh, nada, llámame cuando puedas, ¿OK? —balbuceó, y colgó—. Menuda estupidez. Parezco una colegiala adolescente —se gritó.

Enseguida se le pasó la rabieta y se centró puramente en la llamada. Otra vez, había pasado otra vez. Misma situación de hacía unas semanas. No podía dar crédito a esa intuición, a esa idea, a ese miedo.

Sin embargo, todo apuntaba a eso.

5

FOSCO

Marc, ¿cómo podía haber muerto Marc?

La Consejera, que se había quedado por unos instantes en silencio, recuperó la lucidez y se acercó.

El pobre hombre que traía la noticia cayó de rodillas.

La Consejera se puso al lado. Lo miró con la frente arrugada.

—¿Dónde?

—En su habitación —respondió jadeando—. Está llena de sangre, no vaya, no es una buena visión. Por favor —imploró.

Ella se levantó.

Se giró hacia Michael.

—Voy a verlo.

—Ten cuidado. Que vaya contigo —dijo, indicando con la barbilla al gorila.

Este se acercó al hombre que acababa de traer la noticia y lo alzó con un mano. Abrió la puerta y lo sacó del despacho del *boss*.

La Consejera lo siguió y, cuando llegó al umbral y estaba a punto de cerrar la puerta, el jefe la llamó.

—¿Qué hacemos con el forense?

Ella torció la boca.

—Dame unos minutos —afirmó, y cerró la puerta.

La Consejera suspiró, cerró los ojos con la frente apoyada en la puerta cerrada mientras el gorila se llevaba por el pasillo al hombre.

La mujer tenía náuseas, entendía muy bien a Fosco; lo odiaba, cada vez que había temporal cerca de Akeron, pasaba lo mismo.

Sacó una caja de biodramina y se metió tres pastillas debajo de la lengua. Había subido la dosis, menos ya no le hacía nada.

Volvió a abrir los ojos y siguió al hombre del tamaño de un armario. Recorrieron el pasillo angosto. Bajaron las escaleras metálicas y estrechas y se fueron directos al sector donde estaban las habitaciones. Las pocas personas que se cruzaban se detenían para dejarla pasar y saludarla.

La Consejera era una persona respetada y admirada en ese lugar; todos se detenían y la dejaban pasar, y luego seguían.

Delante de la habitación de Marc había varias personas, algunas lloraban. El gorila instó a que se apartaran. Al separarse, dejaron a la vista la escena. El estropicio que encontró fue tan grande que se giró enseguida impidiendo que la Consejera pasara.

—Es mejor que no mire esto, jefa.

Ella no quiso saber nada.

—Por favor, apártate —dijo, y en cuanto vio el cadáver, se arrepintió de haber ido hasta allí.

La pequeña habitación estaba llena de sangre, como le habían advertido. Las paredes salpicadas bestialmente por la violencia del asesino.

El cuerpo, o lo que quedaba de él en el suelo, estaba bañado en sangre y solo dejaba entrever algo de ropa y pelo. El resto era una masa amorfa de sangre, carne y muerte.

La mujer se dio la vuelta de inmediato.

—Cierra esta puerta y que nadie pase —ordenó.

Luego, regresó hacia el despacho de Michael, pero sintió que no llegaría. Entró en su habitación y tan solo le dio tiempo a cerrar la puerta antes de arrojarse al váter y vomitar. No era por culpa de los mareos, sino por la imagen devastadora. La muerte había llegado a ese lugar recóndito.

OLIVIA

Soledad.

La inspectora veía cómo los coches pasaban por su lado en el semáforo. La sensación de volver a estar sola en ese mundo de sombras la aterraba. Desde que su padre ya no estaba, se sentía sola. Una infancia difícil y una adolescencia complicada. Luego, entró en la Lombroso, pero la sombra de la soledad siempre estuvo presente. Como un cuervo apoyado en la cabecera de la cama mientras dormía.

Detuvo el coche camuflado en el aparcamiento exterior de un supermercado Landish de la periferia. La científica justo estaba apagando los focos en ese momento. Estaban estudiando la escena del crimen de un tiroteo. Varios coches aparcados y con cuerpos estirados y cubiertos. Cada uno con un número al lado. El paraguas la protegía de la intemperie que seguía azotando la ciudad.

Un compañero se acercó al verla llegar.

—Inspectora —dijo, haciendo el saludo.

—¿Qué tenemos? —preguntó sin preámbulos.

—Creemos que es una cuestión de pandillas. Drogas a lo mejor. Son cuatro chavales jóvenes.

—Madre mía, cuatro. Esto es interminable.

Los dos avanzaron hasta el primer cuerpo. Se detuvieron bajo una carpa y el policía cogió una carpeta de la mesita. Le dijo los cuatro nombres de los chicos. Nombres hasta el momento anónimos, sin historia, sin historial delictivo previo.

—Estos chicos están limpios.

—Sin pasado y sin futuro. Esto es más de narcóticos, páseles el tema a ellos.

El joven la miró con una cara extraña.

—Verá, los de narcóticos se acaban de ir. No quieren el caso. Me han dicho que se lo diera a los de homicidios.

—¿Pero quiénes se han creído que son? —preguntó ella, enfadada—. Esto es inadmisible. Se ve a un kilómetro que son dos pandillas del cártel de las drogas. Es que no hay que ser un genio, por Dios —siguió, señalando los tatuajes de los chicos, la manera de vestir y los peinados.

El policía se encogió de hombros y miró su carpeta de forma avergonzada.

—Yo cumplo órdenes, inspectora. Solo le digo lo que me dicen que haga. No puedo hacer mucho más.

Olivia le apoyó la mano en el hombro.

—Lo sé. Perdone, esta mañana ha empezado mal —dijo, pensando en la ausencia de noticias de Fosco.

Sintió un impulso irrefrenable de decir que no había recibido sus noticias, pero era una profesional y, ante todo, debía mantener la compostura y la privacidad. En parte, le hubiera gustado decírselo a alguien para que le contestara que no se preocupara, que ya contestaría.

Por otro lado, no era nadie ese agente, casi ni lo conocía. De vista por el departamento. Habría sido lo peor del día después de salir de la cama.

Suspiró y cogió la carpeta del caso.

—Hablaré con quien tenga que hablar. Esto es de narcóticos —espetó, y se dio media vuelta con autoridad y rabia.

Subió al coche y regresó al tráfico de Akeron, camino a la comisaría. Lo que sentía no era investigar ese caso de los cuatro cadáveres, sino uno que la tocaba más de cerca. Y le escocía mucho más.

FOSCO

El dolor de cabeza lo despertó.

Pero pasaron varios minutos antes de que los ojos se hicieran a la luz de la estancia.

Fosco no los forzó, esperó a que con tranquilidad se acostumbraran. Sintió paz, había vuelto a casa, todo se había quedado atrás: Michael Corvo, la Consejera, ser intermediario de una relación ilegal con el fiscal, todo eso se había quedado en sus recuerdos, gracias al acuerdo con esa mafia.

Tenía razón Olivia, tenía que estar lejos de esa gente, lo más posible.

Entonces su imagen apareció en su cabeza. La única persona que deseaba ver en ese momento; la echaba de menos a pesar de haber pasado pocas horas, o eso creía.

Fue abriendo los ojos y, mientras la vista se iba enfocando y los sentidos se despertaban, se dio cuenta de que los mareos perduraban.

Se resignó, podía ser un efecto secundario de la mezcla del cloroformo y del somnífero líquido que se tomó para regresar.

Pero estaba en casa.

Apoyó los pies en la cama y entrevió una figura femenina.

«Olivia», pensó.

Sonrió al pensarlo, pero la felicidad duró poco.

La vista enfocó a la mujer y descartó su primera impresión; las proporciones, el pelo y el rostro no eran de Olivia, seguía siendo la Consejera.

Arrugó el ceño y se apoyó la mano en la frente.

—¿Qué diablos pasa? ¿¡Por qué sigo aquí!? —gritó Fosco—. ¿Por qué continúan los mareos? ¡Demonios!

—No son mareos, Fosco. Lo siento, es oleaje.

—¿Cómo? —dijo como si estuviera disparando sus palabras—. ¿Qué quieres decir?

—Estás en un barco. Un barco mercante.

—¿Qué hacemos en un barco ahora, por todos los rayos? Me habías prometido que me devolverías a casa. No que me llevarías de crucero.

—Siempre has venido aquí, Fosco. Lo que pasa es que, cuando hay temporal en Akeron, aquí llega el mal tiempo.

Fosco, sujetándose la cabeza, miró a su alrededor. Efectivamente, a pesar de ser una estancia decorada con gusto, con muebles modernos, con moqueta y cuadros, no dejaba de tener las paredes de hierro. A los pies de la cama, un pequeño escritorio debajo de una ventana redonda, donde el mar, como si fuera un niño travieso, se asomaba para saludar al nuevo tripulante.

—¿Estamos en algún puerto? —dijo, levantándose y acercándose a trompicones hasta la ventana.

—No. En alta mar, en aguas internacionales. Nadie sabe que estamos aquí. Es nuestra tapadera.

Fosco se acercó a la ventana y miró fuera. No podía creerlo, mar y cielo hasta el infinito con una línea en medio, el horizonte. En ese cuadro, solo la soledad, nada más.

Se giró hacia la mujer con una expresión hija del susto y de la incomprensión.

—¿Cómo? ¡No! ¿Cuándo? ¡No! Quiero decir, ¿por qué? Quiero bajar —dijo, sentándose y sujetándose la cabeza con las dos manos.

La mujer le pasó un comprimido de biodramina.

—Ponlo debajo de la lengua y verás que mejora —dijo ella.

Él, en un primer momento, no lo quiso, pensando que era alguna otra cosa. Pero el oleaje era insoportable. Se lo colocó en la boca y esperó en silencio que hiciera efecto.

—Esto es terrible.

—Te acostumbras.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí y cómo te puedes acostumbrar a esto?

—Llevo mucho tiempo y no, nunca te acostumbras o, por lo menos, yo nunca me he acostumbrado, no. Es una cuestión fisiológica, de los huesos del oído, o algo así. No soy médico.

—Yo sí, pero quiero bajarme —dijo, y levantó la mirada—. Consejera, ¿por qué no me has devuelto a mi casa? ¡Teníamos un trato!

Ella torció la boca y suspiró hondo.

—Tienes razón, pero justo cuando te has dormido, ha sucedido algo… —Suspiró.

El hombre se asustó.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos encontrado muerta a una persona de este barco.

—¿Quién?

—Un hombre de mantenimiento. Marc se llama.

—¿Y qué tiene que ver conmigo? —dijo con fervor.

—Necesitamos que nos ayudes. No tenemos a nadie que le pueda hacer una autopsia. No sabemos quién ha sido. Tenemos un asesino a bordo y, por supuesto, no sabemos quién es —dijo mientras sacudía la cabeza y se encogía de hombros—. Necesitamos tu ayuda.

El hombre reclinó la cabeza y la apoyó entre sus rodillas, pero vio que era peor. Entonces se tumbó. Pero los mareos se intensificaron.

—Tienes que tumbarte bocabajo para estar algo mejor.

El forense la miró y se estiró como dijo la Consejera.

—Necesitamos tu ayuda. En este barco nunca nos había pasado esto.

—¿Pero qué diablos es este barco, se puede saber?

—Es una ciudad, Fosco. Nuestra organización en tierra recibe órdenes de esta ciudad. Bueno, es como un edificio flotante. Tenemos cocineros, trabajadores, manufactura, organización y contable. Hombres de seguridad y personas que crían ganado y huertos. Tenemos placas solares arriba. En la cubierta. Somos casi autosuficientes.

—¿Casi?

—Siempre que no tengamos un asesinato. Nunca nos había sucedido en estos años viviendo aislados.

—¿Y cómo hacéis con los suministros?

—Tenemos lo mínimo posible y desde tierra firme.

—Parece muy complicado.

—Es más sencillo de lo que piensas, pero ahora la situación requiere tu ayuda, no sabemos quién ha matado a Marc. ¿Puedo contar contigo?

—¿Y si digo que no?

—Tenemos un trato. Si quieres marcharte, te dejaré marchar. Michael también lo sabe. Pero si te quedas, me ayudarías a mí.

—Olivia me dijo que no confiara en vosotros.

—Ya, Olivia —susurró, y bajó la cabeza.

—¿La conoces? Quiero regresar por ella también, estará preocupada.

—No podemos tener contacto con tierra firme. Lo siento.

Fosco se quedó callado, pensando. Eso era demasiado. Se veía involucrado en una investigación fuera de su jurisdicción, con mafiosos. Sin dejar rastro y, además, con la gente que justo Olivia le había hecho jurar y perjurar que no se relacionaría.

Respiró hondo un par de veces e intentó relativizar.

Eso no era del todo así. En todo ese lío, él no era ni más ni menos que un efecto colateral.

Pero había algo en los ojos de la Consejera que demostraban confianza, responsabilidad e integridad. Algo le decía que en ella se podía confiar.

Le hubiera gustado saber su nombre, su pasado. A pesar de lo que podía parecer, no era atracción. Era el encanto del misterio. Todo lo que era medio conocido era interesante. Todo lo que escondía un halo de enigma despertaba la curiosidad de Fosco.

—¿Tienes otra de esas cosas con sabor a café?

Ella se la dio enseguida.

Él la cogió, se la metió en boca y le pidió una más.

Ella se la proporcionó.

—¿Te quedas?

—Maldita sea. Seguro que me arrepentiré de esta decisión —espetó el forense—. Con una condición —dijo, y se calló.

—A ver…

—Que en cuanto haya investigado la escena del crimen, me devolvéis a tierra firme. ¿Está claro?

—De acuerdo.

—Pocas horas, os ayudo con la identificación del posible asesino y me voy.

Ella sonrió mientras asentía, porque sabía que era solo el inicio y lo había conseguido.

—¿Cuánto hace que han encontrado el cuerpo?

La mujer miró su reloj.

—Llevas durmiendo casi nueve horas. Pues más o menos eso.

—Eso es mucho tiempo, tenemos que ir a la escena del delito. ¡Ya! —dijo mientras se levantaba—. Llegamos tarde.

—Llegamos tarde para ciertas cosas, lo bueno es que no puede haber ido muy lejos el asesino —dijo mientras se tambaleaba por el fuerte oleaje.

8

FOSCO

La puerta estaba cerrada.

Delante, un hombre con gafas negras, de pie, con las manos juntas y mirando al infinito. Fosco lo conocía. Aparecía en su retrovisor cuando tenía que viajar hasta allí. Como un mago de Oz moderno.

El hombre, impasible detrás de sus gafas negras, no se movía ni un milímetro. Solo cuando la Consejera se lo dijo, se apartó. Casi un autómata.

El hombre abrió la puerta que tenía cerrada con llave a pesar de presidirla.

El pasillo detrás tenía moqueta y litografías baratas de cuadro famosos. No se habían cruzado con nadie de camino hasta allí. La Consejera había comunicado que se quedaran en los camarotes si no tenían que trabajar. Las zonas comunes estaban cerradas debido al suceso.

El gorila empujó hacia dentro la puerta. La Consejera se apartó para que Fosco entrara primero.

—Pasa tú, yo ya he visto suficiente —dijo, tapándose la nariz con un pañuelo.

Fosco dio un paso y encontró una escena dantesca. Pensó que incluso para él, que escenas de crimen había visto toda la vida, era algo excepcional.

El hombre recubierto de sangre yacía bocabajo. Una mitad del cuerpo dentro del salón y la otra mitad no se veía desde la puerta porque quedaba dentro del estrecho lavabo.

La moqueta, en origen de un color azul marino, se había teñido de rojo. Alrededor del cadáver había un halo denso que se iba difuminando al alejarse del centro. A su derecha había una cama, aún hecha, también salpicada de gotas. A su izquierda, una mesa que sujetaba una televisión y algún libro. La pantalla tenía gotas de sangre, como si le hubieran arrojado una taza de pintura roja. Las paredes estaban iguales. El olor a óxido era tremendamente fuerte. Tan solo había dado un paso dentro del camarote y ya era irrespirable. Entre la puerta cerrada y la ventana hermética, se estaba acelerando la putrefacción del cuerpo.

Apoyó el codo, se colocó una bolsa de la compra en cada pie y les dio una vuelta con celo para que se sujetaran.

Fosco seguía mareado, pero las tres pastillas habían hecho el suficiente efecto como para poder trabajar y desplazarse por el barco.

El reto de una autopsia en un barco mercante. Sin material, sin una morgue y sin nada. Como si estuvieran a principios del siglo pasado. Solo astucia, experiencia y material improvisado. Fosco había aceptado porque era un desafío intelectual y profesional. No por nada más.

Tuvo suerte de encontrar unos guantes de látex, pero no había ni una mascarilla en todo el buque.

Se colocó un trapo de cocina en el rostro de la misma manera que se lo pondría un atracador de bancos. La Consejera había conseguido una cámara de fotos y lo primero que hizo el forense al entrar en ese lugar fue retratar la escena. Cada rincón y cada detalle de cara a la investigación le serviría. Un matiz, un objeto fuera de sitio, cualquier detalle era sumamente importante.

Mientras usaba la cámara, se dio cuenta de que esa labor nunca la había realizado porque él llegaba siempre una vez la científica había acabado.

Intentó no pisar la sangre aún fresca para no dejar más huellas de las que ya había.

Se asomó al lavabo y también esas paredes presentaban salpicaduras.

Fosco se detuvo, ¿cómo podía haber tanta sangre por la escena del delito? Eso no era normal. En su mente comenzaban a formularse preguntas y posibles hipótesis de lo sucedido.

Sin embargo, sabía muy bien que la mayoría de las veces las primeras impresiones no son buenas.

Bajó la cámara y se acercó a la Consejera.

—¿De quién son esas huellas? ¿Quién encontró el cadáver?

Ella se giró e intentó no mirar mucho la zona.

—Fue la mujer.

—¿Estaba casado?

—Sí.

—¿En esta estancia viven dos personas? —dijo Fosco, mirando el ambiente, más similar a un camarote de vacaciones que una vivienda. La cama, de una plaza, al parecer, era un estrecho nido de amor.

—Sí. Cuando tienen esposa y aceptan nuestras reglas, entran en la organización los dos. O como en este caso, Marc y Jenny se conocieron aquí.

—Interesante. ¿Y dónde está Jenny ahora?

—En el ambulatorio con un ataque de ansiedad.

Fosco asintió y se giró hacia la mujer.

—¿Ya está? —preguntó ella.

—No, solo hemos comenzado —dijo, y se rascó la frente—. Oye, ¿no sería más cómodo si te pudiera llamar por tu nombre y no Consejera?

Ella se lo quedó mirando con perplejidad.

—Consejera es mi nombre aquí arriba.

—Consejera es un cargo, no un nombre.

—Da igual. En este barco y en esta organización me llamo Consejera. Eso es suficiente.

Él asintió, se quitó del cuello la correa de la cámara de fotos y se la dio a la mujer. Luego, fue a buscar el kit que había montado recopilando utensilios por el buque.

En ese momento, los policías de la científica sacarían de su maleta de trabajo reactivos y polvos de contraste para las huellas. Pero él era forense y encima estaba en un barco.

Se había procurado un sacapuntas, varios lápices, una vieja brocha de afeitar, precinto y hojas en blanco.

Cogió los lápices y afiló la punta, obteniendo un polvo negro. Cuando consiguió un buen puñado, cogió la brocha y espolvoreó el grafito por la maneta, interior y exterior, por las paredes cerca del cadáver y por las paredes del lavabo.

El tiempo pasaba y el oleaje no disminuía. Le había costado toda la tarde hacer eso y parte de la noche; al final, en varias hojas, tenía todas las huellas que había conseguido encontrar en el lavabo y en la habitación.

Era un trabajo de ratón de biblioteca, pero ya tenía algo con lo que trabajar.

Aunque su intención era marcharse lo antes posible del barco, dejaría mucho material para los que llevaran adelante la investigación.

Una vez acabada la tarea, se acercó al cadáver. El hombre llevaba unos tejanos en el momento de la muerte e iba descalzo, el resto del cuerpo era carne desgarrada y recubierta de sangre. Allí no podía hacer gran cosa.

Después de inspeccionar lo que pudo, se acercó a la mujer.

—Consejera, tienes que conseguir un carro que haga de camilla, dos personas fuertes con delantales lavables y llevar el cadáver a un lugar donde pueda hacerle un examen.

Ella lo miró y tuvo una idea.

—Vete a cenar. En un rato te llamaremos. Ya sé dónde meterlo para que puedas hacer esa operación —dijo ella, y apoyó la mano encima de su hombro—. Gracias, sin ti, no lo habríamos conseguido.

Él sonrió y se fue quitando la precaria indumentaria que había improvisado. La primera parte de esa rocambolesca autopsia había arrancado. Se fue al comedor, siguiendo las indicaciones de

la Consejera, pero caminar solo por ese edificio horizontal no le daba ninguna tranquilidad; un asesino corría libre por aquellos pasillos. Y si estaba dispuesto a dejar un cuerpo en esas condiciones, podía desatar su violencia también sobre otras personas como, por ejemplo, aquellas con posibilidades de desenmascararlo.

9

MAX

El inspector Max Wolf bajó la pistola al reconocerla.

Arrugó las cejas, sin sentir el escozor de la herida en el rostro.

—¿Cómo? ¿Tú? —dijo, sacudiendo la cabeza.

Ella suspiró.

Luego bajó la cabeza y se apartó la capucha negra.

Los dos se quedaron callados sin saber qué decirse uno al otro.

La sangre seguía bajando de la ceja. Max se limpiaba con la gabardina cuando la visión se hacía demasiado roja.

El descubrimiento había resultado ser de un amargo sabor. No había capturado a un peligroso criminal de barrio, sino a la hija de la familia del segundo piso. La misma chica que, cuando se llevaba a su mujer a cenar, se quedaba cuidando de la pequeña Olivia.

Max, poco a poco, fue reconectando con su cuerpo; había corrido al límite de sus fuerzas y ahora estaba pagando el coste.

Jadeaba tanto que no conseguía hablar.

Los ojos de la muchacha cambiaban de dirección, sin saber exactamente dónde detenerlos.

—No sé… no sé qué decir.

Él se tomó unos instantes para pensar.

—¿Te duele?

Ella arrugó las cejas y entonces recordó que un autobús la había atropellado.

—Un poco.

—Si te doliera un poco, no cojearías. Tiene que verte un médico.

—¡No! Un médico no, no quiero ir al hospital.

—Emma, o te vienes conmigo al hospital o te vienes conmigo a la cárcel. ¿Qué prefieres? —dijo con voz profunda y seria mientras le alargaba una mano.

Ella suspiró y la cogió, se dejó ayudar para levantarse.

—¿Puedes caminar? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella mientras apoyaba el pie y comprobaba que la pierna le dolía demasiado como para sujetar el peso de su delgado cuerpo.

Él la sujetó y emitió un gruñido.

—Maldita sea, Emma.

—No me riñas, ya tengo bastante con mi mierda de vida como para soportar otro chaparrón.

Él suspiró y la dejó sentada en el suelo.

—Espérame aquí —ordenó, apuntándola más serio que antes.

Ella se rio.

—¿Adónde quieres que me vaya? —respondió, contrariada.

Max fue a salir, pero dio un paso hacia atrás y alargó la mano.

—La caja de la señora del quiosco.

—No sé de qué me hablas.

Él no respondió, solo arrugó más el entrecejo, provocándole un tirón en el corte. El dolor pasó a su expresión.

Ella bufó y sacó unos sobres de la mochila negra.

—Bien. No te muevas.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella por primera vez, sobrepasada por la situación.

—Déjalo en mis manos.

Se metió los sobres en el bolsillo interno de la gabardina, se guardó la pistola y se subió el cuello. Salió a la calle y retrocedió hasta el quiosco de la anciana.

Cuando entró, la pobre señora estaba sentada tomando aire con un abanico, a merced de una crisis de ansiedad.

En cuanto vio al policía con el rostro ensangrentado, se levantó con la ayuda de otra persona.

—Max, ¿has averiguado quién ha sido por lo menos? —preguntó con la voz entrecortada.

El policía se abrió la gabardina y sacó los sobres con el dinero de la caja de los últimos días.

En cuanto lo vio la dueña del establecimiento, fue como si la resucitaran.

—Max, no me lo creo. Gracias, gracias —dijo mientras intentaba besarlo y él se lo impedía.

—Tranquila, está todo bien.

—Max, las cosas van tan mal en los últimos periodos que solo me faltaba perder las ventas de una semana entera.

—Tienes que mejorar tu seguridad, yo no estoy siempre al otro lado de la puerta.

Ella asintió y señaló su rostro.

—Te has hecho una herida, mira tu cara.

Max se miró en el espejo que había detrás del mostrador, vio el corte y la nueva cara que tendría a partir de ahora, que lo acompañaría el resto de sus días.

—No pasa nada, gajes del oficio.

—¿Y dónde está ese cabronazo? —gritó, levantando el bastón, como si le quisiera dar con él.

Max se lo pensó por un instante.

—Escapó. ¿Tú le viste la cara?

—¿Cómo que escapó? Tienes que cogerlo, es un hijo de maldita perra —gritó la anciana, enrabiada.

Max ni se inmutó por la reacción inesperada de la señora.

—¿Me has oído? Tienes que coger a ese tío.

—Se me ha escapado. Qué preferías, ¿el ladrón entre rejas o tu dinero de vuelta?

—Las dos cosas, ese tío volverá.

—No volverá.

—Entonces volverá otro —dijo, y reflexionó por un instante la señora; le preguntó torciendo la cabeza—: Max, ¿cómo le has quitado mis cajas?

El hombre de la ley la miró directamente a los ojos.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál sería, Max? —preguntó, sorprendida, arrugando la frente, que parecía un campo labrado a punto de ser sembrado por las líneas que la cruzaban.

—¿Sabrías describirlo para un retrato robot?

—Sí, claro. Era un hombre moreno y con facciones duras.

Max asintió a la descripción, que no coincidía en nada.

—¿Y el pelo? ¿Le has podido ver el pelo?

—Corto, seguro que es uno de esos gamberros que me compran bebidas energéticas por las tardes. Me habrá visto.

—Te mandaré a un agente para que hagas la denuncia —dijo Max mientras se subía el cuello.

—¿Lo pillarás? —preguntó la anciana con un tono de venganza.

Max cogió el periódico que siempre leía por las mañanas y dejó la moneda encima del mostrador antes de ir a la puerta.

—Claro que sí. De una forma u otra, la justicia siempre gana —concluyó, y salió por la puerta. Pronto, desapareció entre la gente y la lluvia.

10

FOSCO

El comedor del personal era triste.

Paredes de hierro color crema y con las juntas oxidadas. Estrecho y con mesas de melanina que imitaba a la madera, las mismas que estaban de moda en los años ochenta. Sillas de tubos de hierro con madera, sin acolchado. La gente comía sin levantar la cabeza. A pesar de ser alguien nuevo en el barco, nadie se había dado cuenta de que había entrado.

Cogió una bandeja. Un cocinero, con una sonrisa, le sirvió la comida de esa noche: pescado, patatas y un pudin de chocolate.

Se sentó en una mesa casi vacía, en una punta.

Lo que se comía en ese lugar estaba muy bueno, mejor incluso que en ciertos bares de carretera.

La gente comía cabizbaja. Nadie hablaba. Una sensación de tristeza y de luto flotaba en el aire. La noticia se había difundido, pero no se veían asustados porque entre ellos hubiera un asesino, parecían más concentrados en Marc, que ya no volvería a esas mesas a comer, a reír, a trabajar.

Entre bocado y bocado, pensaba en Olivia, la echaba de menos. No podía ser de otra forma, el amor que estaba naciendo entre ellos era inevitable, al final, el roce hace el cariño.

Las olas no pensaban amainar. Seguían e influían en el comportamiento de las personas, que ya no hacían caso a esas condiciones.

Acabó el postre, devolvió la bandeja y esperó hasta que la Consejera apareció y lo llamó.

La siguió por el mismo pasillo del comedor, bajaron y entraron en las cocinas, debajo del comedor mismo.

—La cocina es el lugar más idóneo para que puedas hacer una autopsia. Creo —dijo, y abrió una puerta doble.

Salió una ola de frío intenso, como si alguien hubiese dejado abierta la escotilla o una ventana que daba al Polo Norte.

Delante, un espacio con puertas correderas. En una ponía «Nevera (4º C)», en la otra, «Congelador (-22º C)».

El frío se colaba y climatizaba ese espacio, donde había estanterías llenas de latas, conservas y jarras con líquidos de todo tipo. En el centro, habían apartado cajas y colocado una mesa, lo

suficientemente grande para contener un cuerpo humano, el de Marc.

—Aquí lo tienes —indicó la Consejera.

—¿Qué es este lugar?

—Estamos en la quilla del barco, el lugar más profundo y frío, ideal para almacenar la carne y el pescado. Aquí llegan los suministros; vacas enteras, las filetean, y las ponen en congelación —dijo, indicando los raíles del techo por los cuales las transportaban colgadas.

—Entiendo —dijo mientras seguía mirando a su alrededor.

—He pedido los cuchillos de *sushi* al cocinero. No estaba muy contento de dejártelos, la verdad. Pero a mí, todos me hacen caso.

—Unos cuchillos no se dejan a nadie. Lo entiendo muy bien, pero está perfecto.

—¿Qué mas necesitas?

Él dio una vuelta en silencio a la mesa en el centro y al material que le habían preparado.

—Una manguera.

La mujer le indicó dónde estaba.

—Nada más, entonces.

Ella asintió.

—Pues me voy.

—Cuando haya acabado, ¿dónde te busco?

—Estaré en el comedor, esperando a que acabes.

—Tardaré bastante…

—No tengo prisa, no tengo que ir a ningún lugar. Tranquilo.

El asintió y ella, después de regalarle su primera sonrisa, desapareció detrás de la puerta.

Fosco suspiró, cerró los ojos y se imaginó que cogía un viejo vinilo de Vivaldi, quizá *Las Cuatro Estaciones*, y lo ponía a dar vueltas sobre el plato, como hacía en su morgue. En su mente, y después de varias distorsiones, comenzó a sentir la música que a él le inspiraba.

Quitó la manta y apareció el cadáver. Cogió el chorro de agua y lavó el cuerpo hasta dejarlo sin ningún tipo de rastro de sangre. Por un lado y por el otro.

Después, con la misma manguera, expulsó del suelo toda el agua y la sangre que se habían acumulado.

El cadáver, por fin, quedaba a la luz, limpio. En ese momento empezaba su trabajo.

—¿Quién eres? ¿Cómo has muerto? —preguntaba Fosco, sabiendo que el cadáver no le respondería.

Pero, a pesar de eso, él hablaba con los cadáveres.

Al final, después de centenares de autopsias, la experiencia le había enseñado que un rostro y un cuerpo hablan, gritan. La respuesta de la muerte estaba allí, en ese amasijo de tejidos, fluidos y huesos que tenía delante.

—¿Quién te ha matado? ¿Lo conocías? ¿Qué has hecho para que te mataran?

En la parte frontal, no presentaba nada llamativo.

En su rostro, se había impreso el sufrimiento. En los últimos instantes de vida, antes de que el alma se evaporara, su dolor quedó grabado en sus arrugas y ojos.

Fosco lo sabía ver, sabía leer entre líneas, sabía interpretar, ver más allá de los ojos inexpertos de un asesino primerizo o improvisado.

Dio la vuelta al cadáver, allí estaba la respuesta a las preguntas.

Fosco se sorprendió.

Aquello, desde luego, descartaba un suicidio. Descartaba todo tipo de accidente.

Comenzó a contar. Uno, dos, tres, cincuenta, setenta… Ciento cinco cuchilladas en su dorso, entre la espalda, piernas y muslos.

Alucinante.

Alguien había asestado ciento cinco cuchilladas a ese hombre. Esa era la clave del asesinato.

11

OLIVIA

Entró en la comisaría con ímpetu.

Cruzó la sala de sus compañeros como si un búfalo atravesara la pradera. Echando humo por los hocicos. Olivia estaba cansada de muchas cosas de esa comisaría y, sobre todo, de la manera en que la gestionaba el comisario que estaba al otro lado de la puerta.

¿Cómo podía seguir en esa silla ese cretino? Algunos rumores y ciertos indicios apuntaban a que era un corrupto. Comprado por la mafia, para que cerrara un ojo, parte del otro, que desviara investigaciones y cerrara rápidamente otras.

Tocó la puerta y la abrió sin esperar respuesta.

—Comisario, esto es vergonzoso —espetó.

El hombre levantó los ojos de detrás de un periódico. Lo bajó y se quedó mirándola.

—No puede darme casos de otro departamento, tenemos casos más importantes —gritó la inspectora—. Esto es una vergüenza. ¡Protesto! No pienso hacer el trabajo sucio de narcóticos.

—Buenos días, inspectora Wolf —respondió con desidia mientras se rascaba el tupido bigote que lucía—. ¿A ver, qué demonios ha pasado esta vez?

Ella jadeaba delante de él.

—No pienso limpiar los trapos sucios de narcóticos.

—¿De qué caso me está hablando? —dijo, y levantó la mano—. ¿Puede cerrar la puerta?

Ella se lo pensó unos instantes y la cerró.

—A ver, Wolf, siempre hay problemas con usted. ¿Sabe que tiene un problema con la autoridad? Siempre que se le asigna un caso, nos metemos en una maldita conversación como esta.

—No es verdad —dijo, apuntándolo con un dedo y dando un paso hacia él, pero cuando se dio cuenta de que estaba señalando al comisario, lo bajó enseguida—. Solo cuando no toca a mi departamento hacer ciertas investigaciones.

—¿Me habla de la investigación del supermercado Landish?

Ella levantó las palmas de las manos hacia el techo.

—Pues, claro, comisario, ¿para qué cree que he venido?

—Jovencita, háble me con respeto.

Ese comentario fue como limón y sal en una herida abierta. En parte, tenía razón, pero el carácter Wolf sobresalía por los poros porque estaba incrustado en su ADN.

Olivia suspiró e intentó calmarse, no era un buen día para ella. Aún no había recibido noticias de Fosco. Los mensajes no llegaban, no se entregaban, seguía fuera de servicio.

—Eso es de narcóticos —reafirmó.

—¡No! Tiene que investigarlo usted y punto. ¿Estamos de acuerdo?

Ella se lo quedó mirando con perplejidad.

—Tenemos un problema más grave.

—A ver, ¿cuál?

Ella suspiró de nuevo.

—El forense Fosco Merrell ha desaparecido. Es urgente e importante que lo busquemos. Creo, con una cierta seguridad, que los Corvino lo han raptado.

El hombre arrugó las facciones de la cara en una expresión de desinterés.

—¿Pero qué me está contando, Wolf? Me da absolutamente igual lo que le pase a un forense. Somos investigadores de la policía, Wolf, ¿es que lo ha olvidado? —espetó con asco—. Si acaso, eso sería una cuestión de personas desaparecidas, no nuestra.

—Pero, jefe…

—Pero jefe nada. Vaya a investigar quién ha matado a esos pobres chavales del supermercado, ¿está claro? —replicó, y se puso firme—. ¡Y ahora, fuera de aquí, que estoy ocupado!

—Pero…

—¡Fuera!

Olivia se quedó muda ante las palabras del jefe. No debía sorprenderla porque era muy normal en él ese tipo de respuestas y esa actitud. Tenía que obedecer y seguir, al final, era el jefe.

Cerró la puerta y se sentó en su puesto. Sin embargo, una pregunta le estaba carcomiendo la cabeza, la conciencia: ¿dónde estaba Fosco?

12

FOSCO

El forense comenzó a inspeccionar las puñaladas.

La espalda estaba llena. Nadie en su sano juicio hacía algo tan espantoso y cruel. Olía a venganza.

—Marc, ¿qué has hecho para merecer una muerte así? —preguntó al cadáver.

Fosco miraba el cadáver en la cocina del buque mercante. En el cuartel general de la mafia de los Corvino, se había habilitado una morgue improvisada. El evento excepcional había generado que se adoptaran vías extraordinarias para solucionarlo.

Fosco sacó las primeras conclusiones hasta ese momento.

Las perforaciones habían sido producidas por dos personas, una zurda y una diestra. Los ángulos, las profundidades y las dimensiones estaban claros. Los cuchillos eran diferentes, las manos también y la complexión y la fuerza también. Unas eran más profundas y otras, no tanto.

También podrían ser a causa de una de las características de la cuchilla, por ser más afilada de un lado que de otro. Pero, *a priori*, optó por considerar la hipótesis de las dos personas, aunque dos personas en ese lavabo era complicado.

Algo era cierto, un cuerpo humano conserva cinco litros de sangre y ese cadáver no tenía ni una gota. Todo estaba esparcido por las paredes, moqueta y por el resto del camarote.

Cuando vio el despojo que había en la habitación, empezaron las preguntas a formularse, como si un microprocesador se hubiera puesto en marcha.

¿Cómo podían haberse impregnado de esa forma las paredes?

Ahora lo sabía. Ahora lo entendía.

No entendía el porqué, pero eso no le tocaba a él.

No entendía cómo podía haber tanta rabia en el mundo como para asestar ciento cinco navajazos a una persona.

Había visto cadáveres con diez, eso era la «normalidad» en su trabajo. A la quinta, uno se cansa. Los músculos del brazo se endurecen y cuesta perforar los tejidos más de cinco veces, diez si se está entrenado. Pero aquello era descomunal.

En ese barco, ¿había tanta ira acumulada? ¿Era un factor por trabajar con la mafia o, simplemente, Marc había hecho que había molestado? Y mucho.

Fosco se sentó delante del cuerpo.

Pensó que los que lo habían hecho habían sido muy torpes y algo tontos. Vivían en un barco. ¡Qué más fácil que descuartizarlo y tirarlo por la borda! El mar lo traga todo. Limpiando la habitación o el lavabo, nadie habría visto nada. Marc habría desaparecido.

Si hubiesen usado el luminol, los habrían pillado, pero allí nadie tenía ese reactivo.

Lo podrían haber tirado trozo a trozo, sin levantar sospecha, evitando testigos y cámaras, y tendrían un crimen casi perfecto. Nadie lo habría visto, habría desaparecido. Quizá suicidado o caído por la borda. En esa tesitura, nadie lo habría echado de menos.

Pensó que habría sido un crimen «casi» perfecto, porque, aunque no lo hubieran pillado, el problema final era mucho más sutil, cada día uno tenía que lidiar con su remordimiento. Solo un psicópata no tendría nada que reprocharse en su conciencia.

El tiempo pasaba y las agujas del reloj indicaban que la autopsia se estaba alargando en la noche.

Dio la vuelta de nuevo al cadáver y, usando los cuchillos orientales del cocinero, inspeccionó las entrañas de Marc. Las lamas de esos instrumentos eran comparables a los sables de un samurái. No hubiera encontrado herramienta más afilada en ese buque; resultó ser un acierto y mano de santo.

Una vez inspeccionado, cerró con un hilo de sutura improvisado y fue al comedor.

La mujer estaba despierta, escribiendo en un pequeño diario. Al verlo, lo cerró y esperó a que se sentara.

—¿Entonces?

—Ciento cinco puñaladas —dijo, y le explicó todo lo que había conseguido averiguar.

La mujer, al saber la forma tan brutal y psicopática en la que había muerto el hombre, se horrorizó. Se apoyó en el respaldo de la silla casi asustada.

—¿Quién puede haberlo hecho? —preguntó ella.

—Pues alguien que le tenía rencor o rabia, ira, venganza… —dijo Fosco mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué vida llevaba este hombre?

—Nada fuera de lo normal, que yo sepa. Antes he recordado que hay rumores de que hay ciertas personas que juegan a las cartas por la noche, en los almacenes.

—¿Cartas?

—Sí, póker, *black jack*, ya sabes.

—¿Con dinero?

—Se ve que sí —respondió ella.

—¿Él jugaba?

—Podría ser.

—Él trabajaba allí, ¿no?

—Sí, era de mantenimiento, quizá había encontrado algo o visto a alguien y quería contarlo —vaticinó ella.

—Es curioso, porque creo que han sido dos personas.

—¿Dos?

—Con fuerza —explicó Fosco—. No son habituales ni esa ira ni esa fuerza. Cuando apuñalas a alguien, puedes tocar hueso y te cansas. No es tarea fácil —aclaró—. ¿Y su compañera?

—¿Su mujer?

—Eso.

—Está descompuesta.

—¿Dónde estaba ella cuando sucedió?

—Trabajando, así parece.

—Tendrás que hablar con ella.

—¿Tendré?

—Yo me quiero ir lo antes posible de este lugar —dijo él.

Ella negó ligeramente.

—Te necesitamos, sin ti esto no podremos aclararlo.

—Eres la Consejera, seguro que encontrarás una buena solución.

—Tú la eres.

—¿Cómo?

—Tú eres la solución para resolverlo. Nosotros somos una organización…

—Criminal.

—No legal.

—¡Criminal!

—En fin, lo que quiero decirte es que si lo dejo en manos de Michael…, él no es tan…

—¿Tan?

Ella suspiró.

—Diplomático.

—No entiendo.

—Da igual.

—No, explícamelo, por favor.

—El mar es hondo y está lleno de cadáveres.

—¿Michael ha arrojado muchos?

—No, pero no le tiembla la mano con gente que traiciona su confianza.

—Pero esto no tiene nada que ver con él, ¿no?

—En parte no. Cuando él deja entrar a alguien en su organización, le entrega un decálogo de convivencia. No deja entrar a todo el mundo porque sí. Los que rompen ese pacto le hacen un feo.

—Y esto es uno de ellos.

—Exacto.

—¿Y qué tengo que ver yo?, yo solo soy el puente de comunicación entre vosotros y el fiscal y habíamos finalizado nuestra relación, ¿verdad?

—Esto no puedo resolverlo sin ti. Te lo pido por favor —dijo ella, y suspiró—. Hay algo más. Michael puede averiguar dónde está el tercer hermano, el tercer asesino de los Grieco. El que ayudó con la masacre del Stark Arena donde murió tu familia.

—Melchor, el tercer hermano. ¿Sabe dónde está?

—Él puede averiguarlo. Si me ayudas con esto, me encargaré de darte una pista fiable para que puedas cazarlo.

Fosco se irguió en la silla. Su interés por ese crimen había cambiado radicalmente. No tenía ningunas ganas de quedarse más tiempo en ese barco de mafiosos resolviendo un crimen tan violento. Pero esa proposición lo cambiaba todo. El tercer asesino de los Grieco. Recuperar la pista de esa última pieza del puzle era la promesa más valiosa que le hacían en mucho tiempo.

Cerrar un círculo.

Completar la búsqueda y pasar página de forma definitiva.

Era una bonita idea a pesar de que en Akeron eso era muy complicado. Pero tenía que probar. Al final, pensó, en esos instantes de baile de pensamientos en silencio frente a la Consejera, que ella no conocería el código deontológico de los forenses de la Lombroso.

Él debía quedarse para completar el trabajo. Un forense no podía dejar un caso a medias, menos en una situación excepcional. Casos parecidos le habían sucedido y, por su código del gremio, no pudo lavarse las manos. Tampoco lo habría hecho sin ese lazo moral, por cómo era él. Recordó un caso en una isla del Pacífico cuando aún no había nacido Lèa; se fueron de vacaciones, él y su mujer Claire. En el resort, apareció un cadáver y tuvo que ayudar al responsable de seguridad a identificar al asesino. U otros casos, peculiares y enrevesados, en los que tuvo que involucrarse más que como un simple forense.

Fosco suspiró.

Se quedó mirando la cara de la Consejera. Esta rozaba los cincuenta, pero a pesar de tener un trabajo tan complicado, su rostro no los demostraba. Su traje negro y ausencia de anillo y de vanidades inútiles demostraban sobriedad en su vida.

La miró con detenimiento, en silencio, mientras su cerebro se autojustificaba para quedarse en el barco. Los retos eran el motor de su vida, sobre todo, desde que su existencia anterior al evento de Stark Arena se había esfumado.

Fosco miraba perplejo a la Consejera.

¿Cómo se llamaba?

¿Quién era esa mujer misteriosa de la que había aceptado ese difícil encargo?

Se lo preguntaría, pero ese momento no era el adecuado.

—Me quedo —afirmó él.

El rostro de la mujer se alegró, una ligera sonrisa apareció en su rostro. Nada escandaloso, ni un gran manifiesto de alegría. Sutil, suave, elegante. Como ella.

—Bien. ¿Por dónde empezamos?

Él se tomó unos segundos para pensar.

—Por el arma del delito.

—¿El arma del delito? ¡Si no había en la escena!

—Precisamente por eso. ¿Por qué no estaba? ¿Dónde está? Por ahí tenemos que empezar.

13

MAX

El inspector Max Wolf llegó a su coche.

Un Frontier Titan aparcado en la calle principal de la zona, era como un cartel que indicaba su profesión. Todos los inspectores de Akeron se desplazaban con uno, como si las autoridades quisieran que llevasen un identificador.

Abrió el coche ante los ojos recelosos de la gente.

«Por fin, en seco», se dijo en sus adentros.

Se desprendió de las gotas de la gabardina y subió la calefacción. Mientras el potente motor del coche funcionaba, se frotaba las manos para hacerlas entrar en temperatura.

Luego, una vez atemperado el ambiente enfriado por la lluvia y la punzante noche helada, metió la primera y se coló por el tráfico de la ciudad.

Giró por el mismo cruce donde poco antes estaba persiguiendo al ladrón. Entró marcha atrás por el callejón y apagó el motor; dejó encendida la sirena del salpicadero, mostrando que era un coche de policía, como si el modelo no fuera suficiente.

Bajó del vehículo.

La chica seguía allí. Tendida en el suelo.

La agarró de un brazo, la ayudó a levantarse y después, a meterse en el coche por la puerta del copiloto.

Le cerró la puerta y entró de nuevo.

Arrancó el coche y salió del callejón. Al incorporarse al tráfico, cogió la dirección del hospital central de Akeron.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó ella.

Él la miró de reojo. Emma llevaba el pelo mojado y su expresión era dura, de facciones marcadas. A pesar de tener poco más de veinte años, la muchacha había vivido más de dos vidas en ese barrio del distrito sur, nefasto y lleno de criminales.

—Porque te mereces una segunda oportunidad.

—Todos necesitarían una segunda oportunidad.

—No puedo dársela a todos. Y si pudiera, seguro que muchos la desaprovecharían.

—¿Qué te hace pensar que yo la necesito?

Él se giró a mirarla contrariado.

—Eres más que una ladrona de ancianas.

—Nuestra familia necesita comer.

—Esa señora también, y sin eso iba a cerrar.

Ella bajó la vista.

—No me vengas con discursos de justicia y moralidad.

—No, para nada. Pero si no te hubiera cogido yo, ahora estarías en los asientos traseros de una patrulla directa al calabozo. No al hospital en los asientos delanteros.

Ella bufó.

—¿Te parece esto un juego?

—Si no hubieras aparecido, habría conseguido pasta para casa.

—¿No tienes bastante con tus trabajos? Te pagamos muy bien cuando cuidas de mi hija.

—Eso es como una tirita en una pierna rota.

Max fue frenando en un semáforo antes del río Caronte. Detuvo el coche. Se giró y se quedó mirando a la muchacha con perplejidad.

Era una mujer que tenía que estar pensando en los chicos, en vivir la vida y en cómo estar construyendo su futuro; en cambio, lo estaba destrozando y tirándolo por la borda.

—¿Has robado en mi casa?

—¡Nooo! Max, ¿qué dices?

—Un ladrón lo es siempre.

—Me obliga mi padre.

—¿Por qué?

Ella giró la cara y miró por la ventana. Del otro lado había un todoterreno con un señor en traje hablando por teléfono. Parecía un abogado, serio, enfadado, movía las manos rápidamente, como si diera órdenes.

La chica se detuvo a observarlo hasta que el Titan del inspector arrancó. Entonces se giró de nuevo hacia él.

—¿Entonces?

—Tiene una adicción.

—No es el único en esta ciudad. ¿A qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿No quieres decírmelo?

Ella no respondió.

—¿Coca? ¿Juego? ¿Alcohol?… ¿Prostitutas? —dijo con contundencia.

Ella negó y se quedó viendo cómo el coche rebasaba el puente que cruzaba el río. Al otro lado, estaba el distrito norte.

El distrito norte era… ordenado, limpio, con rascacielos, un sueño.

Las farolas pasaban delante de ella como los recuerdos de su padre. Desempleado crónico. Vivían de ayudas y de robar por aquí y por allá. La madre era la única que, con un trabajo honrado, llevaba un sueldo que se diluía en las deudas acumuladas.

Suspiró entre tantos recuerdos. La verdad y las mentiras pasaban por su mente como las gotas de la lluvia bajaban por la ventanilla.

Mientras pensaba qué y cómo responder al policía, el dolor se intensificaba e irradiaba por la pierna hasta los riñones.

—No hace falta que me contestes.

Y ella así lo hizo.

El policía se puso en cola delante del edificio, la fila de ambulancias para pasar a urgencias era importante, pero no tenían prisa. Los limpiaparabrisas eran los únicos que rompían el silencio incómodo que se había creado en el coche.

—Gracias.

—No me las des todavía.

Ella dudó en responder.

—Podrías haberme llevado a urgencias de nuestro barrio.

—En el hospital del distrito sur, te habrían atendido tarde y mal —afirmó, y entonces apagó el coche.

Bajó y un enfermero se acercó a ver cómo estaba.

Max tenía media cara con costras y una ceja abierta por el portazo de la muchacha.

Al sacar la placa, el enfermero cambió su expresión a más amable.

«Por desgracia, una placa marca la diferencia», pensó él.

—La chica. Primero ella, coja una silla de ruedas, tiene un fuerte golpe en la cadera.

El enfermero obedeció, dio media vuelta y regresó con lo que había pedido. Entonces ayudó a la chica a sentarse en ella y se la llevaron.

Mientras se iba por el pasillo, Emma se giró y le regaló una sonrisa sincera, profunda. El maquillaje que contorneaba sus ojos se le había derramado por la lluvia, por las lágrimas, por el miedo; le daba un aire dejado, duro, de resistencia a la vida.

Max la vio irse sin decir nada más.

Apareció otro enfermero y se lo llevó hacia otro lado.

Era una mañana como otras en ese caos organizado del hospital. A pesar de ser del distrito norte, ese lugar era parecido a un campamento de guerra. Mientras estaban dando varios puntos a Max, veía cómo las camillas pasaban veloces entre las cortinas abiertas.

Médicos, enfermeros con camillas vacías en dirección a la entrada y las sirenas de los vehículos daban un sentimiento de urgencia que Max hacía tiempo que no tenía.

—¿Le duele? —preguntó la enfermera mientras cosía.

Max regresó con la mente al lugar presente y le respondió:

—Está anestesiado, gracias.

—Menudo corte, ¿cómo se lo ha hecho?

—Ya se lo he dicho.

La chica se quedó callada por la respuesta cortante. Pero a pesar de eso, siguió mirándoselo. Max era un hombre enigmático, de piel morena y pelo corto. Sus cejas enarcadas daban misterio a su rostro; los pómulos y el bigote le conferían un atractivo especial. Maximilian tenía un rostro que gustaba a las mujeres. Desde el instituto, su éxito con el otro sexo había sido cautivador.

Luego, en la academia Lombroso, el éxito siguió hasta que conoció su mujer, la madre de Olivia, entonces el mundo desapareció y solo existió ella, tanto que el día de la graduación le pidió que se casara con él.

La joven enfermera de ojos claros de vez en cuando lo miraba fijamente entre punto y punto.

Él se daba cuenta, pero no le molestaba.

Esa atrayente arruga en el ceño era fruto de la lucha contra el crimen. Una preocupación de vivir entre el bien y el mal. Desde la orilla de la ley, todo lo que sucedía al otro lado y tener muchas veces las manos atadas por un río de burocracia era desolador.

De repente, las cortinas se abrieron, llamando la atención de los dos.

—Siga, siga —dijo la doctora, y se acercó a ver lo que estaba haciendo la enfermera—. Menudo corte, inspector…

—Wolf. Inspector Wolf.

—Ya.

—¿Qué le ha pasado a la chica?

—Me salvó de ser arrollado por un bus mientras perseguía a un ladrón. ¿Cómo está?

La médico levantó las cejas.

—Eso no me cuadra con los moratones que tiene en el cuerpo. ¿Está seguro?

FOSCO

El oleaje seguía sin ganas de amainar.

Fosco sentía que los efectos de las pastillas del mareo se estaban pasando. Eso era una droga, pero ¿cómo se podía estar en esos buques sin ir drogado con esa sustancia legal?

¿Cómo lo hacían los marineros?

Era posible que ellos, como los responsables de lavar cristales en los rascacielos se acostumbran a las alturas, la tripulación se acostumbrara a eso.

Prefería no saberlo. Nunca viviría en un buque, solo en una ocasión posible: si fuera el diluvio universal y el único lugar para salvarse fuera en el Arca de Noé y el mundo quedara bajo las aguas.

—¿Por dónde buscamos el arma del delito?

Él se tomó unos segundos para responder mientras el barco seguía moviéndose en un vaivén similar a una enorme cuna frustrada.

—Espera. ¿Tienes más de esas pastillas con sabor a café?

Ella sonrió.

—Tengo casi un palé por los almacenes de este barco.

Él suspiró.

—Me imagino que es difícil vivir aquí sin esto —afirmó él mientras que ella apretaba del blíster una pastilla oscura.

—No te lo puedes imaginar. El problema es que el cuerpo, en teoría, se va acostumbrando. Pero en la práctica no lo hace.

—¿No lo hace?

Ella movió ligeramente la cabeza mientras acompañaba al forense también cogiéndose una para ella.

Él se la metió en boca y la tragó.

—Si no te acostumbras, ¿por qué no te vuelves a tierra y sales de esto? —preguntó él.

—Shhh. No digas eso, por favor. Mi historia no te incumbe. Tenemos un trato y tenemos que cumplirlo y punto, ¿vale?

Él esperó en contestar.

—Vale.

—OK —afirmó, y suspiró—. ¡Arma del delito!

La mujer tenía un punto débil escondido debajo del caparazón. No era el momento de seguir por esa dirección y rebuscar en su pasado.

—El arma del delito son dos. Lo supongo por las heridas de la espalda del hombre.

—¿Estás seguro?

—En un tanto por ciento muy alto. ¿Dónde pueden haber conseguido dos cuchillos de cocina o de despiece de carne?

Ella dudó. Fue a hablar, pero se lo pensó un par de segundos más.

—Los cuchillos en este barco están contados, no hay muchos. Podemos hablar con los cocineros y ver si faltan —afirmó ella, y enseguida abrió la libretita y escribió una nota al respecto.

Mientras, con la otra mano, tapaba lo que escribía y lo que había escrito en esa agenda.

No hacía falta ser muy inteligente para saber que allí había secretos o información confidencial propia de la consejera de un mafioso.

—Puede que ahora estén en el fondo del mar —sugirió Fosco.

—Ya. Pero a lo mejor no.

—Si los han conservado, serían muy tontos.

—Una vez limpios nadie los reconocería, ¿no?

Él no respondió mientras se separaba de la mesa, luego cruzó las piernas y apoyó la barbilla en la mano.

—Puede ser.

—¿Qué estás pensando?

—Que pocas veces se ve un cadáver en esas condiciones.

—¿Es decir?

—Quiero decir con tantas puñaladas. En la morgue, mis compañeros lo llaman el «picadillo».

—¿Picadillo?

—Carne tan machacada por los cuchillos que parece una hamburguesa, carne picada. Picadillo.

Ella fue a hablar con una expresión de asco.

—Espera, no digas nada. A mí no me gusta ese término. Es una ofensa, una grosería. Pero tengo compañeros que lo dirían —afirmó él, y miró distraído la superficie de la mesa, donde dibujó un círculo con el dedo—. Tenemos demasiadas preguntas y pocas respuestas. Tenemos que hablar con la mujer.

—Claro, pero ahora está durmiendo en la enfermería, la han sedado. Tendrá que ser mañana.

—¿Mañana?

—Sí, ¿por qué?

—Pensaba irme ya.

—¿Pero tú has visto qué hora es? —dijo ella, indicando el reloj.

Él emitió un sonido gutural de desaprobación.

—Supongo que los inspectores tienen tiempo, nosotros no mucho. Pero igualmente tengo otras cosas que hacer esta noche.

—¿No te vas a dormir?

—Yo trabajo mejor de noche, sin que nadie me moleste.

Ella asintió y se levantó de la silla.

—¿Necesitas ayuda?

Él sonrió y le indicó que era mejor que no viera ese desprecio humano.

—Entonces nos vemos mañana por la mañana para ir a interrogar a la mujer de Marc —afirmó mientras se levantaba.

—Perfecto —respondió también levantándose.

—Apaga las luces cuando hayas acabado —dijo ella ya cerca de la puerta y cuando estuvo por abrir, se dio la vuelta. Él estaba de pie esperando a que se fuera, mirándola—. Por cierto, me olvidaba. Tengo algo para ti.

Mientras lo decía, ella se acercó a él y sacó de su bolsillo un aparato negro y se lo dio.

—Esto es para ti.

Él lo cogió, era un pequeño *walkie-talkie*. Tenía unos números, una pantalla, un botón lateral y una pequeña antena que sobresalía por la parte superior. Uno parecido a los que había usado cuando era joven con amigos, jugando. Sin embargo, esa era una versión evolucionada, moderna, profesional.

—¿Y esto?

—Mañana te llamaré por aquí.

—¿Cómo funciona?

—Mañana te lo explico. Una de las normas de convivencia de este barco es no tener un móvil. Primero, porque no funcionan en alta mar, no hay cobertura. Segundo, por no emitir ondas y telecomunicaciones que nos intercepten. Esto funciona diferente.

—Entiendo. Mañana me lo explicas. Buenas noches —dijo Fosco mientras se lo metía en un bolsillo trasero de los pantalones.

Luego él se dio la vuelta y, a punto de empujar las puertas de la cocina, se giró.

—¿Consejera?

Ella se detuvo en el umbral.

—Dime.

—¿Marc tenía uno de estos chismes?

Ella se lo pensó un segundo, su cara era un espejo y su expresión era de «cómo no lo he pensado antes».

—Por eso te lo digo, Consejera, ¿dónde está el *walkie-talkie* de Marc?

15

FOSCO

La investigación tomaba forma.

No tenía nada, el caso ni siquiera había empezado y todo estaba por descubrir, pero sentía una cierta libido, un gozo en investigar, escarbar en la verdad y averiguar qué demonios había pasado en ese camarote.

Marc estaba acostado en la mesa improvisada y mirando al techo. En su rostro, una expresión de dolor.

En su mente se articulaban las preguntas de siempre. Fosco cogió un taburete y se sentó al lado del cadáver. A pesar de que sus compañeros tenían razón, nunca le había tocado un «picadillo». Un cadáver destrozado de esa forma. De muchas le había tocado hacer autopsias, pero nunca con tanta violencia.

¿Qué había pasado para tanta violencia?

¿Qué había hecho Marc para merecerse tanta venganza?

Sexo, dinero, engaño, soberbia, drogas, mentiras.

¿Un poco de todo?

Lo que sí estaba claro era que tenían dos líneas de investigación, la mujer y el trabajo. En el trabajo, podía mezclarse también el juego de apuestas.

Todo suposiciones, lo único cierto era que algo había hecho o visto que merecía la muerte antes de desvelarlo. Ya no se lo diría a nadie.

Por último, antes de guardar el cadáver, cogió la tinta de un bolígrafo chafado y embadurnó las yemas de Marc. Cogió sus huellas y las guardó en el archivo que había confeccionado con las huellas relevantes del dormitorio de la víctima.

Finalmente, encerró el cuerpo en una funda improvisada con plásticos y cinta americana. Ayudado por los raíles con que se movían los terneros, lo apoyó en un rincón del fondo de la cámara frigorífica.

Luego, limpió y desinfectó la superficie quitando toda mancha de sangre humana.

Cruzó la cocina, salió del comedor y siguió por el pasillo.

Los largos corredores silenciados por la inactividad nocturna estaban poco iluminados. Solo al pasar las personas las fotocélulas las detectaban y se encendían las luces principales. Como un hotel, pensó Fosco, pero con aire abandonado.

El oleaje no daba tregua. Recorrió los pasillos, serpenteando, dando la idea de que estaba borracho. Subió las escaleras y siguió otra secuencia de pasillos. Todos iguales, todos vacíos.

De vez en cuando, se detenía en los mapas de las plantas para orientarse en búsqueda de su camarote.

Su aposento estaba al final de un último pasillo y una escalera.

Llegó allí. Se apagaron las luces del pasillo que dejó atrás y se encendieron las de la escalera. A cada peldaño, el peso de Fosco provocaba un pequeño chirrido. En ese océano de silencio, parecía un grito metálico de auxilio.

Una sensación le heló la sangre. Hasta ese momento, la soledad que había sentido en el barco no la había considerado un problema.

Cuando llegó a mitad de la escalera, algo lo perturbó. Las luces del pasillo detrás de él se encendieron. No estaba solo.

Tragó saliva y aceleró el paso.

Subió con toda la velocidad que pudo sin demostrar el miedo que tenía.

Su corazón se disparó, seguramente, para nada. Pero ante la duda, comenzó a correr al entrar en el pasillo. Su camarote estaba al otro lado. Corrió, corrió sin mirar atrás. No sería nada, pero las piernas iban solas, impulsadas por el miedo y por los fuertes latidos del corazón.

Ocho camarotes.

Se percató de que las luces de las escaleras apagadas a su paso se volvían a encender. Eso no era una coincidencia.

Corrió.

Cuatro camarotes.

Sacó la llave del pantalón, sin perder la prueba más importante que tenía: el taco de las huellas. Tenía que llegar y poner a salvo esas pruebas y su vida.

Dos camarotes.

Eran las dos de la mañana.

¿Quién corría por los pasillos persiguiéndolo si no era alguien que quería hacerle daño?

Un camarote.

No pudo evitarlo, giró la cabeza lo suficiente para mirar atrás. No se equivocaba, alguien corría hacia él. Acababa de aparecer en el pasillo.

Su camarote.

Metió la llave. Falló. Su mano temblaba. Tenía miedo. Su respiración disparada generaba aún más tensión en sus movimientos.

Volvió a meterla y falló de nuevo.

La sombra se movía veloz hacia él. Por la manera en que se desplazaba no era un amigo. Su rapidez y la forma en que caminaba no eran propias de una visita de cortesía. Ya estaba a la mitad del pasillo. Unas zancadas más y lo tendría encima.

Tragó saliva y centró sus esfuerzos.

Fosco observó la cerradura. Dejó de lado los nervios y, con determinación, consiguió meter la llave.

La sombra negra ya estaba encima.

Creyó ver que llevaba una capucha justo cuando abría la puerta y se metía dentro.

Pie derecho, los folios y el resto del cuerpo.

Fue a cerrar, pero el guante del individuo que lo seguía se introdujo en el resquicio, sujetando la puerta. Su fuerza le impedía cerrarla. Fosco estaba a un soplo de dejar entrar al posible asesino de Marc.

16

OLIVIA

Buscaba entre noticias.

Viejas, nuevas, daba igual. La inspectora Wolf, sentada en su escritorio, buscaba una pista, un indicio, una dirección de investigación. Quería saber dónde estaba Fosco y el escondrijo de los Corvino. Como si eso fuera fácil, como si eso estuviera en la red, como si se pudiera encontrar en un simple motor de búsqueda.

«Absurdo», se decía.

Pero tenía que buscar algo, un detalle, cualquier cosa.

Llevaba más de una hora buscando enzarzada en la red. Sentía que lo que buscaba no estaba, que se estaba deslizando por una pared de cristal empapada de aceite de motor.

Cuanto más se adentraba en la red, más se daba cuenta de que no había información válida y que ese no era el camino.

Al salir del despacho del comisario, había tomado la decisión de ignorar las indicaciones de su jefe y seguir su instinto. Como casi siempre.

Los Corvino, un mito, una leyenda. Inalcanzables. Una sombra en un mundo de sombras.

¿Existían aún los Corvino?

¿Existía un cuartel general?

¿Era una pantomima, una leyenda urbana?

Si no hubiese sido porque Fosco le dijo que lo habían secuestrado y tenía confianza en él, se habría convertido en la historia más absurda después de la existencia de los fantasmas o de los ovnis.

Ella era una persona empírica. Lo que no veía no se lo creía.

Podía ser cierto, que se lo hubieran vuelto a llevar.

Las noticias que predominaban estaban relacionadas con la muerte de la jueza. De grafitis anarquistas por la ciudad y de golpes al poder.

Navegaba por noticias y *fake news* que daban a Akeron City por perdida, que era mejor escapar, asaltar el ayuntamiento o que todo ardiera.

A lo mejor, renacer entre las cenizas como un ave fénix tampoco era una mala idea. Pero el problema era que el mal no se quemaba, persistía en los corazones de las personas.

Desistió de buscar detrás de la pantalla y decidió hacerlo en otro lugar, lejos de la comisaría y de las órdenes de su superior, solo siguiendo su instinto.

MAX

El inspector Wolf se quedó sin palabras.

¿Qué quería decir la doctora con que la chica tenía moratones en el cuerpo que no correspondían a lo que le había contado?

No lo comprendía.

Su arruga en el entrecejo se acentuó y pidió explicaciones.

—¿Seguro que pasó solo eso?

La enfermera cortó el hilo de sutura y le acercó un espejo.

Su nuevo rostro estaba armado; en la ceja tenía un corte que la partía y le recordaría ese día el resto de su vida.

Apartó el espejo.

—Explíqueme.

—No, explíqueme usted. ¿Cómo ha encontrado a esta chica?

—Estaba persiguiendo a un ladrón, no vi un autobús llegar y ella me empujó. Yo me llevé esto —dijo mientras indicaba la ceja—. Y ella se llevó la peor parte, por el bus. ¿Cuántas veces lo tendré que explicar? —insistió, serio pero calmado.

—Se lo digo, inspector, porque tiene moratones en el cuerpo que parecen más por golpes, hostias, vaya. A esta mujer le han pegado.

—Puede que lo confunda con los golpes de la caída.

—¿Quiere explicarme mi trabajo? Lo sé reconocer. Son antiguos, no son de hoy.

El inspector asintió.

—Conozco a esa chica, investigaré a la familia a ver qué puede haber pasado.

—Tendré que hacer un informe igualmente.

—Claro, ¿me puedo ir?

La médico se lo quedó mirando unos instantes más.

—Wolf, gracias. Que tenga un buen día, ya se puede marchar.

—¿Y la chica?

—Se queda en observación. Acaba de bajar de un TAC.

—Quiero despedirme.

La doctora asintió y le hizo un ademán para que la siguiera. Cruzaron el pasillo y entraron en un cuarto en el otro lado de urgencias, apartado por cortinas.

Al pasar, la chica se incorporó en la cama. Sonrió, el rímel de sus ojos ya se lo había quitado. Ya no llevaba la sudadera negra con capucha, sino un camisón claro.

—¿Cómo estás?

—Me sigue doliendo.

—Te llevaste un buen golpe, no me extraña.

—Quieren que me quede aquí en observación, estamos esperando los resultados del TAC. Espero que no sea nada.

—Crucemos los dedos.

—¿Te vas?

—Sí —respondió mientras hacía una mueca con la boca.

—¿Qué te pasa?

—Si tienes que decirme algo, que sepas que la puerta de mi casa está abierta.

Ella bajó la vista.

—Me voy, ya llego tarde al trabajo —dijo, y se dio la vuelta para salir.

Cuando apartó la cortina para marcharse, la chica dijo algo.

—*Potter*.

El inspector se detuvo, se dio la vuelta y cerró de nuevo la cortina.

—¿Cómo dices?

Ella tragó saliva.

—*Potter*.

—¿Qué es *potter*?

—A lo que mi padre está enganchado. —Max negó con la cabeza—. ¿Lo conoces?

—Es una droga, tengo entendido.

—Es un opiáceo químico que te engancha y te hace su esclavo.

—¿Cómo sabes tanto?

Ella bufó, casi molesta por la pregunta.

—Vivo en la calle, Max —contestó con tono casi de sobrada.

—Soy consciente de ello. Es cuando está bajo esos efectos que tu padre te pega, ¿verdad? —Ella abrió los ojos y bajó la mirada—. Ya, lo suponía —afirmó con tono comprensivo—. Me tengo que ir. Nos vemos por el edificio.

Ella asintió mientras él desaparecía detrás de las cortinas que delimitaban la estancia.

Recorrió el pasillo hasta la puerta de acceso y, al salir, volvió a sentir el frío de ese día húmedo. La lluvia seguía cayendo con fuerza.

Dio un respiro profundo y, al sacar el aire, dejó una estela de vaho y pesimismo. Se tocó la cicatriz, con suavidad, como si la estuviera saludando.

Se subió la gabardina y entró en el coche. Regresó al tráfico de la ciudad, esa vez hacia la comisaría. Los pocos kilómetros del hospital que separaban la comisaría del mismo distrito los recorrió entre pensamientos y dudas.

«*Potter*, Emma, el padre adicto a la droga», se repetía en su interior.

Había oído hablar de esa sustancia antes, pero nunca se había enfrentado a ella de forma directa. Siempre había escuchado comentarios en la comisaría, informes de compañeros, *briefing* de los jefes, pero nunca le había tocado en su entorno. Hasta ese día.

Detuvo el Titan en el aparcamiento de la policía.

La comisaría del distrito norte era una construcción de dos plantas. Un viejo edificio con ventanas pequeñas y barrotes de hierro. Estaba situado en un extremo de la ciudad, rodeado por naves industriales de importación, un enorme parquin para coches camuflados y patrullas y una zanja de aluminio con alambre de púas en la parte superior que delimitaba el perímetro.

Un escudo de la policía de Akeron era la única insignia que determinaba qué era ese edificio.

Bajó del coche y entró rápidamente bajo una lluvia que no daba tregua.

Se sacudió las gotas que ya formaban parte de la misma gabardina. Fue al lavabo más cercano para quitar la sangre que tenía pegada en la manga y después, hacia su sitio.

Los otros inspectores de su división de homicidios lo saludaban al verlo pasar y lo detenían para saber qué le había pasado.

Finalmente, consiguió llegar a su puesto y se sentó.

Suspiró.

La mañana había empezado torcida, pero había conseguido sentarse. En ese momento sintió la necesidad de otro café. De los que hacían allí, cargados, negros como el alquitrán mojado de la noche. En la bandeja de los casos nuevos no había nada, el jefe no le había asignado ningún otro. Eso lo tranquilizó.

Fue a levantarse a por su brebaje cuando su compañero se giró.

—Max, tienes mala cara.

—Es una larga historia.

—Nada comparado a esto —dijo mientras dejaba caer en su mesa un faldón de hojas con una goma que los sujetaba dentro de una carpeta roja. Encima ponía «URGENTE».

—¿Qué es?

—Lo que tenemos que investigar hoy.

—¿Es decir?

—Parque Tivoli, del distrito norte. Cinco muertos ayer por la noche, sobredosis.

Max empujó la carpeta hacia el compañero.

—Devuélveselo al jefe, Tom. Eso es de narcóticos. Nosotros somos homicidios.

—El jefe quiere que lo trabajemos también nosotros. Es *potter*, Max, ¿te das cuenta…?

El otro arrugó el ceño y cayeron sus ojos en la carpeta.

—¿*Potter*?

—Ya ha llegado al distrito norte y está haciendo estragos. El jefe quiere que averigüemos quién está detrás de esta mierda.

FOSCO

Una mano sujetaba la puerta.

Desde luego, no en son de paz. Con capucha y guantes negros de piel. Habría sido fácil dejarlo pasar para saber quién era y ver la posible correlación con el asesino de Marc. Sin embrago, había solo un pequeño problema: lo más seguro era que no pudiera explicárselo a nadie más.

Fosco no podía cerrar la puerta de su camarote. La fuerza del individuo era tremenda. Estaba ganando centímetros, empujando.

Sintió un miedo terrible que le apretaba la garganta; sus fuerzas cedían y la puerta se abría poco a poco.

No sabía qué hacer.

Su formación en la Lombroso no incluía el combate cuerpo a cuerpo. Ni llevaba consigo una pistola, eso era para los inspectores. Él era un hombre de laboratorio; si apurabas, de campo, de escena del delito, no de lucha o de perseguir a maleantes y defenderse.

El individuo, al ver que no podía avanzar más, comenzó a golpear con el hombro. Al segundo, a Fosco se le cayeron las hojas con las huellas. Esos papeles no debían acabar en las manos equivocadas, eran las únicas pruebas.

Apoyó las dos manos en la parte central de la puerta y se acordó del *walkie-talkie*. Desde luego, no era el momento de hablar, pero era lo único que tenía.

«De perdidos al río», pensó.

Lo cogió del bolsillo trasero del tejano y, agarrándolo como si fuera un martillo, lo arrojó a los dedos de ese hijo de perra.

Al primer golpe que tiró con todas sus fuerzas, los dedos de la mano se soltaron y el grito que emitió fue una mezcla de dolor y sorpresa.

El grito humano y masculino ocurrió al desaparecer los dedos.

La puerta se quedó sin fuerzas contrapuestas por un segundo, el mismo que aprovechó Fosco. Con un golpe de revés y de hombro, fruto de un reflejo que no supo de dónde venía, cerró.

Después de más gemidos de dolor, se sucedieron unos puñetazos en la puerta. Fosco cerró el pestillo y suspiró profundamente.

Hubiera agradecido que hubiera una mirilla, pero no era así, se tuvo que conformar con su salud e integridad. Estaba vivo, estaba a salvo. Lo que estaba más que claro era que a alguien no le hacía mucha ilusión que estuviera allí para investigar el asesinato.

Fosco se dejó escurrir con la espalda contra la puerta hasta sentarse. Jadeaba. Recuperó el aliento y poco a poco su cadencia se redujo. Ese barco guardaba más secretos en su interior de los que creía.

¿Podía haber una organización interna en ese lugar?

¿Podía haber alguien que no quería que investigara la muerte de Marc por el riesgo de que se descubriera algo más?

No tenía pruebas, solo intuiciones, miedos. Eran reflexiones sentado en el suelo con el miedo erizándole el vello de los brazos.

Pero la vida seguía y del mismo modo, la investigación.

La vista se dirigió al suelo, donde estaban todas las hojas con las huellas. Había conseguido salvarlas. En la mano, sostenía el aparato de comunicación. De la parte trasera, sobresalía la batería cuadrada, de las viejas, de las que casi ya no se veían. Colgaba prendida de un cable. La colocó en la carcasa y la cerró con la tapa. Apretó el botón e intentó hablar con la Consejera, pero ese chisme, por el golpe que le había dado, no funcionaba. ¿Se lo había cargado?

Fosco pensó que el golpe que había conferido al asaltante tampoco había sido tan fuerte. Pero la realidad no demostraba lo mismo. Ese hombre tenía que tener un fuerte golpe previo en la mano.

Se levantó agarrando los folios y los apoyó en la mesita que disponía en el camarote. Los esparció por la superficie y los analizó con la luz directa del flexo.

Ese trabajo de identificación de huellas lo realizaban habitualmente los de la científica. Pero, por supuesto, él sabía qué hacer y cómo reconocer unas huellas.

Le llevó casi una hora distinguir las diferentes marcas, pero al final aparecieron tres montones de tres personas diferentes. Dos, con la mitad cada uno de las huellas recopiladas del piso, más una suelta, sola.

El primero coincidía con la víctima. Casi el cincuenta por ciento de las huellas eran de la víctima. Eso era normal, porque era el camarote donde vivía.

El segundo grupo, casi la otra mitad, era de otras personas. Fosco pensó enseguida que podía ser la mujer; también vivía ella en ese lugar, el camarote estaba lleno de sus huellas.

Pero había un error, un fallo que alguien, posiblemente el asesino, había cometido. Una huella sola, un folio con celo enganchado y la mitad de una palma izquierda apoyada en la pared.

Se había anotado el lugar de esa extraña posición, al lado del inodoro. Entre manchas de sangre, el destino había dejado allí una huella. Aparecían todos los dedos menos el pulgar.

Esa huella, de una tercera persona, era tan extraña como inquietante. Casi molesta para Fosco.

Intuía que esa podía ser la pieza clave porque rompía la normalidad.

Se levantó con la hoja y se fue al lavabo de su camarote.

Cerró la puerta y se acercó al inodoro. Miró exactamente dónde en el mismo lugar.

¿Por qué allí?

¿Por qué en ningún otro sitio y solo en ese extraño lugar?

El forense miraba el inodoro. Luego, la huella y el lugar donde la había encontrado.

Apoyó la mano de la misma forma y en el mismo sitio.

¿Por qué solo una parte de la palma y no toda?

Estaba claro que la persona estaba meando. Y si estaba haciendo eso, no podía ser una mujer, porque lo hacía de pie.

Y si era así, ¿por qué no tenía apoyada toda la mano?

A lo mejor le dolía una pierna o un pie. Cuando un hombre se aproxima a la taza del inodoro, no se apoya a menos que tenga una dolencia o una incapacidad.

¿Un problema de estabilidad? ¿Un pie o una pierna? Quizá era cojo. Si esa era la opción, no podía ser la misma persona que lo había perseguido, porque corría muy bien.

Fosco se pasó la mano por la barbilla, demasiadas dudas. El cansancio se hacía sentir. Tenía que irse a dormir. A pesar del oleaje y del mal tiempo, tenía que conciliar el sueño, porque al día siguiente seguiría la búsqueda del asesino.

De regreso a la habitación con la única huella, se giró de nuevo cuando llegó al umbral. Miró el lavabo y memorizó que la luz estaba en la parte derecha, justo entrando. El detalle le serviría si durante la noche se despertaba para volver al servicio. Se le ocurrió una idea.

La mano en la pared al lado del inodoro ya estaba clara.

Se dio un golpecito en la sien.

Esa persona se había apoyado mientras iba medio grogui. ¿Había dormido allí una noche?

¿Sería el amante de la mujer?

O, simplemente, era la mano del asesino, que se había apoyado por error.

Sacudió la cabeza, el cansancio era una niebla que le impedía pensar con claridad.

Se fue a dormir lo poco que quedaba para el siguiente día. A pesar de las olas que no cesaban, se durmió sin darse cuenta.

La luz del día que entraba por la ventana redonda del camarote lo despertó.

La claridad traspasaba los párpados cerrados. Ese olor a cerrado no era el que solía respirar en su casa. El dolor de cuello y espalda fueron otras pistas de que no estaba en su cama.

Abrió un ojo y vio cómo las paredes de hierro confirmaban sus recuerdos; no estaba en casa.

Necesitó unos segundos para entenderlo, seguía en el buque de los Corvino. En el edificio horizontal.

Estiró la espalda y miró la hora; eran las nueve pasadas.

Se levantó con la misma prisa como si llegara tarde al levantamiento de un cadáver. Como si hubiese fallado a su palabra a algún juez de Akeron.

El *walkie-talkie* estaba apagado, así que la Consejera no podía haberlo llamado.

«Pensará que me he dormido y lo he apagado para no responder», pensó mientras se aseaba.

Salió a los pocos minutos del camarote y lo cerró.

Miró a su izquierda, hacia las escaleras. Pocas horas antes por allí había aparecido ese individuo con intenciones no muy amistosas.

Regresó al comedor en busca de la Consejera, cada persona que se cruzaba lo miraba mal, de soslayo, como lo que era, un intruso en esa sociedad marítima.

El oleaje se había reducido. Aunque no hacía buen tiempo, el temporal había pasado.

El ambiente era tenso en el barco, o eso era lo que captaba Fosco.

Cuando entró en el comedor, las voces de las personas que estaban desayunando menguaron. Al fondo, en el mismo lugar, como si no se hubiese movido, estaba la Consejera. Al verlo entrar, bajó la taza de café y cerró la libretita.

—Buenos días, ¿apagaste el *walkie-talkie*?

Él la miró con un aire de llevar consigo el primer secreto del día. Apoyó el aparato en la mesa.

—Creo haberlo roto.

Ella lo cogió y se lo arregló.

—¿Qué ha pasado?

Él miró hacia atrás, los ojos de los comensales seguían observándolo.

—Vamos a interrogar a la esposa de Marc; cuanto antes me vaya de este lugar, mejor será para todos —dijo, cogió una taza de café y la bebió como si fuera una medicina, concluyendo—: Vamos. Te lo explico de camino.

OLIVIA

Olivia se metió en el coche sin rumbo y casi sin esperanzas.

El teléfono de Fosco permanecía desconectado. Las horas pasaban y la ansiedad subía.

Era lo último que deseaba, que a Fosco lo raptaran esos criminales corruptos y desgraciados. Inevitablemente, su presente se entrelazaba con el pasado. Recordaba a su padre y todo lo que le había pasado. Se lo había dicho, que, a pesar de ayudar al fiscal, podía salir salpicado por esos malnacidos de los Corvino.

Sentía angustia y miedo. De la misma manera que la vez anterior, prefería que Fosco hubiera desaparecido con otra mujer antes que caer en la trampa de los Corvino.

Decidió ir a ver si estaba en el trabajo. Se le ocurrió que, a lo mejor, su teléfono móvil se había roto. Que llegaría a la morgue y estaría allí, esperándola.

Pero la sensatez dio espacio a la fantasía. Si así hubiese sido, la hubiera llamado desde el trabajo, y no había sido el caso.

Parada en el semáforo, controlaba la entrada de llamadas.

Ninguna.

El semáforo se puso en verde.

Aceleró hasta el final de la avenida. Entró en el aparcamiento y buscó el todoterreno de Fosco. En parte se alegró y en parte no.

Parecía que Fosco no había ido.

Bajó de su coche y, corriendo bajo la lluvia, se metió en el edificio. Sintió como la humedad penetraba su ropa y mojaba su pelo. A ella no le gustaban los paraguas.

Abrió las puertas y entró hasta el mostrador de recepción, no había nadie.

Miró a un lado y al otro.

Esperó que apareciera alguien y, al cabo de unos minutos, llegó corriendo Margarita.

Esta la miró y ni siquiera le regaló una sonrisa, nada habitual en ella.

—Un momento —dijo con el dedo índice levantado.

Se sentó y cogió el auricular, llamó a una persona explicando que la autopsia no estaría lista para ese mismo día.

Al cabo de una corta discusión, la secretaria colgó.

—Menudo día llevamos —dijo la secretaria más a ella misma que a la inspectora—. La respuesta es no. No sé cuándo, ¿de acuerdo? —gritó a Olivia.

Ella se extrañó.

—¿De qué me hablas, Margarita?

—De las autopsias de esos pobres chicos del supermercado. ¡Olvídate! No sé cuándo las tendremos —espetó, se giró hacia la pantalla y continuó murmurando—. Esto es de locos.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? ¿Estás de broma? Pues que hoy no se han presentado dos forenses y se han puesto de acuerdo todos y han comenzado a matar como locos. Estamos desbordados, eso es lo que pasa.

—¿No ha venido Fosco?

—¿Tú crees que yo estaría así de histérica si estuviera Fosco aquí? Él sabría qué hacer. Estaría despachando trabajo como en una fábrica —dijo jadeando.

—Respira, Margarita.

La mujer se reclinó en el respaldo y se dio aire con un abanico.

—Estoy muy alterada. Lo siento.

—Normal, te entiendo. ¿Dónde puedo encontrar a Fosco?

—Ni idea, ¿crees que, si lo supiera, yo estaría así?

—Tranquilízate, Margarita, todo irá bien. Ya lo conseguiréis. Las autopsias de esos cuatro pobres chicos no son urgentes. Para nada —aseguró con un tono dulce y pausado.

La mujer suspiró y la miró con el aleteo del abanico más lento.

—¿Lo estás buscando?

—Sí. Anteayer cenamos y desapareció en la nada.

—Seguro que está en casa.

Olivia encogió los hombros.

—Iré ahora a verlo.

—Dime algo entonces. Por favor, aquí estamos con la mierda hasta el cuello.

—Cuenta con ello. De momento, hazte un favor, tranquilízate.

La secretaria sonrió y comenzó a teclear como un hámster.

Olivia corrió hacia el coche bajo la lluvia. Lo arrancó y siguió su particular búsqueda del forense.

FOSCO

Fosco explicó a la Consejera lo que le había sucedido la noche anterior. La visita inesperada de la persona que lo siguió, la ruptura del *walkie-talkie* por liberarse del hombre y lo que descubrió de las huellas: tres personas con tres misterios.

A la Consejera le costaba creer que en esa sociedad marítima hubiese tanta maldad escondida.

Le indicó que, si se quedaba una noche más, le pondría a uno de los hombres de seguridad como escolta.

Fosco lo agradeció, pero esperaba que su visita no llegara al siguiente atardecer.

Mientras la seguía, hubo un detalle que lo sorprendió; cuando se cruzaban personas por el pasillo, se detenían y se colocaban con la espalda contra la pared para dejarla pasar.

Esa era la reacción cuando pasaba la Consejera.

¿Tan temida era?

A Fosco no se lo parecía, pero el efecto que estaba teniendo la tripulación a su paso no daba lugar a dudas.

La enfermería era una puerta a la derecha de un pasillo, cerca de las cocinas. A pesar de los mapas que estaban puestos en las paredes, Fosco se habría perdido. Descubrió que su sistema de orientación en un barco era pésimo. Podía ser por el oleaje o porque todos los pasillos eran parecidos. El hecho era que, según la Consejera, estaban cerca de las cocinas, en el último piso de ese edificio horizontal.

Ella tocó la puerta y la voz de un hombre respondió que pasaran.

La Consejera abrió. Delante, un pequeño cuartucho con el suelo verde, paredes blancas de plástico y una pequeña ventana en el fondo. El ambiente olía a lejía. En el medio, había una cama y en ella estaba tumbada una mujer. Al verlos entrar, se incorporó.

El médico, con una bata impoluta, le apoyó una mano en el hombro.

—Poco a poco, Jenny. Tranquila —dijo él con una voz templada.

Ella sonrió y accionó el mando para que la cama subiera y poder hablar con la visita. La mujer, sin decir nada, ya había entendido a lo que iban.

—Buenos días, Consejera. Jenny ha dormido bien esta noche. Está mucho mejor que ayer, por suerte —dijo el médico con una sonrisa de bonachón.

—Gracias —respondió ella hacia el hombre, y se giró hacia la mujer—. ¿Cómo estás, Jenny? ¿Te sientes con ánimo de hablar?

Ella asintió.

Fosco la observaba con ávido interés. La mujer, que se cubría con una manta y lo que parecía un pijama blanco, tenía aún los ojos hinchados y rojos. No tenía que haber sido fácil ver esa escena, más propia de una película del horror que de la cotidianidad.

—Algo mejor —respondió Jenny—. He conseguido dormir.

El médico la tenía que haber ayudado con algún tranquilizante, pensó Fosco.

—¿Puedes explicar que pasó cuando encontraste a Marc?

Jenny suspiró y lo pensó unos instantes.

—Fui al camarote después de trabajar. Al entrar, había un mal olor muy fuerte. Cuando me acerqué, vi cómo mi Marc estaba lleno de sangre. Y grité. La gente empezó a llegar y no me acuerdo de nada más.

—Bien, gracias, Jenny —dijo la Consejera, y miró al forense, como dándole paso para que siguiera él haciendo preguntas.

Él cogió una silla que estaba en la pared, la acercó y se sentó al lado de la paciente.

—Encantado, Jenny. Me llamo Fosco Merrell, soy médico forense. Estoy aquí para ayudarte —dijo, las cejas de la mujer se arrugaron y miró a la Consejera.

—Está aquí para ayudarnos —confirmó la Consejera con una sonrisa.

—¿Qué relación tenías con Marc? —preguntó Fosco.

—No lo entiendo.

—¿Todo iba bien entre vosotros?

—Sí, claro, llevábamos mucho tiempo juntos, la Consejera lo puede confirmar.

—La Consejera puede confirmar fechas, pero cuando uno cierra la puerta de casa, lo que sucede dentro lo sabe solo uno.

—¿Me está acusando de algo? —preguntó ella.

—No, Jenny, Fosco está aquí para investigar, para ayudarnos —repitió la Consejera—. Por favor, contesta a su pregunta.

La mujer suspiró.

—Nuestra relación iba bien hasta que…

—¿Hasta qué? —preguntó Fosco.

—Hasta que empezaron con las apuestas y los juegos.

—¿Juegos, apuestas?

—Sí. Unos del almacén comenzaron con un tema de jugar a cartas. Se encontraban todos los jueves por la noche y cada vez se jugaba más y con más dinero.

—¿Y Marc se jugó mucho?

—Al principio no quería jugar, pero su compañero estaba metido, perdió mucha pasta y quería seguir. Y…

—Sigue Jenny —alentó la Consejera.

—Y cada día era más complicado, porque los de seguridad se lo olían. Pero Marc estaba en medio, tenía que callar y dejarlos jugar. Y de tanto verlos jugar, lo probó y se pilló los dedos.

—¿Los dedos? —preguntó el forense, recordando que la víctima tenía bien las manos.

—Quiero decir que también él debía mucha pasta y me enfadé.

—Normal, Jenny, normal —dijo la Consejera, apoyando una mano en su pierna.

—De acuerdo. Necesitamos saber quiénes son esas personas. ¿Sabes quiénes son?

La mujer negó con la cabeza.

—Jenny, ¿quieres que encontremos al responsable que le ha hecho eso a Marc? —preguntó la Consejera, y la otra mujer asintió—. Entonces, contesta a las preguntas.

Jenny suspiró y contestó mirándose las manos.

—No sé quiénes eran los demás, pero estaba su jefe, el Portero, y creo recordar que uno de los jugadores era Billy, el *Chispa*.

—¿Quién es? —preguntó Fosco.

—Luego te lo explico, Fosco.

—Jenny, ¿crees que han matado a Marc porque debía mucho dinero?

Ella miró hacia al techo y suspiró. Parpadeó varias veces, pensando lo que iba a decir.

—Lo he pensado toda la noche. Creo que esos cabronazos han matado a mi Marc —dijo, y se puso a llorar.

El forense y la Consejera se miraron. A pesar de que se conocían desde hacía poco tiempo, esa mirada de complicidad sustituyó muchas palabras.

—Jenny, ¿cuánto debía Marc?

La mujer, a los minutos, se recuperó.

—Creo que un par de meses de sueldo. No me acuerdo.

—Ya entiendo. Jenny, ¿puedes recordar el día de ayer cómo fue? Desde que despertaste hasta que encontraste el cadáver, por favor —indicó Fosco.

Ella se sopló la nariz y lo explicó entre sollozos.

—Ayer, después de despertarnos, Marc quiso hacer el amor, pero yo no tenía ganas. Si hubiese sabido que era la última vez que lo veía, no le habría dicho que no a mi querido Marc de mi corazón. Es tan injusto…

Fosco puso los ojos en blanco por un segundo, sin que la mujer lo viera.

—Sigue, por favor.

—Sí. Me fui a trabajar y él también.

—¿Siempre teníais horario de día?

—Yo sí, él no.

—¿A qué te dedicas, Jenny?

—Trabajo en el servicio de lavandería.

—¿Y no hay turnos?

—No, solo mañanas.

Fosco enarcó la boca, sorprendido.

—Sigue.

—Fui a trabajar y cuando acabé, regresé al camarote y lo encontré así.

—¿Qué hora era cuando llegaste?

—Sí, llegué sobre las cinco de la tarde.

—¿Y fuiste directamente? —preguntó Fosco.

—¿Directamente?

—¿No fuiste a ningún otro lugar antes de llegar al camarote?

—Fui directamente.

—¿Alguien puede corroborarlo?

La mujer mostró una expresión como que no entendía.

—¿Nadie te vio llegar a esa hora al camarote?

—No —respondió después de pensarlo.

—De acuerdo, Jenny, unas últimas preguntas. En la escena del delito, no estaba ni el arma con que mataron a Marc ni el *walkie-talkie*; según me ha dicho la Consejera, cada uno tiene el suyo, ¿verdad?

Ella asintió.

—No lo sé, no me acuerdo de haber visto nada, la verdad.

—¿Y el *walkie-talkie*?

—Marc era muy despistado. Se lo habrá dejado por algún sitio o en el trabajo.

—Creo que por hoy es suficiente, Jenny se tiene que recuperar —intervino el médico del barco.

Fosco asintió y se levantó de la silla sonriendo.

—Gracias, Jenny —dijo la Consejera, y la mujer respondió con una sonrisa.

Fosco, antes de tocar el frío metal del pomo de la puerta de enfermería, se dio la vuelta.

—Una pregunta, Jenny, ¿cuánto tiempo pasó entre que entraste y llegaron las primeras personas?

La mujer miró el techo y luego a la otra mujer mientras negaba.

—No, no sabría decir, la verdad.

—¿Diez minutos? ¿Media hora?

La mujer siguió moviendo la cabeza, sin aclarar el lapso.

—De acuerdo —dijo el forense mientras se rascaba la barba—. Pero, cuando llegaste, ¿qué pasó? ¿Gritaste?

—Sí, señor. Cuando vi a Marc en esas condiciones, grité del susto.

—Claro, ¿y luego?

—Salí del camarote buscando auxilio.

—Bien. Y qué más…

Ella esperó unos instantes antes de responder.

—Vinieron personas y no sé qué más.

—¿Recuerdas quiénes fueron las primeras personas en acudir?

—Creo recordar que fueron María y Betty.

Fosco miró a la Consejera.

—Son unas chicas que viven en el camarote de al lado.

Fosco asintió.

—Y hasta que llegó la Consejera, ¿cuántas personas pasaron por el camarote?

—No lo sé —respondió, algo desesperada.

—¿Crees que alguien se llevó algo?

—¡No lo sé! —respondió de nuevo, casi gritando y llevándose las manos a la cabeza.

—Ya está bien por hoy, por favor —dijo el médico a la Consejera.

Esta asintió y se fueron hacia la puerta.

—Descansa, Jenny —respondió ella con un tono benévolo.

Fosco le lanzó una última mirada, analítica, perpleja, y salió al pasillo. Después, salió la Consejera y cerró la puerta.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó él.

La Consejera colocó un dedo delante de la boca para que no hablara en ese lugar. Entonces Fosco se acercó a su oreja y le dijo:

—Tenemos que ir a interrogar al jefe de Marc y al tal Billy.

Ella asintió y abrió paso sin decir nada.

En la cabeza de Fosco comenzaron a articularse ideas y suposiciones. Nada era cierto y nada era descartable. La entrevista con la mujer de la víctima había sido más interesante de lo que creía. A otra persona, ciertas cosas le habría costado más sacarlas, pero ella lo dijo enseguida. A la primera les dio la misma teoría que había indicado la Consejera la noche anterior. ¿Coincidencia o era el camino adecuado?

Fosco la siguió hasta que la mujer abrió una puerta y, por primera vez, vio el exterior del barco; la vista lo sorprendió notablemente.

MAX

Tom era un buen tipo.

Con demasiado sobrepeso para ser un policía, según Max. Pero los bollos o los donuts con café eran una droga demasiado difundida en el cuerpo de policía como para que él la pudiera erradicar.

Tenía arrugas en la frente, una nariz aquilina y movimientos pausados. Se basculaba en la pobre silla. Sus ojos verde oscuro y saber francés lo ayudaban a la hora de encandilar a alguna mujer. Después de la jornada de trabajo, se acercaba al bar del polígono industrial, lleno de camioneros, policías y gente de paso.

Si alguien lo buscaba, sin buscapersonas, lo podía encontrar en la barra de ese bar en compañía de un *whisky* y pestañeando sus ojos verdes a alguna forastera.

En el coche, mientras iban al parque, Tom le explicaba las aventuras de las noches anteriores. El compañero era como una radio narrando aventuras sentimentales y Max asentía sin quitar la vista de la carretera, pero, en muchas ocasiones, se preguntaba si eran reales.

A pesar de la compañía, conducía sumergido en sus pensamientos. En el mismo día ya se había topado dos veces con el mismo fantasma que comenzaba a infiltrarse en la ciudad, el *potter*.

¿Qué era ese fantasma que dejaba estela de muerte y violencia?

«Una droga de laboratorio», le dijo Emma.

«Los jóvenes de hoy en día son más espabilados; a su edad, recién sabía qué quería hacer», pensaba Max.

Se dirigían hacia el parque Tivoli para encontrar a un grupo de personas que habían muerto precisamente por lo que el padre de Emma estaba enganchado.

¿Era una casualidad? ¿Un mensaje o una epidemia?

—¿Max?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el compañero.

—Estás muy callado hoy. A lo mejor es la… —dijo, indicando la cicatriz.

—Estoy bien.

—Anda ya, Max. Tú siempre estás bien.

—Estoy preocupado por esa sustancia.

El otro inspector hizo un gesto con la mano, como si eso a él no le importara.

—Una mierda más en el mercado, a lo mejor hasta nos viene bien y todo.

—¿Cómo dices? —preguntó con un tono lo más neutro posible.

—¡Sí! Nos quitará más purria de los latifundios, Max. Y fuera, mejor para todos. Menos gente, menos criminales.

Max se giró por un instante, dejando de ver la autovía que llevaba a la zona del parque. El tráfico y los charcos en la calzada requerían una conducción concentrada.

—¿Tú has visto el informe?

—Claro, ¿y?

—Pues había un abogado, un empresario, dos contables. Esas personas son gente normal, Tom. Gente de la parte norte, ¿me entiendes? No es purria, como dices tú, es gente normal, como yo, como tú.

—Bueno…

—Yo vivo en el sur, ¿soy escoria, Tom? ¿Soy purria? ¿Mi familia lo es?

—Ey, ey, no me refiero a eso.

—Pues yo creo que sí.

—Espera, para el carro, amigo. Quiero decir que, si nos quitan trabajo, es mejor. Solo que si limpia los estadios de los…

—Lo estás empeorando, Tom, ¡déjalo! Cuando una droga como esa entra en el mercado, todos perdemos. Sin distinción —confirmó, y colocó el intermitente para tomar la salida.

Desde la sobreelevada autovía, se veía el parque y su extensión. El parque Tivoli era un pulmón verde en la ciudad rodeado de rascacielos y cristal. Al fondo, una extensión de construcciones grises y, al final, el océano.

El parque tomaba el nombre de una de las familias fundadoras de la nueva Akeron, la familia Tivoli. A Max le gustaba ese tramo de la autovía que rodeaba la ciudad porque se podía ver el palacio Tivoli justo en el medio. Se decía que había sido comprado por la familia en su tierra natal, Sicilia, la isla italiana. Desmontado y llevado piedra a piedra hasta el parque.

Majestuoso y de colores pastel, parecía salido de la película *El Gatopardo* de los años setenta.

Cuando llegaron, una patrulla les dio acceso al alto portón de entrada. Siguieron las indicaciones hasta la zona del crimen.

Aparcaron al lado de un invernadero. Los compañeros de la científica ya habían llegado, hacían fotos y colocaban cartoncitos con números para las pruebas.

Sacó el paraguas, aquello no sería cruzar la carretera; se quedarían allí tiempo.

Max cerró los ojos, levantó la nariz y respiró. Encontró en el aire el olor a bosque mojado y a lluvia. Olor preciado y escaso en una ciudad de contaminación y cemento.

Delante de él, una escena más propia de un asesino en serie que de un producto de laboratorio. Cuatro mantas reflectantes ocultaban los bultos en el suelo y uno daba la impresión de estar agachado sobre la mesa de pícnic. Ubicados en el espacio delante del viejo invernadero abandonado, que constaba de varias mesas para que, en días de sol, las familias pudieran comer. Pero ese día, la realidad distanciaba mucho de la buena intención de ese espacio. Una carpa de la policía protegía la escena del crimen de la lluvia.

Un compañero de la científica se acercó y saludó con un ligero movimiento de cabeza.

Max lo saludó mientras Tom aún se orientaba en la escena.

—Menudo día nos ha tocado —dijo el de la científica.

—Ya. ¿Qué tenemos? —preguntó Max.

—Pues allí están. El forense lo confirmará, pero parece sobredosis de *potter*.

—¿Cómo estamos tan seguros?

—Mirad —dijo el de la científica, abriendo paso.

Caminó hasta la mesa de pícnic y, una vez bajo la protección de la carpa, el policía levantó la manta plateada. La escena era dantesca. Gotas de sangre y trozos de cerebro estaban esparcidos por la mesa. El cuerpo de un hombre adulto en traje tenía la cabeza con un orificio enorme que salía de la coronilla. Su mano derecha, encima de la mesa y con un reloj caro. Esta soltó una bolsa de pastillas que seguían allí. Unas pastillas grandes como monedas y de un color rosa vivo. En el envoltorio, escrito a rotulador, aparecía la palabra *potter*. En la otra, apoyada en el banco, había una pistola.

Max arqueó la frente y se tapó la boca. El olor a óxido y a pólvora aún se percibía.

—Lo puede haber escrito cualquiera para despistarnos —afirmó Max.

—Claro, alguien viene hasta aquí, nos pone una palabra en la bolsa, pero no se lleva los pedazo relojes de estos tíos, como ese Rolex, ¿verdad?

Max afinó la vista y suspiró. El compañero tenía razón. Nadie en su sano juicio habría dejado un botín fácil y tan goloso como un reloj así, que en el mercado negro valía una fortuna.

—¿Quién ha avisado de…? —dijo, indicando la masacre.

—Los del parque. Llamaron esta mañana a primera hora.

—Son gente seria, profesionales. Podían haber contaminado y expoliado. Tienes razón —afirmó Max.

Mientras, Tom se había acercado y estaba mirando a distancia, analizando.

—¿Conocías esta droga? —preguntó Max al compañero de la científica.

El hombre cubrió de nuevo el cuerpo.

—Nunca había tenido la oportunidad de verla. Creo que es la primera vez que llegamos a tener una foto clara del producto. Pero había oído que la llaman la droga del barquero.

Max se extrañó.

—¿Cómo dices?

—Sí, en la mitología griega, cuando un cuerpo muere, el alma tiene que cruzar el río Aqueronte y pagar una moneda al barquero, Caronte. Así que a esta droga la llaman la moneda del barquero porque tiene forma de moneda y te lleva hasta al otro lado del río.

—Es decir, de las alucinaciones —confirmó Max.

—Creemos que este, a causa de las alucinaciones, mató a los otros. Y luego se disparó.

—¿Se ha cargado a cuatro tíos porque estaba bajo los efectos de las pastillas? —preguntó Tom desde el otro lado de la carpa.

—Eso creemos, el forense y balística lo confirmarán.

—Pues sí que es potente esa mierda —dijo en un tono sorprendido.

El científico asintió.

—Y no es todo…

—¿Qué más hay?

El compañero de la científica salió de la carpa mientras los dos investigadores se miraban. Tom se encogió de hombros y Max, serio, salió para seguirlo.

El de la científica se agachó y quitó la manta a un cuerpo. De debajo salió un pelo largo y castaño, empapado. La mano, tendida y con dedos alargados con uñas pintadas, tenía dos dedos extendidos y dos cerrados, dando la impresión de estar huyendo.

—Fijaos esta mierda cómo es de potente —dijo el agente—. Lo que tiene que haber visto ese cabronazo, que ha matado a su propia mujer embarazada.

FOSCO

Mientras Fosco seguía a la Consejera, no podía quitarse de la mente el cuerpo de Marc.

Picadillo, como decían sus compañeros de la morgue.

Había dos datos que lo atormentaban.

El primero era que fueron dos personas, una más fuerte y otra más débil.

El segundo dato era que ciento cinco puñaladas dejaron al pobre Marc sin sangre y, por supuesto, sin vida.

El camarote y el lavabo estaban salpicados de sangre. La moqueta, llena del líquido viscoso y seco, y el cuerpo, convertido en un colador.

Eso le decía con qué violencia se había llevado a cabo el asesinato.

¿Qué había sucedido para que Marc se mereciera tanta violencia?

¿Tanta venganza?

En el momento que se preguntaba eso, la Consejera abrió la puerta y, por vez primera, la parte exterior del barco se desveló a los ojos del forense.

Se cubrió el rostro por la intensidad de la luz. Sus retinas no estaban acostumbradas desde hacía horas al sol. Entre sus dedos se desveló el misterio: el buque era un carguero reconvertido. Donde antes había torres de contenedores que trasportaban mercancías de un lado al otro del globo, ahora había una ciudad.

Plantas, bancos y senderos. Gente caminando que cruzaba el casco. Zonas ajardinadas con personas sentadas y campos de tenis. Al lado, una pista de básquet, donde unos hombres jugaban. Niños, con una reja de protección, jugaban en un parque de toboganes y colchonetas.

—Después de días de tormenta, ha vuelto la normalidad —comentó la Consejera.

Fosco no contestó, simplemente, la siguió boquiabierto. A su lado, pasó un chico con un monopatín y siguió hacia la proa.

El olor a tempestad y a salitre estaba en el aire. En el cielo aún persistían nubarrones, pero con el viento marino se estaban marchando a otros rincones del océano.

Ella le hablaba de la vida en esa sociedad marítima. A Fosco lo sorprendió, porque ella la nombraba como una sociedad, la sociedad de los Corvino. Nunca como mafia, tal y como era, sino una organización no gubernamental, independiente y soberana.

Si dentro de esa organización, el jefe, el mandamás, era el mismo Michael Corvino, el segundo de a bordo, nunca mejor dicho, era ella. La misma mujer que estaba subiendo las escaleras hacia la torre de mando del capitán.

—Ven, desde aquí se ve todo mejor —dijo ella mientras subía las estrechas escaleras de metal frío y casi oxidadas.

Cuando llegaron, desde allí arriba se veía toda la cubierta del barco como una pequeña ciudad.

Se veían también un huerto, placas solares y una superficie con un helicóptero cubierto y atado.

La Consejera levantó la mano hacia el oeste, como si fuera la estatua de Colón. El hombre la observó mientras el viento desaliñaba su pelo. Dos días llevaba en el interior del barco, y esa brisa le encantó. A pesar de ser una rata de laboratorio, tomar un respiro y aire puro, ver el cielo y el mar le gustó. Sintió que lo necesitaba.

—Hay días que cuando el cielo está libre de nubes y el viento sopla la contaminación hacia el sur, hasta se pueden ver los rascacielos… —dijo ella con la mirada perdida más allá de donde llegaba la vista.

Afinó los ojos como si estuviera sola en la cima de un faro; por un segundo, la mujer transmitió libertad, ganas de no estar allí, recluida en esa sociedad marina. Fosco lo sintió.

—¿Los rascacielos de Akeron?

Ella se giró sonriendo mientras el viento le movía el flequillo y el pelo.

—Y de noche, las luces, lejos, muy lejos.

—¿La echas de menos?

Ella miró al suelo y, sin decir nada más, abrió la puerta del puesto de mando y entraron.

En ese espacio, había calefacción y Fosco lo agradeció.

Pantallas, botones y palancas decoraban el puesto de mando del capitán, alrededor de dos timones. Desde esas ventanas privilegiadas, se gobernaba la ciudad flotante.

—Capitán, venimos a hablar con el Portero.

El hombre, que llevaba una pipa en la boca y una boina de irlandés, se ajustó las gafas. Después, sin decir nada, le hizo un gesto con la cabeza en la dirección en la que podía encontrarlo. Ella asintió y, al pasar delante de él, este, de forma descarada, le miró el trasero con apreciación, sin decir nada.

Fosco la siguió y entraron en la estancia siguiente a la cabina de mando. Se giró hacia el capitán que habían dejado atrás. Este aún observaba las piernas de la mujer, apretando con los

dientes la punta de la pipa. Le molestó profundamente.

Cuando se giró, la Consejera estaba en la estancia siguiente, esperándolo. Aceleró el paso y cerró la puerta detrás.

Un hombre, detrás de una mesa con planos y folios, hablaba por un *walkie-talkie*.

—Portero —dijo ella—. Necesito hablar contigo.

Este la miró de reojo.

—¿Qué quiere, Consejera? —respondió, molesto por la interrupción.

—Necesitamos hacerte unas preguntas.

—¿Sobre Marc? —respondió el hombre—. ¿Quién es?

—El forense.

—No sabía que teníamos uno en plantilla.

—No, viene de fuera.

El hombre se giró, había levantado una ceja. Miró con profundidad a Fosco como lo que era, un forastero, un intruso.

—Habrá que matarlo al final.

—En absoluto; está aquí bajo la protección del *boss*.

Este se giró y escupió en un cubo. Al levantarse, siguió masticando tabaco.

—En fin, ¿en qué puedo ayudarles?

—Necesitamos saber… —espetó la Consejera.

—¿Saber el qué?

—Saber cuánto estás de involucrado en las timbas clandestinas.

—¿Cómo?

La mujer fue a hablar, pero Fosco la detuvo con un gesto para seguir él.

—Conocemos las partidas ilegales que montáis en el almacén. No tienes que fingir, lo sabemos. ¿Qué le pasó a Marc?

El hombre masticaba con un ojo más abierto que el otro y con un aire de «si estuviéramos a solas, lo arreglaríamos como hombres».

—Por favor, Portero, necesitamos saberlo para resolver el caso.

—Esto es una trampa, ¿verdad? —dijo, moviendo la cabeza—. Lleva años queriendo joderme…

Ella dio un paso adelante y lo apuntó con el dedo.

—¡Cállate! —espetó con una fuerza y autoridad que nunca había demostrado delante del forense—. Escúchame bien, saco de estiércol, ¿crees que me gusta venir aquí arriba a veros,

babosos viejos verdes que no paráis de cascárosla pensando en viejas novias? Si no fuera estrictamente necesario, no estaría aquí, tenlo por seguro. Ahora escúchame. No tengo tiempo que perder. Admite lo que has hecho y nos dices lo que pasó con Marc, o te hago lanzar por la borda el próximo día de tormenta —ladró con la rabia propia de la gente que no soporta que la hagan perder el tiempo.

Aún después de haber acabado de gritarle, siguió apuntándolo con el dedo, como si su amenaza siguiera impertérrita.

El Portero la observó callado, siempre con un ojo más abierto que el otro, masticando, pero más lento.

—Prométame que no se lo dirá a Michael.

—Prométeme que se van a acabar las timbas clandestinas.

Él bufó y escupió otra vez en el cubo. A Fosco, cada escupitajo le removía las tripas. Le daba un profundo asco. Era tan anticuada y vetusta esa práctica de comer tabaco como las películas de los espagueti *western*.

En ese silencio que se había formado, como un pulso entre los dos, Fosco entendió. La Consejera, el lobo con piel de corderito, sacaba las garras en el momento más idóneo, menos esperado y más propicio al mismo tiempo.

Esa reacción de la mujer no se la hubiera imaginado ni esperado.

—Marc. Pobre chaval. No era un chico afortunado. Lo siento.

—¿Lo sientes?

El Portero escupió otra vez, generándole más asco.

—Sabía que ese chaval acabaría mal, lo dije. Tenía la suerte de un perdedor. Había perdido un montón de dinero con el *black* —dijo mientras negaba.

Luego sacó un paquete de tabaco. Escupió toda una masa negra como el alquitrán de la boca, que, como un flan, cayó en el cubo.

Fue a meterse un puñado más de tabaco y ella lo detuvo.

—Deja eso, es asqueroso —dijo con un tono de repugnancia—. Sigue.

Él emitió un sonido gutural de desaprobación, pero acató la orden.

—Lo que he dicho, perdió mucha pasta, Consejera.

—Cuánto.

Este se encogió de hombros.

—¿Crees que lo han matado por un ajuste de cuentas?

—Puede, yo no lo descartaría.

—¿Con quién tenía la deuda?

El hombre se pasó la lengua entre el labio superior y los dientes. Encontró algún resto de tabaco entre ellos y volvió a escupirlo. Luego miró a la mujer, ya que sabía que le molestaba.

—Algo conmigo y con otros —dijo con un tono de hacerse de rogar.

—¿Quiénes?

—Otros…

—Quiero nombres.

El hombre resopló.

—¿Tengo que llamar a Teddy?

Fosco se giró hacia ella y pensó «¿quién es Teddy?».

—No, no hace falta.

—Entonces más vale que cantes, Portero.

«¿Y por qué llaman Portero a este tío que parce un exconvicto? El típico tío que te haría cambiar de acera por la noche», pensó Fosco.

—El Chispa, Manolo, Petri. Y creo que también a Betty.

—¿Nadie más? —preguntó ella con tono irónico.

—Ya se lo he dicho, no era un chaval afortunado.

Ella dio un paso hacia atrás y Fosco la miró. La Consejera mantenía una expresión seria, marcando las arrugas y el ceño fruncido. Detrás de ella, una batería de ventanas alargadas dejaba ver el océano hasta donde la vista se perdía.

Apretaba las mandíbulas y el flequillo despeinado por el viento de cubierta la hacían la mujer más interesante y atractiva del buque. Y, al mismo tiempo, las más misteriosa.

—Pero hay un tema —añadió el Portero.

—¿Qué tema?

—Mire, esto es muy sencillo, Consejera. Marc tenía un trabajo, ganaba pasta y no gastaba nada aquí, solo en algo de vodka y en el juego. Quiero decir, que antes o después habría pagado, ¿me explico? —dijo carraspeando la voz—. Un tío listo no mata a su deudor —concluyó, y le guiñó el ojo entrecerrado.

—Entiendo.

—Lo sé, es lista, Consejera, si no, no estaría aquí.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Fosco, y los otros dos se giraron—. Quiero decir, si en realidad fueron dos tíos a los que les debía mucha pasta y a lo mejor se les rio a la cara y estos lo tomaron mal, ¿sabéis?

El Portero volvió a encoger los hombros.

—Es vuestra mierda. Ya se espabilarán. Yo les he dicho todo lo que sabía y… —dijo, y se giró hacia ella apuntándola esa vez él con el índice— tenemos un trato.

—Nos vamos —dijo ella, y se dio la vuelta.

El Portero repasó a la mujer desde los pies hasta la espalda.

Fosco lo vio, pero el otro ni se inmutó. Luego se giró hacia el forense y lo saludó con la mano, como hace un niño travieso a otro, casi provocándolo. Fosco hizo como si nada. Él lo miró con sospecha.

Le alargó la mano y el viejo verde se la estrechó, fuerte, como «un marinero de verdad».

A Fosco le molestó la apretada, hizo una mueca, casi imperceptible, y siguió a la mujer. Cuando cerró detrás de él, el hombre ya tenía un puñado de tabaco masticándolo entre sus ennegrecidos dientes.

La mujer bajaba los escalones de la torre de mando rápidamente. Fosco la seguía mientras la llamaba. Ella, en cambio, no le prestaba atención.

—Consejera, Consejera —repetía, y ella no decía nada.

Hasta que Fosco la atrapó en medio de un jardín artificial de la cubierta. Le apoyó una mano en el hombro e intentó detenerla.

La mujer, sin pensarlo, solo con notar la presión en el hombro, agarró la mano de Fosco, la giró y le hizo una llave de judo que lo proyectó a un metro; aterrizó entre margaritas, plantitas de lavanda y césped.

Todo pasó tan rápido que Fosco se encontró en el suelo.

Ella se quedó sorprendida de lo que acababa de hacer y se acercó a él.

—¡Dios mío, Fosco, lo siento! Se me ha ido la pinza —se lamentó, y agachada a su lado.

Este no supo qué contestar, simplemente, estaba recuperándose del aterrizaje que acababa de sufrir.

—Fosco, perdóname. Ha sido un acto reflejo sin intención —dijo, e intentó ayudarlo a reincorporarse.

Él se levantó en silencio.

—Dime algo. Lo lamento.

—¡Quién eres! —preguntó él, aún en *shock*—. ¿Quién narices eres tú?

Ella le quitó las hojas y los trozos de hierba que se le habían quedado en la ropa.

—Lo lamento, Fosco, no era mi intención.

—¿Quién eres?

Ella negó.

—No puedo decírtelo. Aquí soy la Consejera, punto.

Él se la quedó mirando perplejo. Esa mujer atractiva con una preparación paramilitar tenía que haber vivido más de lo que él que se temía. Ese comportamiento, esos reflejos, esa manera de reaccionar a un *input* externo no eran normales.

En un mundo de hombres, la más débil es la que recibe.

Fosco observó cómo en sus ojos, donde la sorpresa y el miedo se habían fundido en una sola pupila, ella tenía que sobrevivir.

Porque en un mundo de sombras, solo el más desenvuelto puede sobrevivir.

Fosco suspiró.

—No pasa nada. Sigamos —dijo él con tono seguro.

—Perdona.

—No hay nada que perdonar. Tenemos que investigar a estos individuos.

Ella suspiró, mientras que él, quitándose los últimos trozos de césped, se volvió a detener.

—¿Quién es Teddy?

Ella sonrió.

—El gorila que te trae y te lleva.

—¿Ese es Teddy? Menudo nombre y poco adecuado —dijo, sorprendido—. ¿Por qué?

—Porque por fuera es un tipo duro, pero tiene un corazón de peluche.

OLIVIA

La fila de casitas recordaba algún barrio de París o de Londres.

Casitas pequeñas, adosadas, construidas para la clase media, que comenzaba a pedir residencias más exclusivas en barrios alejados del centro. Ahí, Fosco y su esposa formaron su hogar.

La lluvia sobre el asfalto hacía que la cantidad de hojas que caían de los árboles se quedaran en los márgenes de esa acera tan bonita.

Allí vivía Fosco.

Olivia había visitado al forense pocas veces, porque era un templo que aún no se atrevía a profanar. Después de la muerte de su mujer e hija, dejar entrar a extraños era un paso más complicado.

Cruzó la calle y buscó el coche.

El viejo Nomad no estaba. Ni en la calle de enfrente ni en las calles de las manzanas adyacentes.

A la segunda vuelta, aparcó como pudo y, resguardada por las copas de los árboles, caminó.

Se cruzaba con poca gente. A esas horas, las personas que vivían en ese delicioso barrio estaban o trabajando o estudiando.

Llegó a la puerta, subió los pocos escalones de la entrada. Apretó el botón del timbre y esperó.

Se dio la vuelta. En la calle pasaba algún camión de reparto, lento, mirando los números de las viviendas al mismo tiempo que el teléfono móvil.

Al no recibir respuesta, dio un par de golpetazos en la madera.

—¿Fosco, estás ahí? —gritó.

Pero siguió sin obtener respuesta del interior. Fosco, era obvio, no estaba. Ni en el trabajo ni en casa.

¿Dónde estaba?

Era más fácil ganar la lotería nacional o encontrar una aguja en un pajar antes que localizar a un hombre entre millones de personas en Akeron City.

Regresó al coche y se sentó. Se quedó quieta en silencio, pensando varios minutos.

Volvió a llamar a Fosco. Todo igual.

Sintió que necesitaba ayuda. Sola no lo encontraría.

—Sí, ayuda, ¿pero quién puede ayudarme? —se dijo a sí misma.

Apareció una idea alocada. Quiso descartarla de inmediato, pero sabía que podía ser la única persona que aceptaría una búsqueda como aquella.

Sacudió la cabeza, se dijo que no podía caer tan bajo como para pedir ayuda a ese tipo. Pero qué pesaba más, ¿encontrar a Fosco o pedirle ayuda?

Obviamente, pensaba que más pesaba encontrar a Fosco. Así que arrancó el coche. Esa vez, lo necesitaba ella.

FOSCO

El Chispa era un chico de lo más desastroso.

No era fácil encontrar un electricista que se aislara del mundo, aunque solo fuera por un tiempo, para vivir en un barco. O estabas majara o te volvías majara. En el caso del Chispa, entró así y se volvió aún más con el paso del tiempo en la sociedad marítima.

Pelo engominado de punta, chicle, camiseta apretada, nariz pequeña junto a ojos diminutos. Cara de niño a pesar de rozar los treinta y cinco.

Cuando lo encontraron reparando una caja de fusibles, tenía un reproductor de casete, un *walkman*, con auriculares a toda pastilla. Música tecno para reventarle los tímpanos y las pocas neuronas que le quedaban.

—Ayer perdiste dinero, ¿verdad, Chispa? —preguntó ella.

—No sé a qué se refiere —respondió, masticando el chicle sin cerrar la boca y mirando con los ojos bien abiertos a los dos que tenía enfrente, al otro lado de una mesa.

—Acabamos de hablar con el Portero —dijo ella, y se pasó los dedos por la boca, como si fuera a cerrar una cremallera.

Este no supo responder por unos segundos.

—Chispa, sabemos que jugabas con el Portero, Petri, Manolo, Billy y, por supuesto, Marc. Y que este te debía dinero —afirmó el forense.

Este asintió.

—Es verdad. Ha sido un cabrón. Me ha dejado un montón de deuda, joder.

—Habla bien, por favor —indicó ella.

—Es verdad, es un cabronazo. Se ha largado y ha dejado aquí una deuda. Llego a saberlo y…

—¿Y?

—Nada.

—No, nada no —insistió ella—. ¿Qué ibas a decir?

—Que llego a saberlo y lo hubiera matado yo —dijo él con tono de importante.

Fosco se acercó a la mesa y al chaval.

—Perro ladrador, poco mordedor —afirmó Fosco.

—¿Quién es este tío, Consejera?

—El forense.

—El que ha revisado el cuerpo de Marc; te aseguro que, si hubiese podido evitarlo, no habría muerto. ¿Lo pillas? —dijo Fosco—. Ahora di, ¿quién puede haberlo matado? —preguntó él, y le habría gustado añadir «bala perdida», pero hubiera sido inútil, aunque muy acertado.

—No lo sé. No me pongan en un compromiso.

—Suéltalo, Chispa, o te paso a limpieza de váteres atascados.

La reacción del chico fue clarísima, prefería llevarse un calambrazo de vez en cuando que trabajar oliendo la mierda.

—No sé mucho. A veces venía de noche a jugar. Nos veíamos de vez en cuando y nos lo pasábamos cojonudo, ¿sabe? —dijo un con aire de juerguista empedernido—. Pero…

—¿Qué?

—Pero no venía siempre, la arpía no lo dejaba venir siempre.

—¿Arpía?

—Sí, su mujer.

—¿Así la llamaba él?

—Era un general, además de ser fea de remate y arpía.

—¿Nada más? —preguntó Fosco.

El chico rio.

—No, ya es bastante —dijo con una sonrisa tonta.

—Chispa, céntrate. ¿Crees que se querían?

—¡No! Él ya no la soportaba. Por eso venía.

—¿A jugar?

El chico asintió.

—¿Quién querría matarlo? —preguntó Fosco, y el otro encogió los hombros—. ¿Con quién de vosotros había acumulado mayor deuda?

Este miró al techo, mientras que contaba con los dedos.

—Creo que Petri.

—¿Y Manolo?

—Qué va, ese hispano es un paquete del copón —dijo, y se echó a reír.

—¿Chispa? —preguntó, seria—. ¿Te has metido en algún lío?

Él negó.

—Es el momento de decirlo. Si sabes algo o has hecho algo, ¡ahora es el momento! ¿Me entiendes? Si no me lo dices ahora, no te podré proteger del jefe, ¿me has entendido?

El chico, al oír nombrar al jefe, abrió los ojos de par en par y asintió.

Ella se lo quedó mirando fijamente, mientras que Fosco se apoyaba en el respaldo, sin entender bien qué escondía ese chico. Había algo que no le convencía.

Fosco se levantó, alargó la mano al chico y este la miró perplejo.

Fosco sonrió.

—Encantado —dijo el forense, sosteniendo la mano.

Alargó la mano él también y Fosco se la apretó con ganas. El chico emitió un sonido de dolor inesperado. Sin previo aviso. La mano del joven estaba sudada y parecía plastilina.

Fosco sonrió, parecía cínico y cruel, pero, sin embargo, él sabía por qué quería apretarle la mano.

Finalmente, Chispa salió de la estancia estrecha.

—¿Qué te parece? —preguntó ella.

—Este es un bala perdida, no un asesino.

—Ya.

—Así que Jenny era…, ¿cómo ha dicho? —preguntó él.

—Un general, fea y arpía.

—No. Fea de remate, dijo.

—A mí no me parece tan fea —dijo ella.

Fosco miró hacia otro lado.

—¿En serio te parece fea?

—Me da igual si lo es, lo que me preocupa es que sea mentirosa.

—Eso sí que sería un problema —comentó ella, y, al escuchar la puerta, miró el reloj—. Es la hora de Petri.

Fosco se recolocó en la silla.

—Vamos a ver al mayor acreedor de la víctima, el que más ha perdido con su muerte.

Mientras lo decía, la puerta se abrió y apareció un hombre que entraba sujetado del cuello por el gorila Teddy.

—No quería venir —dijo el hombre de seguridad con una voz potente, siempre detrás de sus gafas de sol.

—Vaya, vaya, Petri, siéntate. Tenemos ganas de hablar contigo —invitó ella.

MAX

Ver el cadáver de la mujer fue lo peor del día para Max.

Para el inspector Max Wolf, la vista de un cadáver tan inocente y débil como una mujer embarazada era como deglutir un erizo marino.

Estaba conduciendo hacia casa después del día de trabajo. Había apagado la radio e iba sumergido en sus pensamientos y en el tráfico de la vuelta al distrito sur.

Su cara se veía roja a causa de los faros del vehículo que le precedía. La lluvia había dado una tregua, pero no el frío.

En sus retinas se sucedían, como en un carrusel, las imágenes de la mujer, de la bolsa de *potter* y de sus monedas de color lila. De preguntas, de los efectos y de qué diablos podía contener esa mezcla adictiva y explosiva.

Max repasaba los informes que tenía mientras los semáforos estaban en rojo. Los revisaba línea por línea hasta que la concentración se fue a la mañana, a Emma. Si ese hombre del Rolex mató a su propia mujer, el padre de Emma no tendría reparo en hacer cualquier barbaridad con su hija o el resto de su familia.

Apretó el volante hasta que sus nudillos quedaron blancos.

Un coche le pitó detrás. Su mirada acabó en el retrovisor. El hombre gesticulaba para que arrancara. Se había quedado detenido mientras la cola había progresado varios metros. Tampoco era para tanto. No era necesario discutir; si alguien no reconocía un Titan y lo asociaba a la policía, no valía la pena ni siquiera molestarse.

Llegó más tarde de lo habitual y le tocó aparcar más lejos. Cerró el Titan y se fue a casa con el cuello de la gabardina levantado.

Por su aspecto, la gente lo miraba con recelo. Pasaba por delante de tiendas que procedían a cerrar y blindarse dentro para afrontar otra noche.

Caminaba entre locales tapiados y coloreados por múltiples capas de grafitis, y restaurantes de comida rápida que protegían del frío a bandas de tipejos que se callaban al verlo pasar.

Avanzaba entre sus ideas, arropado por su gabardina oscura, casi encorvado dentro de ella.

Observaba papeles por el suelo y sintechos que dormían entre cartones en cobijos improvisados para pasar la noche.

Pasó delante del quiosco de delante de su casa, la anciana señora tenía la reja echada y la luz apagada. Entre los barrotes de hierro, aparecía un folio enganchado con celo escrito a mano. Las líneas no eran rectas, fruto de la ansiedad. El mensaje improvisado era claro: «Se traspasa».

Eso lo entristeció.

Lo sucedido por la mañana llevó a la anciana señora hasta el mismo borde del abismo de esa decisión.

Era lo peor, que ese barrio se quedara sin comercios, sin vida, sin legalidad. Negó con la cabeza. Ese era otro efecto indirecto de la droga *potter*.

Subió las escaleras de su edificio y entró en casa.

—Hola, amor, ¿qué tal tu día? —preguntó su esposa mientras él se quitaba el abrigo.

—Normal, cariño —respondió, yendo directo a ver a la pequeña Olivia, que jugaba delante de la televisión encendida.

—¡Papáááá! —dijo la pequeña de la casa.

El padre se quedó un rato con ella a jugar y luego se fue a la cocina, como cualquier día.

—Huele espectacular —dijo Max mientras le daba un beso en la mejilla a su mujer.

—Gracias —respondió, y cuando le vio la ceja, le gritó—. Max, ¿pero qué diablos te has hecho?

—¿Qué?

—La ceja, déjame ver.

—Nada, no es nada.

—Cómo que no es nada si tienes la ceja abierta —dijo mientras contaba los puntos.

—Mientras perseguía a un ladrón.

—¿Un ladrón, tú? ¿Dónde?

En ningún momento Max tuvo la mínima intención de compartir con su mujer la verdad, eso solo habría creado un cisma familiar y alimentado las ganas de ella de irse de ese lugar.

Él intentó quitar hierro a la situación hasta que ella se calmó.

—Escúchame, está todo bien. Ahora tengo que ir un momento a ver a Emma.

La mujer dio un paso hacia atrás.

—¿Por qué?

—Necesito preguntarle algo.

—¿Tienes algo con ella?

—Estás de broma, cariño. No tengo ojos más que para ti, pero no puedo decírtelo.

—¿Qué te traes con ella? —preguntó sin disimular el ataque de celos.

—No puedo decírtelo.

Ella puso los brazos en jarra.

—No, ahora me lo dices.

Max suspiró.

—Tiene problemas, gordos, con su familia —confesó, sincero, mirándola fijamente—. Bueno, en concreto con su padre. Tengo que ir a hablar con ella un momento —pidió, y salió de la cocina—. Cuando vuelva, te explico más.

Dejó detrás a la mujer y cerró la puerta de su casa.

Subió la escalera del edificio hasta la puerta de casa de Emma.

Tocó dos veces con el puño.

Cuando volvía conduciendo hacia casa, había visualizado varios escenarios y en todos se había imaginado cómo responder. Si hubiese salido su madre, si lo hubiese hecho su abuela o incluso su padre.

Del otro lado de la puerta se escucharon acercarse unos pasos.

Pensó en el padre y en las veces que lo había visto. Pocas de estas, sobrio.

Su corazón comenzó a palpitar más fuerte de lo normal.

Desbloquearon varios candados internos y, finalmente, se abrió. Desde el interior, salió poca luz y olor a ambientador barato.

Entre la fisura de la puerta, bloqueada por una cadena, apareció Emma.

Ella se sorprendió.

—Tengo que hablar contigo.

Ella sin decir nada miró hacia atrás por si alguien de su familia se había dado cuenta de la presencia del vecino.

Abrió el candado, salió y cerró para que no se escuchara la conversación desde dentro.

—Tienes que marcharte.

—¿Cómo estás?

—Si te ve aquí mi padre, tendré problemas.

—Los tienes también si no estoy aquí. ¿Cómo estás?

Ella miró al suelo mientras daba un respiro profundo.

—Sobreviviré. Ya sabes, lo que no te mata…

—¿Has visto el quiosco? —preguntó mientras ella volvía a bajar la mirada—. Eso es lo que ha conseguido tu padre.

—Lo siento.

—En el fondo, tú no tienes la culpa y yo necesito tu ayuda.

—¡Emmaaa! —gritó una voz masculina desde el otro lado de la puerta.

—Tienes que marcharte —indicó Emma—. Solo me faltaría esto hoy.

—Necesito saber dónde compra *potter* tu padre. Es de suma importancia.

Ella apretó las mandíbulas y bufó.

—No te prometo nada.

—Hoy han muerto varias personas por culpa de esa mierda, por los efectos de lo que parece ser un potente alucinógeno. Un padre de familia ha disparado contra su mujer embarazada, luego se disparó él mismo. Esa droga es demasiado potente; como tu padre tenga de esa partida, estás en real peligro, ¿me oyes?

La chica no respondió, las facciones de su rostro lo hicieron por ella.

—Si ves algo más raro de lo normal o si se le va la cabeza, no dudes en coger a tu madre y bajar a mi casa —dijo, y se abrió la gabardina lo justo para entrever la empuñadura de la pistola —. Yo te daré refugio.

Ella asintió.

—¿Tiene armas?

—¡Emmaaa! —gritó otra vez su padre.

—Me tengo que ir.

Max la agarró de un brazo.

—No me has respondido.

—No, no tiene armas, tranquilo y gracias, lo tendré en cuenta —dijo, y fue a abrir la puerta; en el segundo antes de meter la llave en la fisura para regresar, se giró—. ¿Por qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué haces esto por mí?

—Porque sé qué significa estar detrás de esa puerta.

Ella asintió, sin alterar su expresión triste, y desapareció, regresando a la merced de ese monstruo.

Max suspiró. Se dio la vuelta y se sentó en los escalones de la escalera, mirando hacia abajo. En ese momento dejó de verse la figura del policía para trasladarse al pasado. Sintió lo mismo que Emma. Volvió a los problemas domésticos de su adolescencia. Los de un padre abusivo y alcohólico. Max sabía qué era cerrar esa puerta mucho más de lo que Emma se imaginaba. Su infancia estaba mucho más cerca de todo eso de lo que se pensaba la gente. Los recuerdos permanecían vivos. Los mismos que habían curtido su carácter y su adolescencia. Vivir en la

campiña de Akeron, con pocos recursos y con el mal en casa, había hecho que se convirtiera en la persona que era hoy.

Quería un mundo mejor, creía que Akeron podía ser un mundo mejor. Para él, para la ciudad, para su hija.

Sintió como el frío que entraba por la ventana de las escaleras se calaba por sus vías respiratorias. Tenía que regresar a casa, su mujer lo esperaba.

Al día siguiente, tenía que seguir investigando esas malditas monedas de Caronte y las muertes del parque Tivoli.

El caso tan solo estaba empezando.

FOSCO

«Petri, otra pieza», pensó Fosco cuando lo tuvo delante al otro lado de la mesa.

Llevaba un jersey azul con una camiseta blanca debajo. Caspa en los hombros y cero ganas de acudir a esa cita. Si no hubiese sido por Teddy y sus maneras gentiles, no habría ido.

Eso parecía el carrusel de las balas perdidas del barco.

¿Cómo podían los Corvino tener a esos personajes en su organización?

«El mercado está muy mal», le comentó la Consejera antes de que el figura hiciera su entrada en la reunión.

Pelirrojo, pelo corto con flequillo decaído y barba con perilla. De ojos vivos, listos, inquietos. No estaba parado un segundo en un punto fijo, continuaba mirando por todos los lados. Si no fuera porque la Consejera aseguraba que en ese barco no había ni un gramo de cocaína, habría pensado que ese hombre estaba hasta arriba de polvo blanco.

«Nosotros no tratamos con esos negocios», dijo Michael en una ocasión.

—Petri, Petri, Petri —dijo ella mientras entrelazaba los dedos.

—Ya sé por qué me han llamado —espetó él con tono desafiante—. Y se lo puede quitar de la cabeza, guapa.

Esa manera de hablar le molestó a Fosco. Pero al final él no era nadie para decir cómo tenían que comportarse esas personas.

Se sentía seguro desde que la mujer le hizo esa llave de judo que casi le dislocó un brazo y le reventó la espalda. Se sentía más protegido. Su fuerza era el análisis, la deducción y la disección, no la fuerza ni la agilidad. Detrás de él sentía el pesado respirar de Teddy. Sentía vergüenza ajena cuando pensaba que ese gorila tenía un nombre de peluche para niños.

—Como vuelvas a dirigirte así a mí, Petri, te vas a arrepentir.

El gorila dio un paso hacia delante antes de que Petri pudiera protestar.

—Tranquilo, Teddy —lo calmó ella—. ¿Recuerdas cuando lo metimos en el cuarto oscuro?

—¡No, en el cuarto oscuro no!

—¿Cuándo fue la última vez, Teddy?

—Hace seis meses, quince días y tres horas, Consejera.

—Creo que podríamos volver a meterlo unos días más si sigue con esta tónica, ¿verdad?

—Buena idea, Consejera.

—Por favor, el cuarto oscuro no —pidió, juntando las manos, implorando que no lo metieran allí.

Fosco miraba de reojo a la mujer, que tuvo que curtirse lo suficiente para poder trabajar allí dentro, en medio de gentuza como aquel tipo, como Chispa, como Portero o el mismo capitán, otro viejo verde de manual.

Lo que se le escapaba y por más que lo pensaba prefería no saberlo era que, si como castigo por chulearse los metían en un cierto «cuarto oscuro», ¿qué le esperaba al asesino de Marc?

Como se había dicho, prefería no saberlo.

—Cálmate y colabora, Petri. ¿Qué pasó con Marc?

Este respiraba por la boca como un perro ansioso. Se apoyó con los antebrazos en la mesa y la espalda echada hacia adelante.

Ese energúmeno daba miedo por la imprevisibilidad, más que nada.

—Marc estaba enganchado, Concejala.

—Consejera, Petri, Consejera.

—Eso, más o menos.

—No, no tiene nada que ver, pero, bueno, tú sigue.

—Marc me debía mucha pasta. Mucha.

—¿Cuánta?

El chico giró la cara hacia otro lado y miró al forense.

—¿Tú qué miras?

Ella dio un manotazo sobre la mesa que hizo sobresaltar al joven.

—¡Petri!

—Ese tío no me gusta.

—¿Teddy?

—No, no. Espere, sí. ¿Por dónde iba? Sí, Marc me debía mucha pasta, jefa. Mucha. No se puede imaginar cuánta. Al menos, un par de meses de trabajo. Eso era inadmisible para él y para ella.

—¿Para ella? Te refieres a Jenny.

—Arpía, zorra, furcia.

—No seas grosero, Petri.

Este rio.

—Usted no la conoce.

—Algo la conozco, pero te estás desviando. ¿Dónde estabas ayer por la tarde?

El chico se recostó en el respaldo y se dejó deslizar por la silla.

—Yo estaba en el camarote de una camarera —dijo, y se metió el dedo índice en la boca, luego la cerró y, al sacarlo, hizo que sonara como descorchar una botella de cava—. Ya me entiende.

La mujer asintió.

—¿Quién? —preguntó Fosco—. Puede, no, mejor dicho, ¿corroborará que dices la verdad?

—¡No, no puede!

—¿Por qué?

El chico se mordió un labio.

—Contesta —dijo ella mientras sacaba su libreta y esperaba el nombre para apuntarlo en ella.

—No puedo.

—¿Por qué? —repitió Fosco.

—Porque está casada, tío, piensa, no puedo darte el nombre. El marido me va a matar.

Ella negó con la cabeza.

—¿Cuándo conseguirás tener controlado lo que tienes entre las piernas? —preguntó la Consejera—. Dame el nombre.

El chico negó.

—¿Teddy?

Este dio un paso al frente, suficiente para que el chico soltara el nombre.

—Marpy, la de lavandería.

—¿La amiga de Jenny?

Petri asintió.

—¿Estuviste con ella esa tarde?

—Sí.

—¿Y qué te ha contado sobre la relación que tenían Marc y Jenny? —preguntó ella mientras se echaba hacia adelante, eso estaba resultando ser más interesante de lo que creía.

Petri volvió a negar, no quería colaborar. Ella amenazó otra vez con Teddy y el cuarto oscuro, entonces al final lo dejó ir.

—Ella tiene a otro tío —dijo Petri, y se mordió un labio mientras se tapaba la boca.

La Consejera y Fosco se miraron de repente. Eso cambiaba todo. Había dos opciones: o bien alguien de los que habían interrogado no había contado todo y Marc había visto más de la cuenta y debía demasiado dinero. O bien, el amante, la nueva teoría que se acababa presentar en la mesa.

«Amor, miedo, venganza, dinero, sexo», pensó Fosco.

¿Había muerto Marc a causa de esos factores primarios?

—¿Quién es, Petri?

—Lo juro por mis muertos que no sé quién es. Se lo juro —dijo Petri, juntando las manos en señal de clemencia—. No tengo ni idea y, si lo supiera, se lo diría. Pero Jenny no se lo ha dicho a Marpy. Lo juro por Dios.

—Petri, como me entere de que sabías el nombre de su amante y no me lo has dicho, te mandaré a un lugar en el que añorarás el cuarto oscuro, ¿me has entendido?

El chico asintió.

—Es todo, gracias. Teddy, llévate a este tío a trabajar, que es lo que tiene que hacer —ordenó ella, mientras que Teddy se acercaba al chico.

—Espera —dijo Fosco mientras se levantaba y le acercaba la mano.

Petri se la estrechó.

Fosco lo hizo fuerte, con ganas. Y el chico tampoco ahorró en apretar. Un apretón contundente, al mismo nivel del forense.

—Gracias por ayudarnos.

El chico no lo entendió; sin embargo, Fosco sí que sabía por dónde iban los tiros en ese apretón de manos.

Se miraron a los ojos por un instante largo. A Fosco no le gustó ese chico. No por su aspecto o por su comportamiento, sino por su alma.

En el fondo de los ojos se puede ver el alma, pero, en ciertas personas, hay vacío, oscuridad, sombras, el mal.

Ese chico era inquietante, desde luego.

Salió de la estancia escoltado por Teddy. Fosco se volvió a sentar y ella cerró su libreta.

—¿Y bien?

Él suspiró.

—Se nos abre un abanico de oportunidades y ninguna es clara ni segura —dijo él mientras miraba sus ojos.

OLIVIA

El humo era una cortina en ese bar.

Funcionaba como un filtro de clientes; no a todo el mundo le gustaban los locales llenos de humo y gente de dudosas intenciones. Olivia nunca habría entrado en un sitio como ese, pero la necesidad era más fuerte.

La oficina de la persona que buscaba estaba cerrada. Podía estar investigando o en el bar de la acera de enfrente. Así que decidió comprobarlo, muy a pesar suyo.

No soportaba esos bares, los que estaban llenos de gente que, al ver a una rubia, se callaba y la repasaba de arriba abajo. Pocas cosas eran peores que entrar en un garito así, con babosos alcoholizados que miraban con deseos oscuros y esperaban que te fueras para irse al lavabo a masturbarse pensando en la visión que acababan de tener.

Suspiró y, a pesar de las miradas y con firmeza, la inspectora Wolf, con la placa que sobresalía de la americana, cruzó la puerta.

Fue hasta el final del local y se sentó al lado de la persona que buscaba. Inconfundible entre miles de hombres. Su sombrero, un Borsalino negro, era su distintivo. Como decía él, su marca personal.

—Si quisiera matarte, no sería difícil encontrarte, Dønato.

—Tampoco saldrías con vida, inspectora Wolf. De aquí hasta la puerta, mis amigos te habrían matado.

—Menudos amigos tienes.

—Tengo amigos para todas las situaciones —dijo, y levantó una mano para llamar al camarero—. Un agua con limón —ordenó, indicando que era para la mujer.

El camarero lo miró raro, no entendía si era una broma o una tomadura de pelo.

—¿Qué haces, Wolf, por aquí?

—Te buscaba.

—Pues mira por dónde, me has encontrado.

—Ya.

—¿Ya? —espetó Dønato, y se giró hacia ella—. ¿Para qué me buscabas?

El camarero, después de verter agua mineral y poner una lonchita de limón en el vaso, lo colocó delante de la inspectora. Ella sonrió, dio un trago y lo volvió a dejar en la barra de madera

maciza.

—Necesito que me ayudes.

—¿Cómo?

—¿En serio tengo que repetirlo, Dønato?

—Es que creo que no lo he entendido bien.

Ella tragó saliva y miró el reloj.

—Necesito que me ayudes a encontrar a una persona.

El detective dio un manotazo en la barra y se echó a reír como si le hubieran contado el mejor chiste de su vida.

—Tú siempre tan discreto…, ¿verdad?

—La inspectora Wolf en persona viene hasta este antro del distrito sur para pedirme ayuda, esto sí que no lo había vivido aún —gritó riendo mientras ella miraba a su alrededor para ver si alguien los estaba observando.

La verdad era que, a pesar de que gritaba mucho, nadie se había girado.

—Ya te digo, si llegas a vivir lo suficiente, en Akeron City puedes ver de todo.

—¿Has acabado tu habitual numerito?

—¡No! —afirmó, serio, cambiando totalmente de tercio—. Por cierto, aún no me has pedido disculpas.

—¡Disculpas! ¿Disculpas por qué?

—Disculpas por el rodillazo que me diste en las joyas de la familia hace unas semanas. Y después de eso, con todo tu morro, vienes a pedirme ayuda.

—Te lo mereciste, Dønato. Tú y tus trabajos turbios.

—La pasta no sabe de turbios ni de claros. Simplemente es y punto. Las fechas de las facturas no saben de ese distintivo.

—Y puedes darte por satisfecho de que no te denunciara, Dønato.

—¿Además, denunciarme?

—Entraste en un edificio público con una pistola y amenazaste a dos oficiales. ¿No te acuerdas? Si hubieras sido otra persona, habría hecho que te quitaran la licencia de detective —espetó ella con tono serio.

—Exagerada.

—Sabes que no lo soy.

—Nunca lo habrías hecho, compartimos muchos momentos juntos y, además…, varias noches de juerga… —dijo con retintín.

—Todos hemos tenido nuestros deslices, nuestros momentos rebeldes sin causa y sin gusto —afirmó, mirándolo con un aire casi de asco.

—En la academia, caían mujeres como moscas en mi elegancia, en mi personalidad.

—También la mierda atrae a las moscas. No te des tantos aires —espetó, y acabó el agua—. Entonces, ¿me ayudas?

—No puedo, tengo mucho trabajo.

Ella miró a su alrededor.

—Ya veo que estás lleno de clientes y no puedes salir del despacho por la acumulación de trabajo.

—Estoy esperando a un cliente.

—¿Con una cerveza a medias? —preguntó burlándose.

—Está tardando.

Ella suspiró.

—Si me ayudas y encontramos a Fosco, hablaré con mi superior para hacer un comunicado de prensa donde digamos que nos ayudaste. Sería una publicidad gratuita y te vendría mucho trabajo.

—Ya tengo mucho trabajo, no necesito la publicidad de la policía del distrito norte —dijo, y de un trago bebió la mitad de la pinta—. Así que has perdido a tu amiguito forense.

—Así es —respondió sonriendo.

MAX

Para Max Wolf, el día siguiente tampoco comenzó bien.

Ya por la noche, el insomnio que lo acechaba y lo esperaba al lado de la almohada no había faltado a su cita.

Desde que su sueño de ser un inspector de la ciudad de Akeron se había hecho realidad, apareció la peor de las compañeras nocturnas. Se decía a sí mismo que era demasiado joven para tomar medicamentos. Pero el no dormir por las noches comenzaba a hacerse algo crónico. Esperaba que su mujer se durmiera y se levantaba, se hacía una taza de café y repasaba el diario que compraba por la mañana. Se sentaba en la cocina a pasar las páginas de papel reciclado y mojado que crujían al tocarlas.

Pasaba la noche como podía. Repasando casos y expedientes, tomando notas. Esa noche no fue diferente.

Por la mañana, cogió un vaso doble de café en la comisaría y fue en coche hacia la morgue con Tom.

—Te has olvidado el periódico, amigo —dijo Tom, mirando el asiento de atrás.

—No, ha cerrado.

—¿Cerrado?

—Era anciana —mintió al compañero y a sí mismo.

—Todo cierra en esta ciudad y nada abre, esto se va a la mierda, amigo —dijo mientras se comía un bollo.

—¿Cuántas veces te he pedido que no comas en mi coche?

—¿Pero no ves que está lleno de migas?

—Que tú dejas después de que yo limpie.

La verdad era esa, pensó él mientras observaba inevitablemente la cascada de migas que caían poco a poco en la alfombra del coche.

Max conducía hacia la morgue. El forense los esperaba para explicar la autopsia que había practicado a los cadáveres.

La lluvia se había aplacado esa mañana y el tráfico era más fluido.

Aparcó delante de la morgue del distrito norte antes de lo que esperaba. Entraron en el viejo edificio rectangular de cemento y sin ventanas.

Permanecieron sentados en la sala de espera unos minutos, el tiempo que tardó el forense.

—¿Nunca has pensado comer manzanas en lugar de bollos? —preguntó Max.

—Sí, lo he probado, pero no saben igual —respondió el compañero.

Max levantó una ceja y desistió de seguir con la conversación.

—Señores, seguidme —dijo el forense sin preliminares. Los dos inspectores lo acompañaron por un pasillo que habían recorrido decenas de veces.

El forense era un tipo extraño, según Max. ¿Cómo no podía serlo? Un hombre que no ve la luz del día y que solo habla con muertos, o es un vampiro o es un tío muy raro.

Entró en la sala y dejó abierta la puerta para que entraran.

El forense se acercó a unas mesas que estaban en el centro. Encima había unos cuerpos cubiertos.

—Buenos días, polis —dijo con el retintín que existía desde que se conocían—. Os enseño los fiambres de hoy.

El hombre era calvo y con un tic que hacía de vez en cuando, juntando el hombro derecho levantándolo y bajando la cabeza hacia este a la vez. Como si sostuviera un móvil con la oreja por un instante.

—Bueno, aquí tenemos al artífice del estropicio del parque Tivoli. Varón blanco con aparente salud hasta que se metió la droga en el cuerpo y se reventó la tapa de los sesos —explicó con el cuerpo destapado—. Poco que añadir. La bala entró por la garganta y salió por la coronilla con un ángulo de diez grados, con la barbilla subida. Causa de la muerte, pues lo mismo: disparo.

—¿Tienes las analíticas?

—Te las mandaré por fax en cuanto las tenga —dijo, pasó al segundo cadáver y lo destapó—. Mujer, blanca, sana y embarazada. Bueno, muy sana de mente no tenía que estar para ir con ese individuo. En fin, eso es otro tema. Lo que he dicho, embarazada ya de unos meses y encima se mete esa mierda en el cuerpo. Si no la llega a matar el marido, el hijo nace con problemas, esa mierda es como matarratas. Se ha encontrado el botón de los tejanos desabrochado y semen en el conducto vaginal.

Max se acercó a la mujer. Difería mucho de la imagen que tuvo de ella estirada bocabajo en el parque Tivoli. No tenía ni un brote de hierba y estaba limpia. De pelo castaño y de buen aspecto, cuidada, se veía en las manos, con una bonita manicura y sin ni una uña rota. Sin tatuajes, ni cicatrices ni *piercings*. Un prototipo de mujer atractiva del distrito norte que podía conseguir al hombre que quisiera. Pero había acabado con el equivocado y sin vida, tendida en el

parque de Akeron. Un final de vida, seguramente, muy diferente a lo que ella se debía haber imaginado.

—¿Ella estaba bajo los efectos de la droga o no?

—Lo sabremos con las analíticas.

Max asintió mientras el forense destapaba los otros tres cadáveres.

—Los últimos tres fiambres de hoy son tres jóvenes, los tres muertos por disparo. Poco más te puedo decir.

Max dio la vuelta, les miró la cara. Eran chicos jóvenes con el pelo corto, parecían recién salidos de la universidad.

—Balística determinará si la pistola del suicida ha sido el arma que ha matado a todos, pero me temo que sí.

—Ya. Me temo que a todos los mató el mismo asesino, el *potter*.

El forense hizo el tic y se encogió de hombros.

—En el informe aparecen como empleados del bufete de abogados del suicida. Se los llevó al parque y les dio las pastillas alucinógenas —imaginó Max.

—Ya, ¿pero qué ganaba con que estuviera también la mujer? —preguntó Tom.

—Eso es cosa vuestra, sabuesos —afirmó el forense—. Yo os he dicho lo que hay. Ahora tengo trabajo, podéis volver a las calles, que es vuestro sitio. ¡Venga, fuera! —los echó mientras volvía a tapar los cuerpos.

Max asintió y fue hacia la mesa del forense.

—¿Este es nuestro informe?

El forense asintió e hizo un gesto con la mano, como queriendo decir que se largaran ya.

Max lo cogió y se marcharon.

Al entrar en el coche, Max le dio un par de ojeadas rápidas.

—Lo siento, pero ya no me puedo aguantar. ¡Ese tío es un imbécil!

—¿Quién? ¿El forense?

—¡Claro! ¿Quién si no?

—Bueno, no es amable, desde luego.

—Maldita sea, tenemos que informar al capitán. Nos trata como perros con rabia.

—Creo que es un buen profesional, es con lo que nos tenemos que quedar al final.

Tom hizo un gesto con la mano que demostraba no estar de acuerdo, luego miró por la ventanilla al otro lado. Max siguió conduciendo hacia la comisaría. Tom era un buen compañero de investigaciones, pero no compartía con él comportamientos ni filosofía de vida. Como

compañeros de piso o de habitación en la Lombroso, no hubieran podido convivir. Las diferencias entre ellos dos eran demasiado grandes, sus orígenes, sus anhelos, sus visiones de la vida.

Se quedó solo con sus pensamientos, conduciendo. Conocía muy bien a Tom; cuando arrancaba así, era porque le apetecía hablar mal de alguien o de cosas que no funcionaban del departamento o de sus inexplicables fracasos amorosos. Esas conversaciones tóxicas las intentaba evitar o disociarse; a veces, simplemente, asentía mientras pensaba en otras cosas.

Max, en los últimos kilómetros hasta la comisaría, desvió sus pensamientos hacia Emma.

La adolescente había reconocido la droga del padre. Pero ¿cómo? ¿Por qué?

¿La conocía porque la había obligado a consumir a ella también para engancharla y que fuera más efectiva en los robos?

¿La habría enviado a ella también a comprarla?

Era verdad que la muchacha era demasiado despierta como para dejarse convencer de tomar esa mierda, pero eran agujeros de la historia que necesitaba saber.

Pero lo más importante era si ella lograría tirar del hilo para saber cómo conseguir las pastillas.

Max aparcó el coche y entraron. Cuando se sentó en su escritorio, tenía una nota amarilla: «Ha llamado toxicología. Llámalos cuando puedas».

La cabeza de Max fue a la droga, ¿tendrían ya las analíticas de la droga?

Cogió el auricular del teléfono fijo y marcó el número.

FOSCO

Marc, el fiambre.

Como dirían los compañeros de la morgue del distrito norte, el «picadillo».

Había vivido en numerosos estados, cruzado el charco en busca de fortuna, y acabó siendo un trabajador de los Corvino en tierra. Luego, una propuesta al principio absurda; vivir en un lugar recóndito y aislado pero con una ventaja: sueldo libre de impuestos y de gastos. Todo pagado por meses.

Cuando aceptó, se despertó en aguas internacionales. Se adaptó bastante bien a la vida en la sociedad marítima. Pero cuando todo cambia, o te adaptas o pierdes oportunidades muy buenas.

En los primeros meses, conoció a varias chicas que estaban solas. Luego, otra extranjera, como él. Con muchos novios y con mucha sed de sexo. Él estaba encantado al principio, era la novedad. Todo al principio es bonito y maravilloso. Un arcoíris constante en la vida. Largos paseos románticos de proa a popa y viceversa. El olor del mar, velas y la testosterona de la juventud.

Hasta que decidieron vivir juntos en el mismo camarote. Eso era un lujo. En el barco de los Corvino, vivir en una de las estancias colectivas como un hostal y compartir habitación con literas era gratis. Sin embargo, tener un camarote con la mujer, la novia o el cónyuge era caro y se descontaba del sueldo.

Hasta que un día, después del trabajo, jugó a *black jack*. Primero, sin dinero para aprender cómo funcionaba y luego, con el frenesí de la victoria fácil, seguramente, provocada, pasó a jugar con dinero. Entonces empezaron las pérdidas y el drama. Y, por último, veinticuatro horas antes de que Fosco se sentara de nuevo al lado de la Consejera, la muerte lo había apuñalado. Sin previo aviso, sin un mensaje que lo previniera. Ciento cinco cuchilladas y cinco litros de sangre por el suelo y paredes. Nada más. Un suspiro y el alma se fue.

—No me gusta este individuo, Consejera.

—Ni a mí.

—¿Y por qué lo tenéis?

—Porque en lo suyo es bueno. Algo incontrolable, pero es bueno.

—La cantidad de gente que preferiría vivir en un barco antes que en los suburbios de Akeron City.

—No te creas, los buscamos, pero la gente no quiere trabajar. Desde el último alcalde, la ciudad prefiere ganar un mínimo quedándose en casa sin arriesgar su vida por las calles antes que ir a trabajar.

Fosco se quedó mirando a la mujer y asintiendo, como que entendía lo que estaba escuchando.

—Es un bala perdida —dijo Fosco—. Pero lo es más el Portero. Él es el quién los ha reunido y los ha iniciado en esta sociedad secreta del juego.

—Lo sé.

—Si no hubiese muerto Marc, no se habría destapado el tema.

—Antes o después, la burbuja habría explotado —aclaró ella.

—Lo que está claro es que ahora tenemos un dato más. Ella tenía un amante.

—Eso afirma él. No tenemos la certeza.

—Puede ser, pero piensa… ¿Y si fueron el amante de Jenny y el Portero?

—¿El amor y la venganza? ¿Por haber visto demasiado y haber perdido demasiado? —preguntó ella.

—A lo mejor, por haber humillado a alguien.

—Puede ser —respondió ella.

Los dos se quedaron en silencio mientras la mujer repasaba las notas de su libreta.

Él estaba perplejo y subió las cejas, arrugándolas.

—¿Estos chismes cómo funcionan? —quiso saber él, mostrando los *walkie-talkie*.

—¿Qué quieres saber?

—¿Podríamos localizar el *walkie-talkie* de Marc?

—Creo que no, esto no es un GPS.

—¿No hay lista de las llamadas, de las comunicaciones, de los mensajes?

—No tienen mensajes estos chismes.

—Ya, pero algo tiene que haber. ¿Quién los gestiona?

—Una chica de informática.

—Me gustaría hablar con ella.

—De acuerdo. Pero creo que antes tenemos que seguir con los interrogatorios, Fosco.

—Cierto, pero una cosa. Si Marpy y la mujer de Marc son amigas y se confiesan cosas…, las dos trabajan en la lavandería de la nave. ¿No sabes de nadie en ese departamento que pudiera ayudarnos a descubrir la verdad?

La Consejera estuvo unos instantes en silencio, pensando. Mientras, a pesar de que la pequeña estancia no tenía ventanas, se escuchaba como las olas golpeaban el casco del barco. La marejada había bajado y el balanceo ya casi era imperceptible. Fosco ya no necesitaba las pastillas de café, pero tenía hambre.

—Creo que sé de alguien que nos puede ayudar.

—¿Sí?

—Sí. Es la responsable de las limpiezas. Una mujer curtida que me tiene un aprecio especial. A lo mejor ha visto o sabe algo más de lo que creemos —afirmó, y cerró la agenda.

Se levantaron para ir a buscar a esa mujer y por la puerta apareció Teddy.

La mujer se sorprendió, no se lo esperaba.

—La estaba llamando. Pero aquí no hay buena cobertura en los *walkie* —dijo el hombre de seguridad.

—¿Qué pasa?

—Michael les invita a comer en su comedor —anunció él, sin un ápice de emoción.

Ella levantó las cejas y se giró hacia Fosco.

—¿Qué pasa? —preguntó el forense.

—Creo que al jefe le has caído bien, casi nunca come con nadie en su cuarto privado —comentó ella—. Ya sabes, para un capo, comer es un tema importante —dijo ella, sorprendida.

OLIVIA

Cuando escuchó la frase «así que has perdido a tu amiguito forense», ya sabía que la ayudaría.

Dønato no tenía ni un trabajo, podía engañar a quien quisiera, pero a un inspector de policía no. Además, la actitud de alguien en un día laboral con una cerveza, esperando que bajen del cielo pedidos, no es de tener mucho trabajo.

Olivia se giró hacia él, acercando el taburete. Le explicó todo lo que había sucedido. La vez anterior que lo raptó la mafia, sus actuales sospechas. Dónde había ido y dónde lo había buscado.

Él se quedó pensando y al cabo de un rato le dijo:

—¿Pero tú buscabas a un detective o a un adivino?

—Eres idiota.

—Si me viniera una clienta con la info que me das, no sabría por dónde empezar. Además, ¿por qué acudes a mí si eres de la policía? ¿Por qué no pides refuerzos y hacéis una búsqueda de forma oficial?

Ella dudó si decirlo.

—Venga, esa cara la conozco. ¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—Pues que creemos que el comisario es… ¿Me prometes que no lo revelarás?

—¡Prometido!

—Creemos que es un corrupto.

—Oli, pero si eso lo saben todos. No me vengas con pantomimas.

—Pues eso, es un corrupto y le da igual buscar a uno de los nuestros. Es más, creo que, para él, es mejor que desaparezca. Estará compinchado con los Corvino.

—OK, resumiendo, que no sabemos por dónde empezar. Y no podemos acudir a la policía —dijo mientras se estiraba la piel de la cara.

—Qué repelús, ¿aún haces eso? Te van a salir arrugas y te alargarás la piel de la cara. No lo hagas.

Él sonrió mientras la miraba.

—Han pasado muchos años y no has cambiado —dijo con un tono de ternura—. ¿Puedo besarte?

Ella arrugó el ceño.

—¿Quieres otra patada en los huevos?

—Me encanta cuando te pones seria.

—¡Dønato, céntrate! —ladró, y tuvo un recuerdo de la misma frase y la misma escena cuando estudiaban juntos y ella preparaba los exámenes para ser inspectora y él estudiaba a Olivia—. ¡Venga! ¿Por dónde empezamos?

—Por el principio.

—¿Y cuál es?

—Siempre comienzo por la casa.

—Ya he ido, no hay nadie.

—Perfecto, hay que ir.

—Te he dicho que he ido.

—¿Dentro?

—No, fuera.

—Por eso, hay que entrar.

—Pero no tengo las llaves.

Él se arregló el Borsalino y cogió su abrigo mientras se levantaba del taburete.

—Nadie te las ha pedido, no necesitamos las llaves.

MAX

Para Max Wolf, volver al escritorio era sinónimo de recados.

Cuando no estaba en la comisaría, sus compañeros respondían al teléfono que tenía en su mesa y le dejaban notas con «ha llamado este o ha llamado el otro».

Miró el papel que tenía en la mano. Se acomodó en la silla. Por la ventana, la lluvia regresaba a tener protagonismo. El frío y la humedad ya eran compañeros de vida, tanto que, si no se metían en los huesos, se les echaba de menos.

Max se había criado entre adversidades. Era una flor crecida entre problemas y una fisura en el asfalto. Más bien un error, una broma de la naturaleza. Una margarita crecida entre cactus hasta que le salieron las espinas.

«Ha llamado toxicología. Llámalos cuando puedas».

Apoyó la nota en el escritorio y se recostó. Dio un sorbo al café que se había servido y marcó el número.

Esperó y, al cuarto tono, una voz femenina contestó.

—Soy Max, ¿me buscaba?

—Hace un rato, sí. Tengo las pruebas toxicológicas.

—Fenomenal.

—Que sepa que es la primera vez que alguien consigue una muestra del misterioso *potter*.

—¿Nunca lo habían analizado?

—Solo residuos en intestinos o en sangre. Con eso, podíamos hacer predicciones o simulaciones de sus ingredientes. Usted lo ha conseguido. Enhorabuena.

—No tengo ningún mérito. Ha sido azar, pura estadística, considerando la difusión que tiene, antes o después, alguien se las habría llevado.

—Lo que usted diga.

—¿Qué ha encontrado?

La lluvia se intensificó, cerca cayó un relámpago y enseguida, un trueno. La oficina se iluminó de golpe y todos se asustaron. Max ni se inmutó.

La luz se fue por un instante. Los neones del techo se apagaron y, progresivamente y con parpadeos, se fueron de nuevo encendiendo.

—Inspector, ¿sigue ahí?

—Sí, dígame.

—Bien. El compuesto químico es diverso, hay mucha morralla para cortarlo, pero, básicamente, son cuatro compuestos, pilares químicos: el NN o dimetiltriptamina, más conocida como DMT, en un porcentaje del treinta por ciento. La escopolamina, en un veinte por ciento, que deriva de la burundanga.

—Doctora, ¿qué diablos es la burundanga?

—Es el nombre coloquial de la escopolamina, una sustancia química que deriva de varias plantas que crecen hacia el sur. Luego, tenemos el MDMA, es decir, éxtasis, en un diez por ciento. Y, por último, pero no menos importante, la ibogaína, es decir, el extracto de raíz de iboga. Este último, en un cuarenta por ciento —afirmó, y se calló.

—Todos esos nombres me resultan familiares, pero no tengo ni idea de lo que me habla, doctora.

Del otro lado, la mujer repicaba con un bolígrafo o un lápiz en la madera de su escritorio. Al escuchar esa frase, ella inspiró y la silla chirrió.

—Pues que es la mezcla más potente que he analizado, inspector. Es una bomba potentísima y provoca que la persona haga un viaje astral multicolor.

—¿Síntomas? ¿Tiene idea de los que puede producir?

La mujer rio nerviosa.

—La verdad es que no sabría decirle, tenemos pocos datos, quizá algunas hipótesis.

—Por favor, me ayudaría mucho con la investigación del caso.

Ella resopló.

—Pues coja con pinzas lo que le voy a decir, pero creo que, de buenas a primeras, tiene un subidón y un inicio muy rápido. En pocos minutos, el golpe sensorial es fuerte, los efectos son rápidos desde la ingestión. Luego, yo creo que sufren una alteración extrema de la realidad. Pueden experimentar unas intensas alucinaciones visuales y auditivas. Incluso una distorsión del tiempo y, por la burundanga, una sensación de disociación del cuerpo. La DMT provoca que esto se alargue en el tiempo y que provoque una desconexión del mismo —explicó, y se calló.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco?

—Me parece aterrador si le soy sincero. Estoy tomando notas. ¿Me puede dar algún dato más?

—Puede que a todo eso se añada un sentimiento de euforia.

Max asintió y, al escuchar la euforia, se detuvo y levantó la cabeza.

—¿Euforia?

—Sí, ¿por qué?

Max se reclinó hacia atrás y se tocó los bigotes. Dudó si preguntárselo, pero al final optó por pedir la ayuda de la doctora. Mientras, Tom estaba en su escritorio, leyendo informes y comiendo un bollo relleno de crema.

—La persona que poseía el *potter* se ha suicidado. No me encaja con la euforia.

La doctora se calló por unos instantes.

—¿Iba solo?

—No. Con empleados y con su mujer embarazada.

—¿Todos muertos?

—Sí, ¡todos!

—Interesante. No, quiero decir aterrador. Quizá cuando se desvaneció el estado de euforia y de disociación, se dio cuenta de lo que había hecho y… se suicidó.

—Ya, entiendo.

—¿Hubo sexo en medio?

—El forense dijo que sí.

—Puede que los empleados y el mismo abogado mantuvieran sexo con la mujer y cuando él se dio cuenta, pasara a las armas.

—No sé, es algo complejo para una persona que no consume esa mierda.

—Para nosotros lo es, la verdad. Son solo suposiciones, inspector. Eso es cosa suya.

—Lo sé, pero me ha ayudado mucho. Gracias.

—Inspector —llamó para que el hombre no colgara aún el teléfono.

—¿Sí?

—Hay que detener esta droga lo antes posible. Es una bomba de relojería suelta por las calles. Esa mezcla en las venas de una persona es tremenda.

—Lo sé, doctora, estoy en ello.

—No me entiende, esto no puede hacerlo usted solo, necesitará que todo el departamento de policía de Akeron esté encima, ¿me comprende?

—Realmente, estamos solo mi compañero y yo —dijo mientras veía a Tom cómo se acababa el bollo de crema con los labios sucios, pero eso obvió decírselo.

—No, se necesitan muchos más agentes.

—Eso no lo decido yo. Solo puedo hacer lo que está en mis manos.

—Entonces, ¿cuántas muertes tendremos que tener en las calles para que sea una emergencia nacional?

—Puede redactar una carta y enviarla al comisario.

—¿Usted cree que servirá de algo?

—Si le tengo que ser sincero, creo que no mucho. Pero podemos probar.

La mujer suspiró.

—Hay una cosa más, inspector. Esas sustancias son muy caras, una moneda de Caronte tiene que valer mucho dinero en el mercado. No creo que se lo puedan permitir todos, solo en las altas esferas. Pero cuando encuentren maneras más económicas de fabricarlo, entonces llegará.

Max se rascó la nuca con un lápiz, cogió aire y respondió.

—Tengo una mala noticia, tengo constancia de que el *potter* ya se consume en el sur —afirmó Max, conociendo la adicción del padre de Emma—. Si es tan caro, ¿cómo se consiguen esas sustancias químicas?

—Narcos del sur, pero no del otro lado del río, no hablo del distrito sur. Hablo del otro lado de la frontera. Traficantes profesionales, ellos tienen que importarlo. Le tengo que dejar, inspector. Cuando sea, estaré aquí para ayudarlo. Prepararé la carta y se la mandaré a su jefe —dijo, y colgó el teléfono.

Max respiró hondo mientras miraba sus notas una vez apoyado el auricular en la base. Era peor de lo que se había imaginado.

Se quedó mirando las palabras sueltas que había escrito en unas páginas durante la conversación con la toxicóloga.

Se quedó en silencio, concentrado, abstraído del ruido de las máquinas de escribir y de las voces de los compañeros de la misma estancia de la comisaría. A pesar de que los truenos seguían, pero ya lejos, en su mente se repetían las palabras técnicas de las sustancias que componían la moneda de Caronte.

Se le ocurrió algo. Levantó el teléfono y marcó otro número.

—Vamos, contesta, vamos.

Al otro lado, una mujer contestó.

—Emma, soy Max.

—Por favor, no me llames a esta hora, mi padre hace la siesta de la tarde.

—¿Estarás en casa en una hora?

Ella se lo pensó.

—Sí, creo que sí.

—Bien, no te vayas, tengo una idea. Voy y te la explico. Necesito tu ayuda.

FOSCO

El cuarto donde comía Michael Corvo era un lugar excepcional.

Las paredes de esa estancia habían sido recortadas con un soplete y creado unas grandísimas ventanas que daban al mar. Parecía un balcón al océano.

Cristales dobles, climatizado, librerías, madera y música de fondo.

En el aire, se olía a mantequilla y a carne, junto a las estupendas notas de las *Cuatro Estaciones* de Vivaldi.

El jefe de esa ciudad flotante estaba en su butaca, mirando al infinito, mientras escuchaba la música. Las notas provenían de un tocadiscos colocado sobre una estantería repleta de vinilos, solo de óperas y música clásica.

—Hay dos tipos de personas en este planeta: los que escuchan clásica y los demás —dijo Michael, refiriéndose a la música, y se giró hacia ellos, enseñando su perfecto atuendo con traje oscuro y un gato encima de su regazo, que ronroneaba—. Tú, el forense y yo somos del primer grupo.

A Fosco le pareció una escena sacada de la novela *Veinte mil leguas de viaje submarino,* de Julio Verne. Un capitán Nemo en un Nautilus moderno. Recluido en ese barco por motivos evidentes y que vivía aislado de tierra firme.

Llevaba dos días preguntándose cómo sería vivir en ese lugar. Delante de él se encontraba una parte de la respuesta, es decir, cómo vivía el jefe de ese tinglado. La vida allí de un pinche de cocina o una persona de lavandería o limpieza era otra. No tenía una colección de LP o vistas al mar. No tenía menú propio y perfumes parisinos. Era un mundo dentro de otro. O, mejor dicho, esa habitación era el único lugar de luz en un mundo de sombras.

—Dicen que, si escuchas música clásica, aumentas tu inteligencia —añadió Fosco.

—Así decía Einstein —dijo Michael, luego indicó con una mano que se sentaran.

La Consejera y Fosco obedecieron. Se sentaron en una mesa ovalada de madera maciza con cuatro sillas a su alrededor. Un conjunto de madera tallada oscura, sacado de algún castillo francés o anticuario austríaco, para terminar en esa estancia sobre el mar.

En cuanto se sentaron, el camarero personal del *boss* apareció con un carrito con ruedas y tres campanas.

Michael se levantó, dejando al gato en una silla, y se sentó en el extremo. En el lugar de la presidencia. Una vez sentado, el camarero sirvió los platos cubiertos y quitó las tapas.

—Codorniz con salsa de boletus —explicó el camarero.

Fosco levantó las cejas y se extrañó.

—*Bon appétit* —dijo el jefe con un perfecto acento francés.

—Permíteme una pregunta, ¿cómo consigues estas delicias en medio del océano?

El hombre, que ya estaba degustando el primer bocado, tragó y se limpió la boca con la servilleta.

—Pues mira, digamos que tenemos unos privilegios que nos guardamos en la manga.

—No, en serio, ¿cómo lo consigues?

—Esto viene una vez cada semestre y lo congelamos —contestó el jefe—. No es habitual, pero con personas que valen la pena, hay que celebrar.

Fosco asintió.

—¿Cómo van las pesquisas? —preguntó Michael a la Consejera.

—Tenemos dos vías de investigación: las timbas clandestinas y el amor.

—Me han llegado noticias de las dos cosas.

Ella arrugó el ceño.

—Esa Jenny no es trigo limpio, tienes que vigilarla. Ya sabes lo que en nuestra organización le espera a un asesino… —dijo Michael, y comió un trozo de codorniz.

—Lo sé. Lo tengo en consideración.

—Bien. Y el juego nocturno, como siga, tendremos que valorar si pedir una parte por hacerlo sin nuestro consentimiento. Como si fuera en uno de nuestros casinos.

—Ya no habrá más juego —respondió ella.

—Como veas.

—Sin juego, no tendremos más problemas, *a priori.*

Los comensales siguieron saboreando el menú unos minutos en silencio. Fosco disfrutó del momento, la música, la comida y las tremendas vistas sobre el mar infinito.

—Michael, ¿por qué nos has llamado? No creo que haya sido solo por la compañía.

—Os lo he dicho, tenéis que vigilar a Jenny, me han llegado algunas voces preocupantes.

—¿De qué tipo? —preguntó Fosco.

—Que no es lo que creíamos cuando le dimos la entrada en nuestra organización.

—Pero esto podías haberlo dicho en un minuto en tu despacho… —añadió Fosco con tono curioso.

Michael levantó una ceja y se limpió la boca.

—Eres francamente muy bueno. Verás, llevo tiempo buscando a alguien de tu perfil. Tanto para los muertos como para los vivos. Necesitamos a alguien que nos ayude en tareas complicadas. Que viva entre este lugar y la tierra firme. Un nexo y demás cosas…, ¿me entiendes?

—Sí, pero no. ¿Me estás haciendo una propuesta de trabajo?

—De colaboración.

—Ya tengo un trabajo que no puedo dejar.

—Puedes pedir una excedencia y trabajar para nosotros por una temporada, forense.

—Ya, pero no quiero. Quiero seguir haciendo lo que hago.

—Mira, desde que perdiste a tu familia en esa tremenda masacre, ya no tienes nada que te ate a tu antigua vida —presionó el *boss*.

Se formó un silencio incómodo. Contradecir al jefe no era bueno. Pero, a pesar de lo que advertían de no contradecir a los mafiosos, él no tenía nada que perder.

La música clásica seguía en el ambiente, como un hilo musical que impedía que el silencio fuera molesto para los comensales.

—Gracias, pero el único trato que tengo con vosotros lo tengo con la Consejera, y pienso cumplir mi parte. Akeron City está en guerra, ya se lo has dicho al fiscal. No pienso ser parte del problema, sino de la solución. Akeron me sigue necesitando. Y a lo mejor, aún estamos a tiempo de salvarla, quién sabe.

—No me esperaba esta repuesta.

—Eres una persona muy inteligente, Corvo. Sabías desde el principio que una propuesta conlleva el riesgo de no ser aceptada.

—Dudo que podamos salvar Akeron City.

—Si no lo creyeras, ¿por qué has hablado con el fiscal?

—Porque, después de que todo arda, siempre vuelve la reconstrucción.

A Fosco le resonaron en su interior esas palabras. No estaba ni preparado ni convencido de que ese fuera el camino. No podía estar ya dando por terminada una ciudad. Todo era aún salvable. En su corazón, Fosco sentía la esperanza.

Se giró hacia la Consejera y los dos encontraron complicidad en sus ojos.

¿Había presentido la Consejera lo que él estaba pensando?

OLIVIA

El detective tenía razón, no necesitaba las llaves.

Entraron con unas ganzúas especiales que tenía él. La inspectora, roja como un tomate por tapar al compañero para que allanara un domicilio privado de forma fraudulenta, se estaba jugando la placa.

—¿Esto te lo han enseñado en la Lombroso? —preguntó ella.

—No, esto te lo enseña la calle —espetó mientras guardaba sus utensilios.

Abrieron la puerta y pasaron al pasillo.

—¿Fosco? —gritó ella.

—¿Por qué gritas si dices que no está?

—Ya…, supongo que por costumbre —susurró.

El detective recorrió el pasillo y se coló en la sala de estar. Después de una vista rápida, fue directo al sofá. Al lado, una mesita con un teléfono y un viejo contestador de mensajes, de los que aún funcionaban con casetes pequeñas.

Dønato apretó un botón.

—Hay un mensaje nuevo. Mensaje número uno, grabado esta mañana a las nueve y treinta y cinco —dijo el trasto antiguo, y arrancó el mensaje—. Fosco, ¿estás ahí? Por favor, contéstame, cariño. No sé nada de ti desde anoche. Por favor, cuando escuches este mensaje, llámame. Te echo de menos —dijo la voz grabada de Olivia—. No hay más mensajes.

Dønato levantó las cejas y fue hacia la cocina. Revisó la estancia mientras ella lo seguía. Revisaron toda la casa habitación por habitación. Hasta que después de casi una hora se sentaron; en el sofá, él y en una butaca, ella.

—¿Alguna idea?

—La verdad es que no.

—¿Y no sabes dónde puede estar su coche?

—Ni idea.

—Bueno, me dijiste que en el trabajo no está.

—No ha ido a trabajar.

—Espera, pero si lo han raptado los Corvino, ya lo devolverán, ¿no?

Ella asintió.

—Muy inteligente. Claro, si te raptan los alienígenas, total, solo es para unos días, para hacerte unos experimentos y total, te devolverán, ¿no? Aún más tarado de lo que estás. Aunque ahora que lo pienso, si pasara, sería bueno para la sociedad que te raptaran.

—¿Qué dices? ¿Y luego cómo encontrarías a tu querido Fosco? —dijo, y lanzó besos al aire.

—Para, payaso.

Él se rascó la barba mientras se tomaba unos instantes para pensar.

—Si encontramos el coche, daremos con el lugar donde lo han raptado.

—Sí, ¿y luego?

—No sé, de allí buscamos grabaciones, una matrícula, la seguimos, ya sabes…, la tecnología nos espía.

—Parece un anuncio de un antivirus o de un dispositivo de control.

Él le hizo un gesto para que se dejara de tonterías.

—Bueno, pero sí, tenemos que encontrar el Nomad de Fosco.

—Ya, ¿pero cómo? —preguntó él.

Ella afinó los ojos y recordó.

—Hace un tiempo a Fosco le robaron el coche.

—¿Y qué? ¿Lo encontraste a trozos?

—No, con un cadáver dentro.

—Claro, muy típico de un forense, que te devuelvan el coche con trabajo incorporado.

—Tonto. Lo que quiero decir es que, si buscamos su coche, podríamos encontrar el móvil.

—¿Y qué tiene que ver el móvil con el coche?

—Fosco tiene puesto un dispositivo que lo rastrea.

Dønato arrugó el ceño.

—¿Cómo dices?

—Sí, un EchoGPS o no sé cómo se llama.

—No me digas, ¿en serio?

—Sí —dijo, y se levantó—. Ven.

Fueron al garaje subterráneo. Al encender la luz, vieron cómo las paredes estaban llenas de conservas, garrafas de supervivencia y otros objetos. Recordó que Fosco conservaba las cajas de dispositivos y electrodomésticos en un lateral.

—Aquí está. La caja del teléfono de Fosco, un EchoPhone, y la del dispositivo que tiene en el todoterreno.

Él sonrió.

—¿Para qué querías la caja?

—Se me acaba de ocurrir una idea. Con un poco de suerte, hasta funcionará.

MAX

Llegó a casa a una hora demasiado temprana de lo que era habitual.

Como el quiosco de la anciana estaba cerrado, se detuvo por el camino a comprar un periódico.

Aparcó cerca y caminó unos minutos hasta el edificio donde vivía. Cuando llegó delante de la puerta de casa, ya con la maneta en la mano, cambió de idea. Tenía que evitar el problema de la noche anterior. No quería que su mujer cogiera celos o complejos de Emma que no existían. Era verdad, la adolescente era atractiva. Alguien con celos pensaría algo que no era. Max jamás habría traicionado la confianza de su mujer.

Dejó la puerta de su casa y se dirigió hacia la planta de la chica. Tocó suave y enseguida ella salió. Cerró detrás de ella y lo miró.

—¿Cómo está la pierna?

—Hoy ya duele menos.

Max asintió mientras se rascaba la nuca.

—¿Qué pasa, Max?

—No sé cómo decírtelo.

—¿Tan malo es? Suéltalo de una vez.

Él bufó.

—¿Qué cuesta una maldita dosis de *potter*?

Ella arrugó la frente sin acabar de entender lo que le preguntaba.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que quiero saber cuánto cuesta eso. ¿Cuánto te hace robar tu padre para una dosis?

Ella negó y miró hacia otro lado.

Él la cogió de un brazo y la devolvió con suavidad a la conversación.

—¡Escúchame! ¿Cuánto?

Ella tragó saliva y escupió lo que tenía que decir.

—Doscientos.

—¿Cuánto?

Ella encogió los hombros.

—¡Por todos los truenos! Eso es muchísimo.

—Lo sé, ¿por qué crees que robo a diario para comprarlo?

—¿Tienes para ir a comprar?

—Solo he conseguido cien esta mañana.

Él se cubrió la cara con la mano.

—Lo siento, se pone más violento cuando no está colocado que cuando lo está.

—Está bien —dijo, y sacó la cartera de la gabardina.

—¿Qué haces?

—Toma, aquí tienes los cien que te faltan. Te espero abajo. Te seguiré para saber dónde está el camello.

—Está debajo del puente de…

Max la detuvo.

—No. Yo te seguiré.

—¿Cómo?

—Caminaré detrás de ti.

Ella intentó hacerlo cambiar de opinión, pero el trato era ese. El dinero a cambio de la información.

Ella cogió el dinero y entró en casa.

Max suspiró, sin saber muy bien qué demonios había hecho. Con parte de su sueldo, por luchar contra la criminalidad, estaba financiando el narcotráfico en su ciudad.

Bajó las escaleras de puntillas. Miró con cariño la puerta de su casa.

Pensó que, a veces, es mejor decir una mentira, una excusa, para cubrir a los que uno quiere y no hacerlos sentir mal, en lugar de decir la verdad.

Él no era uno de esos compañeros que tenían una segunda vida o se redondeaban el sueldo con algún trabajillo oscuro. Antes o después los pillaban. Aquello era diferente.

Se subió el cuello de la gabardina para cruzar hasta la cabina de teléfono. Entró y metió una moneda. Telefoneó a su casa.

—¿Amor?

—Sí, cariño, ¿todo bien?

—Sí, tengo que decirte algo.

—Ya conozco esos inicios de frases y no me suelen gustar. No estás en la oficina, ¿verdad?

—No, ¿por qué?

—Se escucha la lluvia. Cuando me llamas desde la oficina, no se escucha nunca.

—Ahora entiendes por qué me casé contigo, ¿verdad?

—Eres un pelota.

—No, eres una mujer inteligente y guapísima.

—Halagador.

Él suspiró casi con la voz entrecortada.

—Te llevaré una de estas noches a comer unos *fettuccini* con nata.

Ella sonrió y él lo escuchó.

—Sabes que son mi debilidad, los *fettuccini* Alfredo —dijo ella, y suspiró—. En fin. ¿Qué me querías decir?

—Ya.

Max, desde la cabina, veía la luz que contorneaba una silueta en la sala de estar del segundo piso. La misma que había encendido su mujer para contestar al teléfono. Desde esa visual, podía distinguirla. Al otro lado de la línea, estaba él. Sintió que engañaba a su familia, pero el deber lo llamaba. La ley era más poderosa que muchas otras fuerzas que tenía en su vida.

La lluvia caía rápida por la pared de vidrio que aislaba la cabina telefónica.

Suspiró.

—Me ha surgido un tema, un asesinato esta noche. Lo siento, pero no sé a qué hora iré a casa. Discúlpame.

Ella se detuvo un momento y luego tosió una vez.

—No te preocupes, cariño. Lo entiendo. Ya lo hemos hablado. Haz lo que tengas que hacer.

—Gracias, ¿y Olilì?

—Mirando dibujos en la televisión. En fin, regreso allí, cariño. Ten cuidado, ¿quieres?

—Eres un ángel. Nos vemos luego —se despidió, y colgó el teléfono.

Al dejar el auricular en la base, no supo si se había quedado más aliviado o había incrementado el peso en su pecho. Esperó a que la luz en la sala de estar se apagara y salió del pequeño mueble urbano mojado.

Se colocó en una esquina, en un punto donde el edificio lo resguardaba de la lluvia. Su pelo moreno y la gabardina en la penumbra eran una perfecta mimetización. Se quedó inmóvil en silencio, mirando los coches pasar por la calle principal del barrio.

Cuando Emma apareció por la acera, se quedó mirando a su alrededor durante un buen rato. Max dio un paso hacia adelante para salir de la penumbra y que pudiera verlo. De la oscuridad, salió como hacen los vampiros o los seres del mal.

La adolescente se asustó al verlo de repente.

Disimuló.

Luego, le hizo un gesto con la cabeza, lento, pausado. Estaba listo para seguirla. Ella comenzó a caminar entre gente poco recomendable. Llevaba una sudadera con capucha y un chubasquero oscuro. Se diluía entre la lluvia y pasaba desapercibida entre tanta criminalidad. Había desarrollado las mismas habilidades que esa gente. Max iba varios pasos por detrás con la determinación de encontrar un hilo por dónde tirar de ese maldito caso.

Vagabundos y pandillas de gamberros lanzaban besos al aire al pasar la adolescente. Mientras, por detrás, Max, como oscuro ángel de la guarda, no se inmutaba. Solo caminaba. Avanzaba dejando cada vez más espacio entre ellos manzana a manzana.

Llegaron hasta el cruce con otra calle principal y cortaron por esa. Emma cambió de acera y, al cabo de un rato, él también.

Siguieron un par de kilómetros, llevaban casi media hora caminando bajo la intemperie cuando ella se dio la vuelta, hacia él, por primera vez.

Él disimuló, hizo como si nada, ya que estaba más atrás.

Entonces ella cruzó una reja por una brecha cerca de un poste y despareció en la noche.

FOSCO

La comida fue interesante y distendida.

A pesar de declinar la invitación de Michael para que formara parte de esa sociedad marítima.

No obstante, era un anfitrión complaciente y peligrosamente interesante, como el capitán Nemo. En menos de lo que uno se daba cuenta, embaucaba a cualquiera en sus conversaciones profundas y halagos. Un líder o, lo que era lo mismo, un comandante.

Se habían desplazado, después del manjar, hasta la lavandería. En el despacho de ese importante servicio que disponía el barco, había una persona que, según la Consejera, podía ayudar a esclarecer el caso.

La llamaban la Veterana.

Una señora de una edad avanzada y arrugas en su rostro que no daba lugar a malos entendidos. Por los surcos de su rostro habían pasado tantas situaciones y vivencias que podía haber escrito varios libros autobiográficos.

—Siéntate, niña —dijo ella, detrás de una pequeña mesita que usaba como despacho.

—¿Cuántas veces te he dicho que debes cambiarte este despacho y que te mereces otro trabajo?

—Niña, a mi edad ya no estoy para cambios, sino para acabar lo que tengo que hacer, mandar todo a la porra y retirarme en alguna isla tranquila —aseguró la mujer con voz de haber bebido muchos carajillos y fumado muchas cajetillas—. ¿A qué vienes, niña? ¿Quién es este señor?

Fosco se acercó a la mesa y le dio la mano, acto seguido, se acercó como si fuera a darle un beso. Algo espontáneo, sin premeditar, pero Fosco sintió una cierta áurea de personalidad y autenticidad que envolvía a esa señora. Mientras le acercaba la mano, vio cómo de la manga de la casaca de trabajo sobresalían unos tatuajes. Esa señora tenía más vida de lo que creía.

A Fosco le vino un *flash*, un recuerdo de las personas que habían pasado por la camilla de la morgue. Cuánta gente con los brazos llenos de tatuajes.

Siempre se había preguntado por qué la gente se hacía tatuajes. Y tantos.

Con el paso del tiempo, personas sin ningún dibujo en su cuerpo eran cada vez más escasas. Moteros con serpientes que subían por los brazos, rosas y pistolas. Mujeres con tatuajes tribales o florales. Chicos con calaveras y fotos de parientes. Pero en ese momento se acordó de una

mujer como ella, hija de la vida callejera y acabada en su mesa por una sobredosis. Curtida por el sol y por la calle. Con tatuajes de una famosa banda de Akeron. Al final, todos acabamos en una mesa de la morgue.

¿Esa señora era diferente?, se preguntó Fosco, ¿o parecida a las que había visto en su mesa de autopsias? Era igual que las demás, pero más afortunada y más inteligente porque se quitó de la calle a tiempo.

—Fosco Merrell, forense —dijo al soltar la mano, y los tatuajes de la señora volvieron a desaparecer debajo de la manga.

—Vaya, vaya, un forense en persona. Siempre me he preguntado cómo serían los forenses —dijo, mirando al hombre, y continuó hablándole a ella—. ¿Se quedará en esta maldita patera?

La consejera sonrió.

—No, solo está para…

—Ah, sí, para el tema de Marc —la interrumpió—. Me lo imaginaba. Atrevido, niña, atrevido.

Fosco entendió que, con el término atrevido, se refería a que una persona externa a ese barco resolviera el misterio y se fuera.

—Mal asunto, niña, mal asunto.

—Por eso vengo, Veterana.

La Veterana entrelazó los dedos de las manos y resopló.

—Mal asunto.

—Eso no me ayuda, y lo sabes.

—Ya.

—¿Qué opinas de Jenny?

La mujer torció la boca y afinó la vista, hasta se podía entrever cómo estaba pensando la Veterana. Buscaba palabras o situaciones.

—No sé cómo ayudarte.

—Diciéndome cómo es esa mujer.

—Mala.

—¡Mala!

—Sí. Si no fuéramos tan justos de personal, no la tendría aquí conmigo.

—Ya.

—¿Y Marpy? —La señora torció la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

—Otra… que déjala ir.

—Veterana, si me hablas en código, no vamos a avanzar con la investigación —dijo la Consejera con un tono serio y, por primera vez con ella, casi autoritario.

—En esta maldita lavandería hay dos clanes de mujeres. Uno es el de Jenny. Marpy, su amiga, hace lo que dice la primera. No hay discusión, una manda y cotillea y la otra, junto con las otras, se encarga de hacer lo que ella dice.

—¿Una jefecilla…? —preguntó Fosco, entrometiéndose en la conversación.

—Una víbora.

—¿Cree que ha matado a su marido? —preguntó Fosco.

—No me extrañaría.

—¿No? —preguntó la Consejera.

—En absoluto. Ayudada por alguna chica de la lavandería, incluso me atrevería a decirte.

—Imposible —afirmó Fosco.

La Veterana arrugó el ceño, marcando aún más las arrugas y arqueó la boca.

—¿Por qué estás tan seguro?

Él fue a hablar, pero se detuvo. Miró a la Consejera y ella asintió.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—No pueden haber sido dos mujeres, por mi experiencia, claro.

—¿Y por qué no?

—Porque las lesiones que sufrió Marc denotan cierta fuerza y resistencia que no son aplicables a cualquiera.

—Ha llegado a mis orejas que lo dejaron muy mal —insinuó ella con un tono algo conmovido—. Pero tenéis que pensar que aquí tengo chicas que levantan carros de toallas sucias de casi treinta kilos —confirmó, orgullosa.

Fosco miró a la Consejera, ya se comenzaban a entender tan solo con una mirada.

—Creo que la fuerza a la que se refiere Fosco es diferente.

—No quiero parecer machista, pero…

—A mí me lo ha parecido —espetó la señora con la frente atravesada por surcos de rabia.

Fosco se aclaró la voz y siguió explicando.

—No quiero que lo tome como un comentario machista, se lo repito. Por favor, no es eso. Confíe en una persona que ha visto muchas autopsias. Una de las personas que ha matado al pobre Marc tenía mucha fuerza y suficiente rabia.

La Veterana chasqueó la lengua.

—Parece mentira que a estas alturas me vengan diciendo que una mujer no puede matar a un hombre con un puto cuchillo —ladró, y lo apuntó con el dedo—. Mejor que nunca te explique qué le hice yo a uno de mis exmaridos, forense.

—No hace falta saberlo.

—Te lo puedo decir perfectamente. Ha prescrito y tampoco encontrarán nunca el cadáver.

Fosco se giró, cerró la puerta del despacho de la Veterana y regresó.

—El muy hijo de perra me pegaba todas las noches cuando volvía del casino. Así que lo cogí por detrás y…

—Espere. No quiero saberlo —advirtió Fosco—. Lo que sí le digo es que uno fue un hombre porque le asestaron ciento cinco puñaladas en la espalda, ¿comprende? Con mucha fuerza e igual rabia. Le aseguro que, si yo me pongo a ello, a las veinte ya estaría agotado y no podría más —dijo, y se calló, mirando a las dos mujeres, que escuchaban atentas lo que él decía—. Ciento cinco. ¿Se puede hacer una idea?

El único ruido era la maquinaria de la lavandería, que transportaba carros de ropa sucia y expulsaba chorros de vapor.

—No, porque a mi exmarido lo trituré con un túrmix. Y las hamburguesas se las regalé a la parroquia para la fiesta del barrio.

Fosco la miró con una mezcla entre el miedo y el asombro.

—¿Y no se dieron cuenta?

—Pesaba más de cien kilos, ese cerdo. Al año siguiente, me pidieron más, pero yo no tenía más exmaridos para darles.

—¿Y los huesos?

Ella sonrió pérfidamente.

—Les encantaron a los perros del vecindario.

Fosco se pasó la mano por la cara, no se creía lo que escuchaba. Al final, la señora tenía razón: si no había cuerpo, no había delito.

Suspiró y la Consejera lo vio.

—Hay cosas que es mejor no saber.

—Qué te crees, niña, ¿que en este barco somos santos? ¿Quién quieres que acepte venir a este lugar? Solo escoria de la sociedad, gente que no tiene nada que perder. Personas que huyen de la verdad hasta que prescriba. Nadie sabe que estás aquí, cobras, el tiempo pasa y cuando vuelves a tierra firme, ya no te buscan porque creen que te has escapado a un paraíso fiscal sin extradición, o mejor aún, que te has muerto. Por eso la gente, cuando regresa a casa, lo primero

que hace es conseguirse un pasaporte falso —explicó la señora con la voz profunda de carajillo —. Este barco es como un Akeron City, pero en miniatura. La misma criminalidad, pero escondida.

—Veterana, gracias por tu tiempo, pero necesitamos seguir. ¿Tienes idea de quién puede haber sido?

—¿Matar al tal Marc? Ni idea —respondió, y se quedó callada.

El forense y la Consejera se miraron.

—Entonces, gracias, Veterana.

Fosco la saludó bajando la cabeza y se dirigieron hacia la puerta.

—¡Niña! —espetó—. Vete a hablar con Veronika. Si ella sabe algo, te aseguro que le encantará decírtelo y esparcir un poco más de mierda por el mundo. No viene hasta el turno de noche, la encontraréis en su camarote. Seguramente, en compañía —concluyó con retintín.

La Consejera sonrió y le pronunció un gracias sin que saliera ningún sonido. Cerraron la puerta y se fueron de ese infierno de calor sofocante en busca de esa mujer.

MAX

Emma había desaparecido en la oscuridad.

Una noche lluviosa y hambrienta de víctimas. Hambrienta de inocentes que bailaban sobre el filo de la supervivencia en busca de algo que el día no les podía dar.

La noche había empezado con una propuesta. Max le había dado el dinero que le faltaba para la dosis que el padre tanto anhelaba.

Doscientos billetes y una misión.

Emma cogió la donación a la causa del policía y se encerró en el piso para la grata noticia.

Poco después, ya estaba camuflada en la noche, de camino al encuentro con el camello del *potter*.

Recorrió el trayecto con un ángel de la guarda custodiándola, el inspector Max Wolf, que la siguió hasta esa reja de alambre. Abrió la brecha y se metió en el escondrijo.

Max, que iba varios pasos por detrás, echó un vistazo a su alrededor; nadie lo seguía.

La sobreelevada variante sur creaba un mundo seco debajo de ella que aprovechaba todo tipo de personas que vivían en la calle.

Max se acercó y la siguió él también al otro lado de la reja.

Todo callaba. Solo el corazón acelerado del inspector parecía que generara ruido en ese ambiente.

Un viejo bidón de aceite que hacía de chimenea proyectaba en el techo del puente unas imágenes que recordaban una caverna prehistórica o la misma caverna de Platón. A su alrededor, personas que intentaban secarse y calentarse.

Carros de la compra. Refugios precarios e improvisados. Basura. Personas olvidadas por la sociedad y drogadictos. Convivían en ese mundo paralelo por debajo de la misma carretera que él cada día cogía para ir al trabajo.

Emma estaba a pocos metros más adelante.

La seguía de reojo para no perderla mientras analizaba todo lo que había en ese espacio. Max se detuvo cuando Emma se quedó de pie delante de una estructura rudimentaria. Era una especie de casita de jardinería oxidada con el techo agujereado por el tiempo. Apoyada en un pilón de la circunvalación, parecía lo mejor construido en ese submundo.

La adolescente se quedó de pie, en cola. Delante tenía varias personas que, como ella, venían de vete a saber qué parte del distrito sur para comprar sus «monedas».

Al inspector le dio la impresión de que aquello era la consulta del Doctor Muerte. Cogían las dosis y se iban, regresaban a sus vidas para evadirse de la realidad y de paso, si las alucinaciones lo permitían, harían cosas que jamás imaginarían sin sus efectos.

La chica esperó de pie varios minutos mirando a su alrededor. Sin decir nada, sin prisa, sin moverse, sin perder su turno.

Cuando llegó el suyo, entró.

El inspector se sentía observado por las personas que vivían en ese lugar. Su gabardina lo resguardaba de la lluvia, pero no de las miradas indiscretas de la gente. Sentía como chismorreaban. Se imaginaba temas de conversación, críticas que le lanzaban como cuchillos afiladísimos.

¿Qué hacía un hombre con esas pintas? ¿Era un poli? ¿Era un detective? ¿Era un drogata?

Pero la noche es una madre en la que cabe todo tipo de personajes entre sus brazos. Y Max era uno de ellos.

Sentía el miedo por la chica, por él, en cualquier momento, la situación podía descarrilarse. Pero más miedo le daba cuando la adquisición de esa droga llegase a su padre. Ese sí era el factor más peligroso de la noche.

La casita oxidada se había tragado a Emma y tardó unos minutos en escupirla. La puertecilla se cerró sin permitir ver nada de lo que escondía ese espacio criminal.

Emma salió como entró. Eso, en parte, alegró a Max. Sin embargo, ni un ápice de expresión cambió en su rostro.

La chica dejó atrás al camello y la cola, que cuanto más se adentraba la noche, más grande se hacía.

Ella alcanzó la reja y volvió a empujarla para salir, dejando atrás ese submundo seco y abandonado de la ley. Regresó hacia su casa.

Max se quedó unos instantes disimulando, sin seguirla. Analizó el ambiente y grabó todo lo que pudo, sobre todo, las dinámicas que rodeaban ese garito de hojalata oxidada.

Cuando consideró que era oportuno largarse, reanudó el camino hacia casa.

Caminó sin ver a la chica, muchos más pasos por detrás. Recorrió el mismo trayecto que habían hecho para ir. Ya sabía dónde estaba ese lugar maldito. El camello del distrito sur. Lo tenía localizado. Tenía un hilo muy fino por el que tirar. El asesinato del parque Tivoli podía tener un giro. No directo, pero sí hacia el núcleo del problema. En parte, eso no le tocaba a él,

debía informar a los compañeros de narcóticos. Pero esos no habrían encontrado caramelos en una tienda de chuches, valoraba Max regresando a casa.

Decidió seguir. El jefe le había entregado el tema y él tenía que terminarlo.

Daba igual quién moría, un sintecho o uno de los abogados más famosos de la ciudad, todos necesitaban justicia. Para Max Wolf no había distinción de clases, la muerte y la justicia no entienden de estatus sociales.

Llegó al edificio donde vivía. Cerró la puerta y se apresuró a subir las escaleras cuando una mano se apoyó en su hombro.

¿Lo habían seguido?

Se detuvo al instante. Su corazón se aceleró de repente. Intentó mantener la calma y acercó la mano a la gabardina para sacar la pistola.

Cuando ya tocaba el metal frío, escuchó por detrás:

—Lo hemos conseguido.

Era la voz de Emma.

Cerró los ojos y soltó la pistola.

Se giró lentamente.

—Me has asustado. Pensaba que ya estarías con tu padre.

Ella negó.

—Pensaba que querías verla, ya que has pagado la mitad —susurró mientras sacaba un sobre de plástico transparente.

De repente, apareció la moneda de Caronte o *potter*. Una pastilla grande como una aspirina de color lila y con un grabado.

Max la cogió y se la acercó.

La olió. Le pareció que tenía el mismo olor que la que tenía el abogado entre las manos.

—Tienes que hacerme un favor, intenta que la tome cuando no haya nadie en casa, ¿vale?

Ella negó con la cabeza.

—En cuanto la vea, se la tomará.

—Esto destrozará a tu familia.

Ella bajó la mirada.

—Mi padre ya la ha destrozado. Antes era solo el alcohol; luego, el juego, ahora es también esto.

—¿Por qué no te vas?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—No voy a dejar sola a mi madre.

—Robar no es la respuesta a tus problemas.

—De momento, es la única vía de salida.

—No, yo puedo ayudarte.

—Tú has hecho ya bastante —respondió ella.

—Te puedo meter en un programa de protegidos lejos de aquí.

—¿Y mi madre?

—Iría contigo.

—Sería bonito, pero ella no quiere dejarlo.

—¿Está enamorada?

—Síndrome de Estocolmo. No dejo de decírselo, pero no quiere escucharme.

—Piénsatelo. Aunque seas tú sola, necesitas hacer tu vida lejos de esto. Te mereces vivir. Eso… —dijo, indicando hacia arriba con un dedo—. Esto no es vida —continuó, señalando la droga—. No es vida, es justo lo opuesto.

Ella sonrió, sin estar muy convencida.

—Yo he nacido en este barrio, no quiero irme.

—Este maldito barrio no tiene oportunidades para una chica lista.

—Me tengo que ir, se ha hecho demasiado tarde —concluyó ella, y comenzó a subir las escaleras.

—Emma.

Ella se detuvo y se giró mientras guardaba la droga en la mochila.

—Ten cuidado.

Ella sonrió y se fue.

Max se sentó un momento en el primer escalón, pensando.

Dejó que la muchacha entrara en casa. Cuando escuchó la puerta del cuarto piso cerrarse, su corazón se detuvo por un segundo. No sabía si estaba más tranquilo o más preocupado.

¿Qué habría hecho si hubiese sido su familia?

Hubiera cogido un bate de béisbol y habría arreglado la situación a la vieja usanza, a su manera. Donde no llegaba la ley, llegaba la actuación civil, lo que él llamaba defensa ante las injusticias.

Respiró hondo, su cabeza estaba yendo demasiado rápido. Se estaba precipitando.

Respiró otra vez.

Se levantó y regresó a casa, su familia lo esperaba.

Al entrar en casa, se quitó la gabardina y la puso a secar.
Esa noche había arrancado una nueva parte de la misión.

FOSCO

Jenny y Veronika.

Los dos bandos que tenía la lavandería. Dos clanes de mujeres que no tenían nada que perder. Cotillas, envenenadas y enemigas.

Jenny, la mujer de Marc, estaba enfrentada a Veronika y a las suyas. Dos hembras alfa en bandos diferentes.

Fosco y la Consejera caminaban por los pasillos internos del barco. Después de haber averiguado cuál era el camarote de Veronika, fueron hacia allí.

Tener un camarote para una persona era mucho dinero restado del sueldo. Pero si tenías muchas visitas o una actividad sexual muy movida o promiscua, entonces salía a cuenta. Desde luego, esa teoría se confirmó al escuchar los gemidos desde el extremo del pasillo.

Podía ser otro camarote, pero las coincidencias no existen. De hecho, cuando llegaron a la puerta y por los gritos, aun sin saber el número exacto, supieron que era aquel.

Fosco y la Consejera se detuvieron frente a la entrada. Se miraron aguantando la risa. Los gritos de placer de la mujer eran tan escandalosos como sentidos.

Al final, no pudieron aguantar más y rieron mirándose.

A Fosco le gustaba la sonrisa de la Consejera. Era una mujer elegante y atractiva a pesar de tener el cargo que tenía.

Los gemidos despertaron un fuego interno en medio de la investigación. Echaba de menos a Olivia.

¿Dónde estaría? Seguramente, preocupada o incluso enfadada de que no hubiera vuelto.

Sí, echaba de menos a su inspectora preferida, pero volvió al presente.

Los gemidos eran cada vez más fueres. Se podía intuir que llegaban al clímax del encuentro. Y así fue.

A los segundos, se acabaron.

Como un globo, se deshinchó y los míseros gemidos de él acabaron con la actuación sexual de la tarde.

Ellos dos, frente a la puerta, se miraron con perplejidad.

Fosco levantó las manos y estiró los dedos. Comenzó a contar hasta diez. Cuando acabó, tocó a la puerta.

—¿Veronika? —llamó él.

—¿Quién coño es?

—Soy la Consejera, necesito hablar contigo.

Dentro se escuchó revuelo.

—Deme un momento… —gritó.

A los pocos segundos, apareció Veronika. Una mujer de unos cuarenta años, cien kilos, pelo rubio teñido y un batín de color rosa. Estaba cerrado con un cinturón de una manera poco eficaz, dejando ver sus generosos senos y un escote que habría hecho perder los sentidos a muchos.

—¿Sí? —dijo, sujetando la puerta y con un cigarrillo electrónico.

—¿Podemos entrar?

Veronika los miró y, de mala gana, bajó el brazo de la puerta.

Cuando se apartó, dejó ver cómo el hombre que estaba con ella se estaba subiendo la cremallera de los pantalones deprisa. Era un pipiolo de veintipocos años con el pelo estilo Beatle y delgaducho. Seguramente, ella le doblaba la edad y le pasaba por goleada en experiencia. Se metió la camisa, cogió su jersey como si fuera una pelota y la miró.

—Te llamo, ¿vale? —dijo con ternura y avergonzado.

Ella lo miró con superioridad.

—Vete, ya hablaremos —espetó la mujer, y le hizo un gesto con la mano, como si alejara las moscas de su plato de comida.

Este agarró el *walkie* y los zapatos, los añadió a la bola de ropa y salió casi corriendo.

Cuando el chico ya estaba fuera, la Consejera y Fosco entraron y cerró.

—Un poco joven. ¿No te parece, Veronika?

Esta abrió la ventana redonda y dio una calada al cigarrillo.

—¿Qué quieren? Espero que sea importante, me han arruinado el polvo de hoy —dijo con autoridad.

—Venimos por el caso de Marc.

Ella rio y se sentó.

Los dos lados del batín no llegaban a tocarse y dejaban ver toda la pierna, una cruzada sobre la otra. Luego, a la altura de la pelvis, se cruzaban otra vez para volver a abrirse a la altura de los pechos, que casi podían verse perfectamente. La mujer miraba al hombre con aire de seducción, como si la dosis de esa tarde no hubiera sido suficiente.

—Mal tema —respondió a Fosco, aunque hubiese preguntado la Consejera.

Fosco tragó saliva y se alegró de haber ido con la Consejera. Si hubiese ido solo, se la habría visto encima para un segundo *round*.

—¿Qué quiere decir mal tema? —preguntó la Consejera.

—Esa zorra es una malnacida.

—Nos ha dicho la Veterana que no tienes buena relación con ella.

—¿Quién la tiene, Consejera?

—Venimos para pedirte ayuda. ¿Qué sabes de este tema, Veronika? —preguntó Fosco.

La mujer se mojó los labios mientras miraba al hombre.

Él no le pudo aguantar la mirada y la desvió. Al hacerlo, se dio cuenta de que las mesitas de noche estaban llenas de preservativos, esposas de terciopelo rosa, vibradores y Dios sabía qué más artilugios sexuales.

Desvió la mirada de ese festín y miró de nuevo a la mujer.

—Sé que tiene una historia.

—¿Historia? —preguntó Fosco.

—¡Historia! —repitió ella, pasándose la lengua por el labio superior y, al mismo tiempo, descruzó las piernas y las volvió cruzar, pasando la derecha sobre la izquierda, al revés de antes. Fosco miró al techo, ya que, al no llevar nada, le habría visto perfectamente la entrepierna.

—¡Veronika! ¿Con quién tiene una historia? —preguntó la Consejera.

—Con un chico macizo.

—¿Lo has visto?

—Sí —respondió, decepcionada.

—¿Qué quiere decir ese sí?

—Que ojalá me lo hubiera ligado yo, que está como un queso.

—¿Cómo se llama? —preguntó Fosco, mirándola directamente a los ojos.

Ella sonrió.

—No sé cómo se llama, dulzura —respondió a Fosco.

«¿Dulzura? Esto sí que nunca me lo habían dicho», pensó.

—¿Y cómo lo encontramos? ¿Tienes idea? —preguntó ella.

—Creo, Consejera, que me deberá una —apuntó la mujer sin dejar de mirar al forense.

—Lo que tienes que hacer es darme las gracias a pesar de fumar en tu camarote y molestar la tranquilidad con tus gritos, ¿me has entendido? —preguntó ella, y continuó—. ¿Quieres mirarme cuando te hablo?

Fue obvio que la mujer reprimió una réplica; apretó los labios y, por fin, se despegó del forense.

—Creo que lo vi un día vestido de verde, trabaja en los jardines o en la brigada de mantenimiento.

—¿Estás segura?

—Esos ojos, un macizo así no se me escapa.

—Hay varios que trabajan allí. ¿No puedes ser más específica? —preguntó la Consejera.

La mujer echó la cabeza hacia atrás y la meneó para que su melena se moviera. Al echar su busto hacia atrás, el batín se abrió aún más. No había que ser un experto para dar por hecho que a esa mujer le gustaba la marcha y ser el centro de atención. La información que necesitaban era una ocasión perfecta para hacerse notar y hacerse de rogar para dársela.

En todo su esplendor, los pechos y casi los pezones se mostraron a través de la tela abierta. Basculó la pierna que estaba encima de la otra. La Consejera apretó los labios y sintió vergüenza ajena. Se arrepintió de no haber ido sola a ese interrogatorio si se podía llamar así.

—Pues el tío es muy alto, más que usted. Atlético, y creo recordar que tiene la cabeza redonda con las orejas de soplillo.

—¿Algo más?

Veronika rio.

—Cuando lo vea, lo entenderá —respondió burlándose—. Pero creo recordar que, además, tiene ojos pequeños, juntos, y gafas de ver.

—¿El pelo?

—Corto, como un militar.

—¿Un militar?

—Un militar.

OLIVIA

Dønato tenía un plan, era descabellado, pero era el único que tenían. Podía gustarle o no a Olivia, pero era el único sobre la mesa.

Tenían un problema previo. Necesitaban encontrar el coche.

¿Dónde estaba el coche de Fosco?

—Pues no tengo ni idea, Dønato.

—Venga, esfuérzate un poquito.

Ella negó.

—Ni idea.

Él bufó.

—A ver. ¿En el trabajo no está?

—No está.

—¿Y si estuviera ahora?

—Me habría llamado la secretaria o él.

—Vale. ¿Por aquí has buscado?

—En dos manzanas no está.

—¿Quieres que ampliemos el radio de búsqueda?

—Podemos hacerlo, pero él siempre aparca en esta misma calle. Nunca lo he visto aparcar más lejos de la esquina.

—OK, seguimos.

—La última vez fue en el restaurante de la otra anoche. ¿Y si fue allí? ¿En el restaurante?

—Es en el centro financiero, eso está más vigilado que el mismo ayuntamiento.

—Bueno, visto los últimos sucesos, no creo que nada esté muy vigilado.

¿Cómo no lo había pensado antes? Un momento en que lo podían haber raptado los mafiosos era justo a la salida del restaurante.

—Buena idea, vamos.

Dønato sonrió y cogió las cajas de los dispositivos antes de salir del garaje. Cerraron la puerta del domicilio del forense y fueron hacia el restaurante de la noche anterior.

No hablaron en todo el trayecto. Pensaba cada uno en sus teorías de cómo seguir si allí no estaba el coche. O si estaba, cuál podía ser el siguiente paso.

Entraron en la famosa calle. Coches de lujo y limusinas circulaban como en un desfile al aire libre. Gente con paraguas de firmas caras transitaba por las aceras.

A través de los escaparates enormes del mismo restaurante donde habían cenado, los comensales reían y comían platos extraordinarios.

—Allí estaba el coche de Fosco —dijo ella mientras indicaba la zona.

En lugar del todoterreno de Fosco había un deportivo descapotable.

—Pues la verdad es que ese coche no refleja la descripción que me has dado de Fosco —dijo con retintín.

—Dønato, siempre con tus salidas del carajo. Maldita sea. Esto es serio —gritó mientras se detenía cerca de la entrada de un parquin subterráneo.

Él se quedó mirando a la mujer, que estaba a punto de llorar.

Se quedaron en silencio por unos instantes. Allí no estaba el coche. Encontrarlo era una hazaña imposible. Olivia estaba desanimada. En aquel momento el detective levantó la vista y vio un cartel. Lo miró perplejo unos segundos más; luego, se giró hacia el descapotable.

—Espérame aquí —pidió él.

Después, se ajustó el Borsalino y salió corriendo del coche. Atravesó la calle y miró en el lado donde supuestamente debía estar el todoterreno de Fosco. Allí estaba el mismo cartel.

Luego, bajó la mirada y en la acera vio lo que se temía, una pegatina en forma de triángulo de color naranja fosforito. Se lo había llevado la grúa.

MAX

Habían pasado varios días desde la noche en la que Emma lo había llevado a ese lugar.

Durante casi una semana había robado minutos de su tiempo libre, en su coche, para ver qué pasaba ahí.

Había conseguido unos prismáticos para averiguar cómo llegaba la droga a ese garito. Para estudiar la venta y la cadena de suministro.

Había identificado a varias personas y las había fotografiado con su réflex. Las había enseñado a compañeros de narcóticos, pero nadie los conocía.

Una semana tirada a la basura haciendo algo que no le tocaba.

Pero su instinto le decía que tenía que seguir. Desconocía si era imprudencia o intuición, pero sentía que la pista era buena.

No había dicho a nadie que había encontrado un punto de venta de *potter*. Básicamente, por dos razones, porque lo habrían alejado de la investigación y la segunda, y más importante, en la comisaría había topos. En cuanto la información se supiera, correría como la pólvora y el garito sería solo un recuerdo.

Acabó el café y el tiempo. Era muy tarde, tenía que regresar a la comisaría esa mañana.

A pesar de la cola de consumidores de *potter*, que cada día era más larga, tenía que irse.

Cruzó la ciudad y el río Caronte, pasando por encima del mismo puente que resguardaba el submundo que estaba estudiando.

Aparcó en la comisaría y entró en la planta del departamento de homicidios.

Tom, en cuanto lo vio, lo saludó con la boca llena.

—¿Dónde estabas, Max? El jefe te busca —dijo el compañero, que nunca perdía ocasión de comer bollería.

—Son las doce, Tom, ¿qué comes a esta hora?

—Es el cumple de una compañera de balística, ha traído pastelitos —afirmó, excusándose.

Max no dijo nada, se tragó lo que iba a decir, a Tom no le hubiera gustado y, además, ya lo sabía.

Dejó la gabardina en el perchero. Se arregló la corbata y obvió las notas de las llamadas sobre el escritorio. En pocos minutos, tocó a la puerta del jefe.

—Adelante.

Max asomó la cabeza.

—¿Se puede, comisario?

—Wolf, entra —dijo el jefe, mirándolo por encima de sus gafas.

El inspector apartó la silla delante del escritorio y se sentó sin decir nada más.

El comisario esperó a que se acomodara.

—¿Cómo va el caso Tivoli? —preguntó el comisario mientras juntaba las yemas de los dedos y apoyaba los codos en los reposabrazos del sillón.

Max emitió un golpe de tos para ganar tiempo.

—Estoy en ello. Es una investigación complicada.

—¿Complicada?

—Estoy valorando diferentes prismas de investigación.

—Interesante, sigue.

Max tragó saliva, se estaba metiendo precisamente en un jardín que se había prometido no revelar.

—Es complicado, necesito más tiempo.

—Llevas una semana para un informe de un asesinato con suicidio. ¿Qué más necesitas averiguar?

Max miró al comisario. Este tenía los ojos inexpresivos.

Sabía que ese hombre era como una mancha de aceite sobre un suelo de mármol. Correr sobre ella, lo más probable, acarrearía resbalar o romperse una pierna.

Respiró.

—Tengo mis motivos para pensar que esto se puede expandir y acabar en una epidemia. No un caso aislado.

—¿Max, Max Wolf, eres tú?

El inspector se sorprendió.

—Un momento, nosotros somos de homicidios, ¿verdad? Quieres investigar en un caso de narcóticos, ¿en serio?

—Necesito más tiempo.

El comisario se quitó las gafas, las colocó delante con las varillas dirigidas al inspector, encima de los papeles, y se frotó los ojos. Cuando acabó de hacer ese espectáculo, apuntó con el índice al inspector.

—Max, eres un buen policía, pero si quieres seguir trabajando aquí, tienes que seguir las órdenes de tus superiores o iremos mal, ¿me entiendes?

Max asintió.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Pues ahora vas a tu despacho, te pones detrás de tu máquina de escribir y me acabas de redactar ese informe que te he pedido hace muchos días. Lo firmas, lo firma Tom y me lo traéis. Así, el caso seguirá su curso para el juzgado.

—¿Y luego qué pasará?

—¿Qué pasará? Max, no eres juez. Al que le toque, lo leerá y lo archivará.

—¿Lo archivará? ¿Un asesinato múltiple?

—Max, no discutas lo que te digo que hagas. ¿Qué dicen balística y el forense?

—Sí, pero no es importante lo que digan balística o el forense.

—¡Max! ¿Qué dicen?

—Pues que el abogado disparó a todos y luego se suicidó.

—Bien, eso es lo que importa y lo que tienes que poner en el informe.

—Y el informe de toxicología, también lo adjunto, ¿verdad? Y paso copia a narcóticos.

El comisario sacudió la cabeza, luego chasqueó la lengua.

—Tú escribe lo que te digo y luego me encargo yo de dar una copia a los departamentos que crea oportunos, ¿me has entendido?

—¿Eso es un no?

—No a qué.

—Al informe de toxicología.

—No lo metas, los comentarios de esa doctora son totalmente tendenciosos.

A Max todo lo que le dijo el comisario no le gustó para nada. Pero estaba en una encrucijada y no podía escabullirse más.

Entonces, con una expresión entre la desaprobación y la incredulidad, se levantó.

—¿Adónde vas?

—A redactar el informe. Lo que me ha dicho —contestó, seco.

—Bien, además, hazme un favor. Añade a tu informe que la droga que se ha encontrado es probable que la estén fabricando los Corvino.

—¿Los Corvino?

—Sí, la mafia del distrito sur.

—Pero ha dicho que no adjunte el informe de toxicología.

—Exacto. No hace falta que lo incluyas, pero sí tienes que decir que la droga incautada es posible que la estén fabricando los Corvino. Punto.

—Pero no es verdad, eso no lo sabemos.

—No te he dicho que me des una opinión o que me digas lo que piensas. Tienes que escribir solo lo que te digo yo, ¿está claro?

Max se lo quedó observando, sin responder. Solo asintió y salió por la puerta. Al cerrar, dio un portazo tal que el cristal con vinilo mate con el rótulo «Comisario» tembló.

La impotencia que sentía era enorme, como un ladrillo en el pecho. No pudo más que apretar los dientes y desahogar su ira sobre las teclas de la máquina de escribir. Un folio tras otro, compuso el informe que deseaba el comisario.

Mientras tecleaba esas palabras, se preguntaba qué tenían que ver en todo eso los Corvino. ¿Realmente estaban ellos detrás de todo ese tráfico del *potter*?

De la forma en que hablaba el comisario, todo eso era un bulo, una tapadera.

¿Qué pasaba de verdad?

Acabó el informe, primero lo firmó él mismo y luego, Tom. Acto seguido, se lo llevó al jefe.

El comisario lo leyó y asintió a todo lo que estaba escrito en él.

Cuando lo acabó, cerró la carpeta y se lo quedó.

—Yo me encargaré de entregarlo al juez.

Max asintió y se fue.

—¿Max? —dijo el comisario, y este se detuvo en el umbral—. Buen trabajo.

«¿A quién tapamos esta vez, jefe?», le hubiera gustado decirle, pero no quiso comenzar esa discusión. No quiso abrir ese melón por él, por su familia. No podía quedarse sin sueldo, sin seguro médico y, lo más probable, sin techo.

Suspiró y se mordió la lengua.

Cerró la puerta del despacho del jefe sin contestar.

Llenó su taza de café y regresó a su escritorio. Tenía unos cuantos recados, unas notas de personas que habían llamado, los ignoró. Tenía otros casos a los que acudir, pero las palabras de la doctora le taladraban la cabeza.

Podía ser una epidemia. La droga más potente que había analizado. Eso se tenía que detener.

Dio un sorbo al brebaje y metió otro folio en la máquina de escribir.

Comenzó a escribir con más fuerza, con venganza. Las teclas se hundían al compás de la justicia. Escribió el informe que habría entregado él si no hubiera tenido un jefe corrupto y que quería, por alguna razón que no comprendía, ocultar la realidad de los hechos y de su importancia.

—Tío, ¿qué haces? —preguntó Tom.

—Nada, un informe.

—Ya lo entregaste, ¿no?

—Sí, esto es otra cosa —mintió Max.

—Bueno, yo me voy. Nos vemos mañana.

—Claro, hasta mañana —se despidió, y siguió con su labor.

Las horas siguieron en la comisaría casi desierta. El ruido de las teclas de la máquina de escribir de Max era el único sonido que dominaba el espacio.

Cuando acabó, sacó el folio y lo metió en una carpeta nueva junto al resto de papeles: el informe toxicológico, el balístico, además del forense. Daba sus conclusiones e informaba de lo que había averiguado, el primer punto de venta conocido de la droga *potter*. Además, reafirmaba su intención de seguir investigando.

Cogió el informe y lo guardó en su escritorio. Hacía tiempo que había encontrado un doble fondo en su cajón. No sabía quién había en esa mesa antes que él, ni nunca quiso saberlo. Lo colocó allí, mirando a su alrededor. Dejó encima material de papelería y viejos informes. Lo cerró y, por último, escribió dos notas a mano exactamente iguales. Escritos ligeros encima de la melanina, sin dejar rastro.

«Si me pasa algo, en el fondo de mi cajón está la respuesta».

Luego, apagó el flexo que tenía en su mesa y se fue.

En cuanto llegó a casa, subió a ver a Emma. Le dio un sobre con el papel dentro y las indicaciones precisas. Solo en caso de que le pasara algo, ella tendría acceso a la verdad.

Acto seguido, bajó a ver a su mujer y dejó el mismo sobre en su mesilla de noche.

El segundo informe, el que contenía toda la verdad, acababa con una última frase:

Soy consciente de que va contra las reglas, pero, a pesar de que el comisario me lo ha prohibido, voy a seguir investigando. Quiero saber más de la cadena del potter. *Quiero saber quién hay detrás, si realmente son los Corvino. La justicia pesa más que una orden de un superior.*

FOSCO

Salir del camarote de Veronika fue un alivio para Fosco.

A pesar de ir acompañado de la Consejera, sufrió el acoso de la mujer.

Las insinuaciones, el batín medio abierto, enseñando tetas y piernas con comportamientos de ninfómana.

Aún sin querer nada, y menos seguirle el juego, el forense recibió una invitación a seguir con ella o cenar otro día.

Se fue corriendo del camarote, el aire comenzaba a estar demasiado cargado.

En cuanto fueron hacia la salida por una de las decenas de pasillos del barco, lo primero que hizo la Consejera fue llamar a Teddy. Necesitaba su ayuda, no tenía claro cómo encontrar al chico que buscaban.

Habló por el *walkie-talkie* y enseguida apareció en medio del jardín. Llevaba sus gafas negras y el mismo traje de siempre. Fosco se preguntó cuántos trajes tendría iguales, del mismo color y corte. Cuántas camisas blancas y corbatas negras.

Se acercaron al centro del jardín, donde el gorila con corazón de peluche los esperaba.

La Consejera le hizo un gesto sin decir nada y este los siguió. Se quedó pocos pasos atrás. Como se colocan los ángeles de la guarda.

Entraron en un contenedor pintado con colores militares. Llamaron a la puerta y sonó a hojalata.

—¡See! —gritaron desde dentro.

En la puerta, Fosco vio una placa que ponía «Jardinería y mobiliario urbano».

Pensó que debería ser «Jardinería y mobiliario marítimo».

Le hizo gracia.

Hasta los departamentos tenían nombres raros en esa sociedad marítima.

—Señor Rupert, soy la Consejera —dijo ella con voz de autoridad—. ¿Se puede?

—Pase, ¿qué se le ha perdido aquí, Consejera? —dijo con una voz extraña que Fosco, al primer impacto, no acababa de entender—. Además, ya está dentro, ¿por qué pide permiso?

Ella le hizo un gesto a Teddy y se quedó fuera. Girado hacia el exterior, mirando el jardín que decoraba y hacía que un barco mercante rehabilitado tuviera un aspecto casi de ciudad.

—Tengo que preguntarle por uno de sus chicos.

Fosco entró y entonces entendió de dónde provenía su hablar raro. El tal Rupert estaba sentado en una silla detrás de un escritorio con los pies apoyados en él. Llevaba botas militares y una camiseta apretada marcando pectorales y bíceps. En la boca llevaba un puro medio gastado.

Rupert, alias el *Marines*, era un exconvicto. Expulsado del cuerpo militar por vete a saber cuál barbaridad o crimen de guerra.

En ese barco, solo había la *crème de la crème*. Y Rupert era uno de ellos.

Llevaba el pelo corto a lo militar y los modales de un descargador de puerto.

—Mis chicos están bien, gracias. Puede usted volver por donde ha venido —dijo, y levantó de nuevo el periódico que estaba leyendo.

La Consejera no le permitió que la ignorara, se acercó y le arrancó el periódico.

—No quiero tener otra discusión con usted, pero exijo que me preste atención.

El hombre pasó con los dientes el puro de un lado al otro de la boca. Su expresión delataba que no le gustaba lo que acababa de hacer.

Fosco sintió que la conversación no arrancaba de la mejor forma.

Rupert bajó los pies y se levantó. Medía por lo menos unos dos metros y poseía una potente espalda, casi de nadador. Daba miedo tenerlo enfrente, enfadado y a solas.

—Busco a uno de sus chicos, trabaja en jardinería. Tiene la cabeza redonda y orejas de soplillo. Necesito su nombre.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—Mis chicos son mi responsabilidad.

—No si cometen imprudencias, robos o asesinatos. Entonces la ley es la mía —confirmó ella, levantando la mirada a ese hombre que le sacaba una cabeza y media.

—Mis chicos no hacen nada de eso.

Fosco sentía como el voltaje de la estancia subía.

—Señor Rupert, solo queremos lo mejor para sus chicos. De verdad. No queremos que tenga problemas —añadió Fosco.

El hombre cogió el puro y lo observó de arriba abajo con una mirada entre el desprecio y la misericordia.

Fosco se sintió un escarabajo bajo un zapato.

—¿Quién es este? —preguntó a la Consejera.

Fosco tragó saliva, si hubiera dicho la verdad, estarían vendidos a pesar de que tal y como había iniciado la conversación la Consejera ya uno podía intuirlo. La verdad era que ese hombre

daba la impresión de tener muchos músculos y poca materia gris.

—El fo…

—El fotógrafo, soy el fotógrafo —dijo cortando a la mujer—. ¿No se lo ha dicho la Consejera? Estamos haciendo un calendario con los chicos más guapos y atractivos del barco para el año que viene.

—Pero yo…

—No. Usted no, es ya muy madurito. Solo buscamos jóvenes. Este año buscamos este perfil, pero no se preocupe, para la próxima ocasión lo tendremos en cuenta a usted —afirmó con voz de artista y repitiendo un ademán.

—No me había dicho nada —refunfuñó Rupert hacia la mujer.

Ella sonrió con una expresión de no saber qué decir.

—Sorpresa.

—Interesante. Tengo un chico nuevo que puede dar el pego.

—No, mire, hay un chico perfecto, lo he visto desde allá arriba —dijo, indicando un punto de la escalera—. Era fuertote con el pelo rasurado y con camiseta de militar.

—Todos mis chicos son así.

—Ya. Bueno, mire, tenía la cabeza más bien redonda, como un meloncillo, y las orejas… —dijo el forense, tocándolas con ganas—. Como Dumbo —confirmó, y se echó a reír, luego le siguió la corriente ella.

—Claro, es Otis. No te puedes equivocar, no hay otro que sea tan guapo y forzudo. Lo único… —dijo mientras se encogía de hombros—. Tiene las orejas no muy agraciadas.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó ella.

—Pues en la zona de las rosas —dijo después de mirar el reloj.

Fosco arqueó las cejas y miró a la mujer. Ella gesticuló que sabía dónde encontrarlo.

—Encantado, lo tendremos en consideración para el año que viene —confirmó Fosco, y le alargó la mano.

—Gracias —dijo el exmilitar, se colocó el puro en la boca y fue a estrecharle la mano, pero se encontró con que el forense se la estrechó con toda su fuerza. Este, al sentir el apretón, se lo devolvió casi rompiéndole la mano.

Fosco se dio la vuelta y se fue, en parte contento y en parte dolorido.

Al salir, Teddy seguía allí para ayudar. Cerraron la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó ella, indicando la mano.

—Sí, más o menos.

—¿Por qué…? —preguntó ella, pero la interrumpió.

—Déjalo, ya te lo explicaré.

Ella asintió y guio hacia una dirección concreta.

—Para allá, hacia las rosas. A lo mejor allí está nuestro hombre.

OLIVIA

Dønato arrancó la pegatina de la grúa y regresó al coche.

Entró y, todo mojado, le preguntó a la inspectora:

—¿Esta es la matrícula del coche de Fosco?

Ella, al verlo, sonrió. Se acercó al detective y le dio un beso en la mejilla. Luego, arrancó el coche y salió a toda velocidad. Entró en la calle sin mirar, provocando que los vehículos que circulaban se detuvieran y le pitaran.

Condujo por la circunvalación hasta al mismo distrito donde estaba la nueva comisaría norte. Detrás, en un parquin extenso, estaba el depósito de coches.

Entraron con la sirena encendida. Aparcaron delante de los morros del responsable. Salió ella con la placa en una mano y en la otra, la pegatina.

—¿Has puesto tú esta etiqueta? —exigió ella.

—Buenas tardes, inspectora —dijo el chico mientras se acercaba.

—¿Has puesto tú esta etiqueta?

El chico del depósito, que estaba debajo de un tejadillo, la cogió y se rascó la cabeza por encima de la gorra.

—Creo que sí.

—¿Dónde está el coche?

—No se lo pueden llevar.

—Solo necesito algo que hay dentro.

—Tampoco puede entrar, no tenemos la llave.

—¿Dónde está el coche? —gritó ante el asombro del chico, y siguió más tranquila—. Solo necesito saber dónde está el coche.

Este, asombrado y con los ojos abiertos de par en par por el grito, indicó con la mano.

—Fila siete. Por la derecha.

La mujer miró al detective y corrieron bajo la lluvia unos cincuenta metros hasta la fila siete. En el depósito había tantos coches que se perdía la vista en el horizonte.

Giraron y lo buscaron por la parte derecha. A mediados de la fila, lo encontraron.

—¿Y ahora cómo lo abrimos? —dijo él.

Ella cogió una piedra que había al lado y rompió un cristal pequeño entre le ventanilla y el marco de la puerta, antes del retrovisor.

La alarma comenzó a sonar.

Abrió el coche y recordó dónde estaba el artilugio que buscaban; efectivamente, seguía allí, enganchado en el parasol interior del conductor.

Lo arrancó y se lo guardó en el bolsillo. Luego, cruzó los asientos traseros, buscó una cinta americana que estaba en el maletero y cerró el agujero de la ventanilla rota desde el interior.

Regresaron al coche de Olivia.

Ya al resguardo, sacó el chisme.

—Ya lo tenemos —dijo mientras se lo daba al detective.

Él lo levantó y lo miró, rotándolo delante de él.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Ahora hacia el distrito sur, cerca de mi despacho está mi amigo informático. Él nos ayudará.

MAX

«La noche no es para todos», pensó Max en el coche, esperando movimientos.

Si la noche fuera la sabana, él estaría en un safari nocturno.

Los animales más peligrosos salen solo de noche. Hay que saber verlos, seguirlos sin que te huelan y cazarlos.

La noche confunde y puede trastornar. Hay que ir con cuidado, mimetizarse sin que te abduzca en sus telarañas. Sin que te enganche en sus hilos.

Vivir de noche en Akeron City no era para todos.

Seguía pegado a su café. El termo que se había llenado en la comisaría aún calentaba sus manos. La noche era cerrada y la lluvia había concedido una tregua. Miraba por la ventanilla la brecha de acceso al lugar de venta del *potter*. A pesar de las veces que el comisario le había indicado que dejara de investigar ese caso, su olfato lo instaba a seguir. Por eso estaba allí, una noche más, en su horario de descanso, por una ciudad más justa y más limpia de criminales.

Había vigilado ese sitio durante semanas. Cada seguimiento a las personas que salían de allí era un callejón sin salida; solo eran consumidores. Él buscaba al proveedor del camello.

Encontrar la cadena de suministro del *potter* no estaba siendo tan fácil como esperaba.

Esa noche parecía otra noche malgastada, tirada a la basura lejos de su familia.

Dio un sorbo al brebaje. Por el peso, solo faltaba otro trago y se habría acabado. A lo mejor era hora de irse, cenar y cerrar otro día infructuoso.

Cuando bebió lo que quedaba de líquido, por la reja salió un individuo sospechoso, inquietante. Era la primera vez que lo veía. No tenía constancia de él.

Quizá era el hombre que buscaba.

Atravesó la reja, levantó la cabeza y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo vigilaba. Entonces se fue en la dirección contraria a donde estaba Max.

El policía salió del coche camuflado y lo siguió. Se levantó el cuello de la gabardina y comenzó a caminar tras él desde el otro lado de la carretera, por la otra acera.

Iba a paso lento, casi arrastrando un pie. Llevaba un anorak oscuro y una mochilita, seguramente, donde transportaba el *potter*, la maldita droga que cada día estaba haciendo más estragos en la ciudad.

El individuo cruzó un campo de básquet y un edificio abandonado. Luego, siguió por una calle oscura y se metió por la periferia hacia un callejón que llevaba a un pequeño y viejo polígono industrial.

Max se preguntaba si estaba perdiendo el tiempo o si en esa ocasión llegaría a algo importante. Cuando entró por la calle abandonada, en medio de la periferia desolada del distrito sur, tuvo miedo. El sentimiento de ley que siempre lo acompañaba como una burbuja protectora, en ese momento, sintió que lo había perdido.

Se sintió solo.

A pesar de todo, ya estaba acostumbrado. En ocasiones, incluso ese mismo sentimiento de soledad lo abordaba en la comisaría.

El animal nocturno al que seguía se metió por el patio de una fábrica abandonada. Una vieja harinera grisácea y dejada a la merced del tiempo. Cisternas de metal oxidadas se erguían al lado de los altos edificios llenos de hierbajos y hiedra. En el ambiente, el diésel quemado se sobreponía al olor húmedo del suelo. Las únicas luces que había a su alrededor eran las farolas.

Pasó por la reja y siguió las huellas recién dejadas. Sintió como el miedo lo apretaba más fuerte en el pecho y le cerraba la garganta.

Era una sensación que intentaba no notar, pero el instinto le estaba advirtiendo.

El hombre echó un vistazo hacia atrás y empujó una puerta que se abrió con dificultad. La dejó entreabierta, un palmo, lo justo para colarse.

Era su día de suerte, pensó Max.

Esperó un rato y se metió él también en la estructura abandonada.

Al entrar, el silencio del edificio le dio la bienvenida.

Se quedó de pie, en un ambiente que podía ser la zona logística de la harinera. Una carretilla elevadora abandonada de color rojo y oxidada se distinguía al fondo. Estanterías vacías y mobiliario amontonado.

¿Por dónde tenía que seguir?

La zona derecha acababa allí; a la izquierda, había una puerta que daba acceso al resto del edificio.

Sintió una fuerza que le decía que se marchara, pero sabía que ya estaba muy cerca.

Se fue acercando a la única puerta. A pasos ligeros a pesar de las botas.

Sacó la pistola, intentó controlar la respiración.

En el suelo había un surco dibujado, la puerta hacía poco que se había abierto. Apretó la maneta y tiró.

Miró al otro lado. Era un espacio igual de grande que el de la zona anterior. Silenciosa. Pasó y dejó la puerta abierta.

Se encontró delante de la zona de empaquetado.

No había nadie, ningún indicio de actividad humana. Otra falsa alarma, otro yonqui que se había dirigido allí para consumir.

Guardó silencio, observando, hasta que al otro lado vio una fina y efímera luz.

Arrugó el ceño y se fue acercando apuntando con la pistola.

Cruzó el espacio hasta encontrar una puerta que llevaba a un nivel inferior. De la ventana salía una luz y un ruido, un chismorreo cada vez más perceptible.

Miró y, entre el cristal incrustado de polvo, vio cómo unas personas trabajaban; la vieja producción de la harinera no estaba tan abandonada.

Respiró y valoró si irse y volver con refuerzos o entrar.

Era mejor confirmar si era lo que pensaba.

Abrió la puerta, sigilosamente.

Se agachó para que no lo vieran. La pasarela de metal que pasaba al lado del espacio donde esa gente trabajaba estaba lo bastante protegida para que no lo detectaran.

Entre las fisuras de la maquinaria, vio cómo en unas mesas enormes trabajaban personas con mascarillas y gafas de laboratorio, vestidos con batas y realizando tareas de química. Cubos y tinajas. Fuegos y moldes.

Era la fábrica del *potter*, no tenía duda. La había encontrado, lo que dijo el comisario, el escondrijo de los Corvino.

¿Qué se suponía que tenía que hacer?

¿Detenerlo todo?

¿Irse?

No tenía a nadie que lo ayudase, ni nadie sabía dónde estaba.

Se acercó un poco más y vio cómo una persona con una prensa manual creaba las monedas de Caronte. Una tras otra. Bajaba la palanca y sacaba una moneda. A doscientos cada una, allí había una fortuna, una vez puestas en las calles de Akeron.

Decidió irse, necesitaba refuerzos.

Se dio la vuelta, pero ya fue demasiado tarde, un hombre trajeado se puso delante de él con los brazos cruzados. Detrás, el hombre al que había seguido lo estaba apuntando.

—No tan rápido, inspector —dijo el hombre trajeado.

FOSCO

En un primer momento, no entendió la presencia de Teddy.

Pero sí en un segundo.

El comité de búsqueda llegó a la zona de las rosas. Así lo llamaba Rupert. La carreterita artificial, construida encima de una base de hierro macizo que cubría la nave, llevaba hasta un lugar donde las rosas eran las únicas plantas. Rojas, amarillas, blancas.

Al lado, una misma sección de margaritas con varios tipos, formatos y colores. La vista seguía con geranios y palmeras. Un jardín del edén flotante y cuidado por una brigada de jardineros exmilitares.

Mientras la Consejera se acercaba al chico, y Teddy la seguía a la misma distancia que puede seguir un guardaespaldas, Fosco levantó la mirada. Esa visión era algo increíble. Un barco ajardinado y convertido en ciudad en algún punto del mar.

«Si lo hubiese visto el mismísimo capitán Nemo, le habría encantado», pensó el forense. También pensó que hubiera echado en falta expediciones submarinas, pero ante la posibilidad de tener flores y otras comodidades que las profundidades no daban, seguramente, se habría conformado.

Cuando la Consejera llegó hasta el chico, la mente de Fosco regresó al momento.

Una presión en el pecho regresó. La imagen del cadáver de Marc, el «picadillo», se colocó delante de él.

Ese chico, agachado, cuidando las rosas, ¿era el salvaje de las ciento cinco puñaladas?

Entendió la jugada de la Consejera; Teddy era un seguro de vida. A pesar de lo que representaba ella allí dentro, no se fiaba de un ser tan violento, siempre y cuando la investigación confirmara que era él el asesino.

—¿Otis? —preguntó la mujer, dejando un metro de distancia.

El joven detuvo las tijeras de podar y se giró, lo hizo con un movimiento lento. El gorro de lana que cubría su cabeza le daba más un aire de pescador de altura que de marine, menos aún de jardinero.

—¿Sí? —preguntó con una voz normal.

Cuando la vio, se levantó. El chico parecía un clon de su jefe. Podía rozar los dos metros y tenía los hombros de un nadador o un entrenador de *crossfit*. Fosco recordó la descripción de la

ninfómana: «Un tío muy alto. Atlético, cabeza redonda con las orejas de soplillo. Ojos pequeños, juntos, y gafas de ver»; sin embargo, ese día no llevaba gafas.

—¿Puedes soltar las tijeras? —preguntó ella.

—Estoy trabajando.

—¿Sabes quién soy?

—Claro, Consejera.

—Pues déjalas, por favor.

El chico lo hizo. Las cerró con un seguro y las dejó en un pequeño carro con un cubo de basura orgánica con hojas y ramitas de plantas, y un pequeño cajetín detrás, donde guardaba los utensilios.

—Por favor, quítate el gorro —pidió.

El chico lo hizo y dejó al desnudo su cabeza redonda como una pequeña sandía. Un hombre tan grande y una cabeza desproporcionadamente pequeña.

—Gracias —dijo ella—. Por favor, ¿puedes decirnos dónde estabas anteayer por la tarde? —interrogó ella, incluyendo también al forense.

El chico miró hacia el cielo y se rascó la barbilla.

—Pues anteayer, vamos a ver. Tuve que trabajar aquí. ¡Claro!

—Bien, ¿qué más hiciste? —preguntó ella.

—Empieza desde el principio, desde que te despertaste. Por favor —intervino Fosco.

—¿Quién es? —preguntó el chico.

La mujer fue a presentarlo, pero el forense se adelantó.

—Fosco, el forense —afirmó, y alargó la mano para estrechársela.

El chico se rio.

—Parece un trabalenguas —dijo, y le acercó la mano.

Fosco se había preparado para apretarle la mano con toda su fuerza a pesar de haber tenido pocos minutos antes un encuentro cercano a la estrangulación más completa y absoluta con Rupert.

Fosco vio cómo el chico, siendo zurdo, le acercó la mano izquierda para saludarlo.

A pesar de haberse preparado mentalmente, se vio desplazado con el cambio de mano. La fuerza del chico con ella no fue contrarrestada por la izquierda del forense.

El chico le crujió varias articulaciones.

—¡Quieto! —gritó ella mientras el jardinero disfrutaba al ver el dolor en el rostro del médico —. ¡Para!

Lo soltó y el forense se apartó un paso con la mano magullada.

La Consejera, ante el visible dolor de Fosco, se interpuso entre los dos.

—¿Te has vuelto loco? —espetó ella.

El chico, con una sonrisa cínica, bajó la vista.

—Lo siento —contestó sin sentirlo y sin dejar de reír.

—¿Estás bien, Fosco?

El hombre, que se mordía los labios del dolor, asintió.

—Ese apretón era innecesario, Otis. Sigue contando qué hiciste anteayer.

El chico dejó de reír y comenzó a pensar. Aunque no necesitaba mucho tiempo, ya que, en un cráneo tan reducido, no podía caber mucha información, pensó Fosco.

—Desayuné en el comedor a la hora de los jardineros. Trabajé en la hiedra del lado norte. Comimos juntos y por la tarde tuve que podar otras plantas.

—¿Y después?

—Después del trabajo, fui al bar del puente a tomarme una cerveza con Jenny —dijo, y levantó la barbilla, desafiante.

—Estuviste con Jenny —confirmó ella.

—Sí, no es pecado tomar una birra con una chavala.

—No, pero da la casualidad que anteayer su marido murió.

—Lo sé.

—¿Y?

El chico se encogió de hombros, no le afectaba mucho la idea.

—¿De qué la conoces?

—¿A Jenny?

—Sí.

—Pues somos del mismo pueblo. Nos conocemos de cuando éramos pequeños.

—¿Y de qué hablasteis?

—De cosas nuestras.

Ella levantó las cejas mientras Fosco escuchaba lo que decía el chico e iba recuperando la movilidad de la mano.

—Lo he dicho, son cosas nuestras.

—Ahora ya no, tienes que compartirlas. Lo siento.

—Cosas nuestras, ya sabe, viejos recuerdos, hablar de la vida…

—¿Y de la muerte también? —preguntó Fosco.

—No he matado a nadie —respondió el chico.

—Eso lo veremos —susurró el forense.

—¿Alguien puede confirmar dónde estabas? Tu compañero de camarote, por la hora que saliste, o gente que te haya visto en el bar. No sé, alguien.

—Yo puedo confirmarlo —dijo por detrás el jefe del chico.

—Rupert, no se meta.

—No se meta usted, Consejera, con mis chicos —dijo, y fue directo a Fosco; le dio con la palma de la mano sobre el pecho, sin fuerza—. Así que fotógrafo…, menudo embustero. Está arreglada esta organización en manos de gente embustera como ustedes. Estamos arreglados.

—Le he dicho que no se meta en asuntos importantes.

El jefe se colocó al lado de Otis, su chico. Los dos eran como un calco, por dimensiones, gimnasio y cantidad de batidos de proteínas.

—Este joven es un buen chico, yo respondo por él —afirmó el jefe.

—No me lo puedo creer, en serio quiere defender a este chico si no sabe nada de lo que hizo —vaticinó la mujer.

—Lo he visto en el desayuno, en el bar, tomándose una birra con los otros chicos, y luego con la mujer esa. Después, se vino con nosotros. Nada. Este chico está limpio como mis calzoncillos.

Fosco se quedó asombrado por la defensa estoica del jefe. No quería pedirle que le enseñara sus calzoncillos, creyó que estaban limpios. Sin embargo, lo sintió como una protección de un padre a su hijo. La típica situación de un niño rico y consentido, donde el padre le lame el flequillo para que parezca más bueno.

La mirada de la Consejera y Rupert, el responsable de los jardines y el mobiliario «urbano» fue un choque de trenes. Pasados unos instantes, se giró y miró al forense.

Los dos se entendieron, no había mucho más que rascar. Si era el culpable de la muerte de Marc, lo pillarían por otro lado. Mientras pasaban los segundos de silencio, desplazados y sin saber bien por dónde tirar, pasó por la cabeza de Fosco una opción: quizá él no era la persona que buscaban.

Se dio la vuelta y fue hacia Teddy.

—Está bien, gracias, por ahora —dijo ella, educada pero con un tono de voz que manifestaba que habría preferido comerse un sapo antes que decir esas palabras.

Fue hacia el médico mientras el jefe del chaval se lo llevaba hacia las rosas.

Fosco tuvo un momento de desaprensión.

Vio en una secuencia de fotogramas la autopsia, la figura negra que lo persiguió y cómo había protegido el fajo de huellas por unas décimas de segundo.

Se había salvado por nada. Bueno, no, si lo pensaba bien, no fue por nada, fue por un acto reflejo. Por un instinto de supervivencia que hizo que el otro se soltara de la puerta y pudiera cerrarla, quedando en el anonimato su agresor.

—Espera un momento —dijo Fosco a la Consejera.

Se giró y regresó hacia el chico ante la mirada enigmática de ella.

—Ahora sigue con las rosas y luego…

Cuando Rupert lo vio, se calló y los dos lo miraron.

—No quería ser grosero, Otis, quería pedirte disculpas por las preguntas incómodas de antes —dijo con un tono sentido—. Disculpa —repitió, y alargó la mano, esa vez la derecha.

El chico volvió a darle la izquierda.

—Mejor la otra, así estaremos a la par.

Otis miró a su jefe y este le hizo un gesto con la cabeza de mala gana.

El chico, que aún llevaba los guantes para podar rosas, le acercó la mano.

El forense tragó saliva y fue a estrecharla; con esa mano sí tenía más fuerza.

En cuanto la mano del forense rozó la del chico, apretó con toda su fuerza, con venganza, con picardía.

La apretada del forense se alargó, como la expresión de dolor del chico. Siguió apretando ante la imposibilidad de apartarse del jardinero. Apretó tanto que el exmarine de dos metros se arrodilló al mismo momento de lanzar un grito.

—¡Basta! —gritó ahora Rupert—. ¿Qué haces, Otis? —preguntó con vergüenza.

Fosco rio en el mismo momento de soltarle la mano.

No era una sonrisa de venganza, era satisfacción.

OLIVIA

Ya tenía el dispositivo de geolocalización.

Aparcaron el coche de la inspectora en una calle del barrio de más criminalidad del distrito sur.

—¿Estás seguro? —preguntó antes de bajar.

—¡Segurísimo! —respondió con convicción.

Esa misma convicción fue la única seguridad en ese caos. Salieron del coche y cuando se dio cuenta de dónde lo había aparcado, tuvo serias dudas de volver a encontrarlo en ese lugar y en las mismas condiciones.

Dønato bajó una escalera de emergencia externa, de las que construían antes en los edificios. Trepó por ella y le indicó a Olivia que lo siguiera.

Ella suspiró y lo hizo.

Cuando llegaron a la parte más alta del edificio, tocó a la ventana un par de veces con los nudillos. A los segundos, la persiana de lamas se subió. Apareció un chico desaliñado y con el pelo rizado que parecía un arbusto.

Después de asombrarse y ajustarse las gafas, abrió la ventana.

—¿Qué haces aquí?

—Nada, pasábamos por aquí yo y mi amiga y no sabíamos qué hacer —ironizó, y esperó un segundo—. ¿No tendrás una cerveza fresca?

El chico rio.

—Eres un guasón, Dønato —dijo, y se quedó callado.

—Bueno, ¿nos dejas entrar, Pippo?

—Uy, sí, claro —respondió, y los invitó a entrar—. ¿Por qué no has entrado por la puerta principal?

—Bueno, tengo unos amiguetes en el bar de abajo a los que les debo unas monedillas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada, cosas de juego. Es que la gente no sabe perder.

El chico volvió a reír y se detuvo en seco cuando vio entrar a la mujer. El cuerpo escultural de Olivia hizo mella en el chico, quedándose callado y mirándole el trasero.

Dønato dio una palmada delante de la cara de Pippo.

—Despierta, amigo.

—Sí, ya, bueno. ¡Hola! —dijo mientras se limpiaba la mano en el tejano y se la daba a Olivia —. Un placer.

Ella sonrió y se la apretó.

—Te presento a la inspectora Wolf —dijo, y luego indicó al chaval—. Olivia, este es Pippo, el mejor *hacker* de la ciudad.

El chico abrió de nuevo los ojos de par en par.

—¿Inspectora… de policía?

—No, de las basuras. ¿Estás haciendo la separación correcta de tus residuos?

—Creo que sí —dijo con un tono de embobado.

Dønato le dio una palmada en la espalda.

—Que no, que es una inspectora de policía.

—Ostras, Dønato, ¿has traído a mi casa a la pasma? —preguntó con una voz de atontado.

—Siéntate —ordenó, y lo empujó para que el chaval se sentara en su sillón de *gamer*—. Mira esto —dijo mientras indicaba el EchoGPS y las cajas del teléfono de Fosco y del mismo dispositivo—. Tengo una idea.

—Uy, con tu última idea, me procuré una investigación de los servicios secretos de Akeron City.

—No, no, tranquilo, esta es mejor. ¡Qué digo! ¡Mucho mejor!

Pippo se ajustó las gafas mientras esperaba la gran idea del día.

—Tenemos un móvil que recibe las coordenadas del chisme este de rastreo, por GPS o por wifi o lo que diablos sea. Entonces, si tenemos el chisme receptor, ¿podemos saber si, haciendo el sistema inverso, podemos localizar el móvil?

El chico pensó un segundo.

—¿Quieres localizar el móvil con este chisme, haciendo un intercambio alterno de las ondas gravitatorias que salen del GPS con un desvío omniastral?

Dønato se lo pensó.

—Creo que sí. En fin, ¿con este chisme puedes decirme dónde demonios está el móvil?

La cara del informático primero se arrugó como si estuviera pensando con todas sus fuerzas, luego se metió un dedo por la nariz por el orificio derecho, buscó si había algo y no encontró nada. Hizo la misma operación en el orificio izquierdo y ahí encontró algo. Lo sacó, lo miró y se lo comió.

—Oye, ¿y la cerveza?

—Sírvete tú mismo, Dønato —dijo, indicando el minifrigo mientras él se daba la vuelta y tecleaba delante de las seis pantallas que tenía colgadas en la pared—. Vamos a ver… —murmuró, concentrado en un programa de números y letras verdes en un fondo negro.

Dønato cogió una cerveza y la abrió. Se la ofreció a Olivia, pero ella no la quiso. Dønato se la fue bebiendo mirando lo que hacía el chaval. Sin embargo, duró poco delante de los monitores, ya que no entendía nada.

—¿Te importa si te cojo unas cuantas? —dijo el detective, refiriéndose a una bolsa de patatas fritas.

El chico ya no contestó, sumergido en el reto que le había llegado a casa.

Él la cogió y le indicó a Olivia que se sentara con él en un sofá para compartirlas.

Mientras hablaban, se las acabaron sin darse cuenta. Siguieron con un par más de bolsas y unas cervezas. El *hacker* era un adicto a esa comida, no tenía nada más en su piso.

Las horas seguían y los dos se durmieron. Ella, en el hombro de él y él, en el apoyabrazos del sofá.

Los dos alargaron las horas de sueño hasta que Dønato, cansado de tener el peso de la mujer encima, se movió.

—Buenos días, tortolitos —dijo el *hacker* mientras se comía un dónut.

Dønato se estiró y Olivia, al ver que estaba estirada sobre el detective, se levantó rápidamente.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Es casi medio día.

—¿Cómo? ¿Hemos dormido tanto?

—Sí, dormilones.

Dønato, que no le importaba haberse dormido tanto, miró los ordenadores y estaban apagados.

—¿No lo has conseguido? —preguntó con un tono decepcionado.

El chico arrugó el ceño.

—Claro que lo he conseguido. Ya sabemos dónde demonios está el móvil ahora, pero nunca lo imaginaríais.

MAX

Max se levantó.

El revólver que le apuntaba estaba cargado y la cara del individuo que la sujetaba demostraba unas ganas terribles de disparar.

Era la primera vez en su carrera que cometía una estupidez de ese calibre y se metía en una situación así.

Lo mirase como lo mirase, no había escapatoria, estaba en una encrucijada; su vida, en las manos de esa gente.

—Siéntese —dijo el hombre trajeado.

Max desistió.

—Por favor, siéntese —insistió, y Max siguió sin obedecer.

El hombre que llevaba la pistola le dio una patada detrás de las rodillas provocando que se sentara.

—Inspector Wolf, ha sido mucho más ingenuo de lo que pensaba. Nos ha encontrado porque yo lo he querido, no se equivoque —dijo el hombre mientras sacaba un puro de un cajón.

Ese espacio no era como el resto de la fábrica abandonada. Estaba en un despacho que podía haber sido del responsable de la producción de la harinera, pero rehabilitado. Tenía parquet y muebles caros. Cuadros de reproducciones de obras de arte y plantas en las esquinas. Un teléfono fijo en la mesa, papeles y periódicos.

—¿Quién es usted?

—Llámeme, simplemente, el Grieco.

El inspector arrugó el ceño.

—¿Como el pintor?

—No, como el pintor no. Como la familia de los Grieco —afirmó, seco.

—Así que detrás de esta mierda ahora está su familia.

El hombre arqueó la boca y encogió los hombros.

—Yo no la llamaría mierda, inspector Wolf. Es una obra de arte. Llevamos mucho tiempo detrás de esto y la considero así. Le exijo que la llame arte y de ninguna otra manera.

—A mí solo me pueden exigir algo mi jefe o mi mujer.

—No me gusta que la gente me mienta.

—¿Cómo?

—Su mujer no sabe que está aquí. Y su jefe le dijo que no investigara más sobre este asunto. Está mintiendo y a las personas que me mienten o no me obedecen solo les pasa una cosa —dijo mientras se encendía el puro; cuando lo tuvo encendido, levantó la mirada y se dirigió al hombre armado—. Freddy, ¿qué les hacemos a los que no obedecen?

El hombre sonrió. Le faltaban varios dientes. Le acercó la pistola hasta apoyársela en las sienes y gritó.

—¡Bum!

Max cerró los ojos un segundo. Apretó las mandíbulas y se quedó mirando al Grieco con una mezcla entre rabia y miedo.

—Eso es lo que hacemos a los que no obedecen, pero de una forma más sutil.

—Tiene comprado a medio departamento de policía para que cierren los ojos con este negocio sucio.

El hombre se encogió de hombros.

—Los negocios son los negocios. Y usted acaba de entrar a formar parte de esto.

Max sonrió.

—Le hace gracia.

—No está en mis planes ni en mis valores matar a gente inocente.

—¿Inocente? Se equivoca, nosotros proporcionamos a gente aburrida y sosa una vida más… ¿Cómo diríamos, Freddy?

—¿Alegre?

—Por ejemplo. Aunque yo hubiera usado el término «movida».

—¿Movida? —espetó el policía—. Hace unas semanas, un padre de familia, un abogado distinguido de la ciudad, mató a varios empleados y a su mujer embarazada. ¿Cree que no tenían una vida movida? Son asesinos. Está claro.

—A ese hombre se le fue de las manos, inspector. Mis monedas solo son potenciadores de la personalidad. Lo que eres, lo aumenta. Si alguien es un pervertido, solo aumenta su personalidad. Al final, inspector, la gente tiene una vida aburrida que transcurre en un trabajo aburrido, en una ciudad aburrida, y necesita evadirse a un precio económico.

—Doscientos por cada pastilla, ¿le parece barato?

—Bien, me encanta hablar de política de precios con mis nuevos empleados.

Max estiró el cuello hacia atrás.

—¿Cómo dice?

—Desde que entró por esa puerta, es parte de esta organización y tendrá que trabajar para nosotros ahora. Los que entran no salen.

Max rio de forma cínica.

—Jamás.

El Grieco dio un par de caladas al puro y lo miró con intensidad. Luego apoyó los dos brazos en la mesa.

—Inspector Wolf. ¡Max! Verás, el comisario ya me informó de que eras un hueso duro y esto ya me lo imaginaba. Estuvimos el otro día comiendo en un restaurante divino, si quieres, un día podemos ir —dijo mientras Max le observaba la barriga, que, con dificultad, se mantenía cubierta por un chaleco con los botones a punto de explotar—. Me comentó que eras un hueso duro de roer, pero yo le contesté que todos en esta ciudad tienen un precio. ¿Cuál es el tuyo, Max?

El inspector suspiró.

—¿Sabe cuál es el problema de esta ciudad?

—Caramba, inspector, no sabía que solo tenía uno.

—Que hay gente como usted que piensa que puede comprarlo todo. Mientras haya criminales que compren a golpe de talonario a la gente, esta ciudad no será libre.

—Esta ciudad nunca será libre. Es nuestra. Cada día más y, cuando yo sea político, entonces, la gente entenderá cuánto es necesario que el poder esté controlado por hombres fuertes.

—Akeron no está en venta, ni sus ciudadanos se rendirán a sus trucos.

—No estoy tan convencido. ¿Te gustaría ver mi plan?

—No, porque va a fracasar y no seré parte de él.

—¡Max! No tienes salida. Solo puedes ayudarnos con esto o te darás con un muro más grande que tú.

—Prefiero ser parte de la solución que del problema.

—A tu hija Olivia le va a dar igual de qué bando estés, solo recordará que no tuvo padre. Igual que tu mujer. Depende de cómo mueras, el departamento de policía no le concederá la viudedad y se irán a dormir bajo un puente. ¿Te imaginas a tu familia viviendo al lado de drogadictos y violadores bajo el puente Reinolds?

Max hizo amago de levantarse, pero el tío que sujetaba la pistola lo empujó otra vez.

—Jamás le ayudaré con esto y tampoco permitiré que le haga nada a mi familia.

El criminal se lo quedó observando en silencio. Sus miradas fueron un choque de trenes de ideologías, de valores. El policía no era como los habituales, sino alguien con principios. Era

algo nuevo para él. Y como tal, pensaba que podía conseguirlo, nada se le oponía.

—Max, por última vez. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por tu familia. Estás a tiempo. Todos los que entran por esa puerta trabajan para mí. ¿Te das cuenta? —dijo con tono comprensivo, como si fuera un viejo amigo al que le daba su mejor consejo—. Hazlo por tu familia —dijo, sacando una chequera, la abrió y arrancó un talón.

Quitó una pequeña extremidad, un triángulo de papel que se había quedado enganchado. Entonces se lo acercó, dejándolo encima de una de sus montañas de periódicos.

—Max, pon tú la cantidad. Es mi última y mejor oferta.

El sicario que seguía detrás del policía, al ver eso, parpadeó cada vez más rápido.

Max lo cogió, el talón verde era del Banco Daffert y como titular de la cuenta: John Grieco.

No se había equivocado. Los Grieco eran una mafia en auge. Un informador le había contado que había unos criminales que se harían con la ciudad. Él no se lo había creído, no quería creer nada de lo que le decían, solo en la ley y en la justicia.

Pero el tren de la criminalidad lo había arrollado y puesto ante la realidad de esa corrupta ciudad.

En la línea de la cantidad no ponía nada, era un cheque en blanco. Podía poner una cantidad que le diera una cierta tranquilidad económica. Olivia podría hacer la carrera que quisiera. Podría llevar a su mujer a comer *fettuccini* Alfredo todas las noches. Incluso darle una parte de dinero para Emma, para que se fuera de esa casa y rehiciera su vida. Deseos que de repente estaban a su alcance, pero a un coste demasiado alto.

Max suspiró y cerró los ojos por un momento que le pareció eterno. Vio todos los momentos más importantes de su vida: el día de su boda, el día de su graduación y el día que nació Olivia.

Abrió los ojos.

—¿Qué me dices? —preguntó el mafioso.

—¡No! —afirmó mientras rompía el cheque—. Nuestras decisiones marcan nuestro recuerdo. Esta ciudad necesita menos hombres como tú —afirmó, y tiró el cheque al aire como si fuera confeti.

El mafioso afinó la vista y asintió. Luego, miró al hombre que sujetaba la pistola y le hizo una señal. Este golpeó la cabeza del policía con la empuñadura de la pistola.

A Max se le cerraron los ojos y cayó al suelo tendido. El violento golpe lo dejó fuera de juego.

—Al inspector Max Wolf lo mataron sus valores. No fuimos nosotros, ¿verdad, Freddy? —dijo mientras miraba al esbirro—. En fin, ya sabes qué hacer.

Freddy rio con satisfacción y cargó el cuerpo del policía para cumplir con la orden del mafioso. La historia del inspector Max Wolf concluía en esa harinera abandonada.

Al día siguiente, titulares en los informativos y una esquela en la contraportada del periódico de Akeron indicaban el día y la hora de la misa.

Max, oficialmente, se había suicidado esa noche a causa de una sobredosis de *potter*.

Un funeral discreto y una corona de flores del departamento fue lo único que recibió la familia. El resto es historia.

FOSCO

Fosco lo había encontrado.

Al mismo individuo que lo había seguido por el pasillo y querido agredir.

Cuando le tiró en los dedos de la mano derecha el *walkie-talkie* para quitárselo de encima, había creado una herida, una lesión que estaba buscando en alguien misterioso.

Allí delante lo tenía.

—¿Qué te pasa, Otis? —preguntó su jefe con el mismo tono que lo haría un padre.

—Ya está, chaval, no hay que mentir más —dijo Fosco—. Quítate el guante.

El chico obedeció y la mano estaba como se imaginaba el forense: con unos hematomas en los dedos que coincidían con el golpe del aparato.

—¿Qué te has hecho en la mano?

El chico no contestó.

Tras repetirle Rupert la pregunta por segunda vez y no obtener respuesta, Fosco le explicó qué había pasado. La sinceridad del asombro del jefe delató que lo había engañado a él también.

No tenía escapatoria, las pruebas lo habían puesto contra las cuerdas.

—Yo, que he confiado en ti y me he puesto en contra de la Consejera. No me lo puedo creer. De ti… de ti no me lo esperaba, Otis.

El chico no dijo nada más, solo miraba al suelo, recibiendo las palabras como si fueran duros golpes.

El jefe pidió perdón a la Consejera, mientras que Teddy lo levantaba, le quitaba el otro guante y le ataba las muñecas a la espalda con bridas.

—Vamos a su camarote —dijo Fosco a la Consejera, y ella asintió.

Los pocos minutos recorriendo la zona ajardinada hasta el camarote de Otis fueron un auténtico calvario para el chico.

Cuando entraron, Fosco se dio cuenta de que esa estancia diferenciaba mucho de las otras que había visto en el barco.

Olía a cerrado y a sudor. Camisetas de trabajo tiradas en el suelo. Revistas de mujeres con pechos descubiertos en cualquier superficie. Las sábanas eran un montículo apestoso en un lado de la cama.

Lo primero que hizo fue abrir la ventana.

Detrás de Teddy y el chico, estaban la Consejera y Rupert, aún con la mirada perdida de alguien que no se puede creer lo que ve.

—¿Dónde está el arma del delito?

El chico no contestó.

—Los cuchillos, ¿dónde están?

Otis giró la cara a Fosco para no mirarlo.

—Teddy, tenemos que buscar cualquier prueba u objeto que pueda incriminarlo —dijo Fosco mientras le daba al gorila un par de guantes azules de látex para no contaminar con las propias huellas lo que encontrasen.

Y, no menos importante, no coger el tétanos en medio de tanta porquería.

Comenzaron a removerlo todo. Desmontaron la cama de Otis y la litera superior del compañero, inspeccionaron los montones de ropa y medio lavabo; Fosco miró con particular atención el desagüe de la ducha. Hubiera pagado lo que fuera por saber si había restos de sangre.

En un lugar como ese, no era muy difícil esconder un asesinato con la tecnología de principio del siglo pasado.

Podía haber tirado por la ventana la ropa sucia de sangre y haberse deshecho rápidamente de ella al arrojarla al mar.

Pasaron los minutos y no había traza de nada, ningún indicio, ni una pista. Necesitaba más tiempo o más recursos.

Fosco se sentó en la cama inferior descompuesta de la litera.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, solo necesito un segundo —confirmó Fosco delante de todos, que lo miraban expectantes.

Notó una presión en los hombros. Él la llamaba el síndrome del impostor. Había estudiado para forense, no para investigador. Si hubiera estado allí Olivia, lo habría desvelado en un segundo, sin cometer errores de novato. Sin dejar valiosas pistas durante la investigación. Olivia habría cerrado la investigación en un abrir y cerrar de ojos.

Pero cuanto más lo pensaba, más estaba perdiendo el tiempo; Olivia no estaba.

Respiró hondo para calmar la mente.

En el silencio mental, rebobinó la búsqueda, la investigación. Sabía que estaba en la senda correcta, pero no entendía qué era lo que se dejaba.

¿Qué diablos era ese elemento que le estaba gritando que lo viera, pero no sabía reconocer?

Recordó la autopsia. Las puñaladas. El móvil tenía que ser muy fuerte para proyectar tanta rabia en una persona.

Las deudas, el sexo, la venganza, la ira.

Se imaginó a ese chaval con un cuchillo en la mano. Zurdo. Clavándolo repetidamente. El perfil encajaba con esa fuerza y esa preparación. Ciento cinco cuchilladas.

Pero, con tantas puñaladas, una persona, por muy fuerte que sea, antes o después puede topar con un hueso. El cuchillo se escapa, se resbala de las manos. La sangre, cuando está líquida, es viscosa, se mete entre los dedos y la empuñadura. Se desliza y la mano corre por la empuñadura hasta la hoja y cortarte.

Fosco miró al chico. Tenía una expresión de risa contenida. Tal vez pensara que aún se libraría de que lo inculparan.

Fosco se levantó y ordenó a Teddy que le soltara las manos. El chico primero creyó que lo dejaba marchar. Luego, el forense le cogió las manos. Eran fuertes, con callos, casi como las de un trabajador de la construcción.

La derecha estaba magullada y con livideces. Pero la sorpresa estaba en la izquierda, un corte reciente, no muy hondo, en la parte lateral de la mano.

—¿Dónde te has hecho este corte, Otis? —preguntó el forense.

—No sé, trabajando con herramientas. Ya sabe.

El jefe se acercó.

—No me has dicho nada de ese corte. ¿Cómo te lo has hecho?

El chico lo pensó un segundo.

—Fue con una sierra.

—¿Sierra? Ayer no usaste ninguna sierra. ¿Qué dices? —dijo Rupert, y lo cogió del pescuezo —. Les podrás engañar a ellos, chaval, pero a mí no. Yo, que te he defendido y acogido como a un hijo, ¿ahora me haces esto? ¿En serio? No eres ni un marine ni un hombre de honor —espetó, y lo soltó al concluir.

Pero otra idea se le había encendido a Fosco. Veronika había dado un detalle que no coincidía con la realidad. Lo había descrito como alto con la cabeza redonda, ojos pequeños con gafas. En ese momento no las llevaba. ¿Dónde estaban?

—Rupert, ¿normalmente lleva gafas Otis?

—No, solo cuando no trabaja. Cuando está trabajando, lleva lentillas.

—¿Y dónde están las gafas, Otis?

El chico se lo calló.

—Aquí hay unas —indicó Teddy, cogiendo un estuche de la mesa donde reposaba una gran televisión, y se lo acercó.

Fosco lo abrió y se las enseñó al chico.

—¿Son tuyas?

—Sí, son suyas —contestó Rupert.

Fosco las cogió y dejó en la cama el estuche. Abrió las varillas como si se las fuera a poner y las observó. Si esas gafas las había usado para matar, estarían ensangrentadas. Pero la verdad era mucho más dura: habían sido limpiadas a conciencia. Cuanto más las miraba y las inspeccionaba, más se daba cuenta de que estaban impolutas.

Sin embargo, la sonrisa sarcástica, cínica, incluso ególatra de Otis, le decía que estaba en la senda correcta.

Nada, las gafas no eran una pista, a lo mejor llevaba lentillas ese día. Cuando las cerró y fue a meterlas en el estuche, se dio cuenta de algo. En la bisagra de una de las varillas había una manchita pequeñísima que se había colado por la fisura y que el chico, con la prisa, no había limpiado. Seguramente, era una gota de sangre. No lo sabía con exactitud, no tenía instrumentos para sacar el ADN y contrastarlo con la víctima.

Fosco sonrió y probó a echarse un farol.

—Bingo. Así que llevabas estas gafas, chaval, cuando lo mataste —dedujo—. Desde luego que la sangre es resbaladiza y se mete por todos sitios, incluso en los que menos te esperas —dijo, enseñando primero a él la gota de sangre y luego a Rupert y a la Consejera.

El rostro de Otis cambió drásticamente.

—¿Sabes qué es esto, chaval? —preguntó Fosco hasta que él negó con la cabeza—. No es sangre, es la venganza del destino. El asesinato perfecto no existe. Y esta es la prueba.

Rupert, que no se lo creía, le dio una fuerte colleja que le movió la cabeza hacia adelante.

—Confiesa —ordenó—. ¡Confiesa! —repitió gritando.

Acto seguido, lo cogió del cuello y se lo volvió a decir.

—Estamos enamorados —susurró Otis.

OLIVIA

Pippo, el *hacker*, había encontrado las coordenadas.

Un punto en medio de alta mar. Un lugar recóndito y lejano en medio del océano.

¿Qué había allí?

Las fotos aéreas no daban pistas. Una base militar o petrolera no podía ser, sino un punto en movimiento, a lo mejor un barco o un avión, o vete saber, un submarino.

Todas las opciones que Pippo había pensado mientras los dos dormían.

—No sé qué hay allí, pero el móvil está ahí. Quieto, bueno, de momento.

—¿Y cómo llegamos hasta allí ahora? —preguntó Dønato.

—No tengo ni idea. Si vais por aire y es un barco, no podréis cogerlo. Si es un submarino, como no tengáis otro, no sé, es un poco complicado, ¿no?

—Da igual, tenemos que ir, sea lo que sea, tenemos que llegar.

—¿Y cómo? En medio del mar.

Olivia pensó un momento y bufó.

—De perdidos al río, nunca mejor dicho —dijo mientras se levantaba.

Dieron las gracias al *hacker* y bajaron por la escalera. Entraron en el coche, que seguía en el mismo sitio y en las mismas condiciones, y se fueron hacia el centro.

A pesar de que ya no llovía, encontraron tráfico, como casi siempre. Llegaron al río Caronte. Mientras estaba en la academia, Olivia se hizo amiga de una chica que quería ser inspectora para la división de la policía fluvial.

El río era imponente cerca del delta. De una orilla a la otra, había la distancia de un campo de fútbol por lo menos. Las viejas fábricas de la revolución industrial se alzaban sobre muros de ladrillos. Ahora, ocupadas por casas de ricos y residencias de ancianos pudientes.

Llegaron a la oficina fluvial, situada en una plataforma a la que se accedía tras bajar unas escaleras. Olivia tocó la puerta de la garita y miró a través del cristal. Dentro había varias personas. Abrió y vio a su amiga. La suerte estaba de su lado.

Ella, al verla, se levantó y fue a saludarla. Se apartaron de la entrada y Olivia le pidió un favor. Un favor que podía costar muy caro a las dos, pero debía arriesgarse.

Ella no quiso en un primer momento, pero Olivia no era una mujer que abandonara a la primera. Así que, al insistir, la amiga le confirmó que tenían una lancha vieja, de reserva, que a

lo mejor le podía venir bien. El único problema era que tenía un depósito muy pequeño.

Si se equivocaban de dirección, si se perdían o si había demasiado oleaje, se quedarían en medio del mar, sin carburante.

Olivia confió en el destino y en la dirección que había conseguido Pippo.

Aceptó el reto y, después de meterse en trajes de neopreno para protegerse de las rígidas temperaturas del viaje, bajaron la lancha. Arrancaron y cruzaron el delta del Caronte; en cuanto llegaron al mar, los oleajes comenzaron. Se arrepintió de haber salido, pero ya no había marcha atrás. Dønato conducía y lo hacía francamente bien.

Siguieron las coordenadas náuticas con un GPS de la embarcación.

Los móviles hacía horas que habían dejado de tener cobertura, como el de Fosco. A lo mejor, iban bien.

El sol bajó y la noche apareció.

Siguieron rectos hacia el punto mientras Dønato, al timón, cantaba para desdramatizar el momento.

Desde la Lombroso, aquella aventura era lo más suicida que había hecho Olivia.

En un determinado momento, un presagio, una intuición, una alucinación provocada por las ganas de encontrar lo que fuera comenzó a materializar una luz.

Al fondo, y se acercaba.

La luz se convirtió en varias. Una estructura larga, iluminada, reveló un barco mercante que estaba anclado en medio del mar.

Pippo había tenido razón, había encontrado el refugio de los Corvino, había encontrado a Fosco.

Apagaron sus luces y pusieron los motores al mínimo. Se acercaron y, con el mayor silencio posible, buscaron algo que pudieran usar para escalar hacia la cubierta.

Al llegar arriba, vieron que no era un buque mercante al uso, sino reconvertido. Un edén en medio del mar.

Se agacharon y, mientras se planteaban qué hacer, escucharon voces. Decidieron actuar y acercarse a las personas que estaban en ese lugar.

FOSCO

Fosco suspiró.

No era alegría, porque cada asesinato era una derrota para la sociedad, para Akeron. Pero sí respiró alivio de verdad, de venganza, de justicia.

Marc, a pesar de que no lo conocía, se merecía descansar en paz, tener justicia y que la persona o personas que le habían hecho eso pagaran por sus actos criminales.

—¿Quiénes? —preguntó Fosco—. ¿Quiénes estáis enamorados?

Otis no demostraba emoción. Los mismos ojos en una situación de sorpresa, de tristeza o de miedo. Eran los mismos, inexpresivos, como tuberías vacías y sin fondo.

—De Jenny.

—¿Y no podían, simplemente, separarse?

—Tenía deudas adquiridas. No quería heredar eso.

—Todo chorradas, marine —espetó el jefe.

«Es que, cuando uno es idiota, es idiota», pensó Fosco.

—¿Jenny te ayudó? —preguntó la Consejera al dar un paso al frente.

El chico se calló.

—¡Marine! —gritó Rupert, apretándolo del cuello.

—Sí. Me dejó entrar de madrugada; cuando ella salió, yo entré. Estaba despierto, se iba al lavabo y le clavé el puñal.

—¿Puñal?

—Sí, el de guerra, el del ejército.

—¿Dónde está? —preguntó Fosco.

Otis indicó la ventana que daba al mar.

—Pero ella también lo apuñaló, ¿verdad? —dijo Fosco, recordando la autopsia, recordando que las puñaladas de la izquierda eran hondas y las de la derecha, menos numerosas y menos profundas.

—Sí.

—¿Cuándo?

—A la hora de comer.

—Cuando él ya estaba muerto.

—Sí.

—Es decir, lo mataste tú por la mañana y ella fue después a vengarse. Y lo remató ya muerto. Con toda esa sangre… —constató, incrédulo, Fosco.

El chico asintió.

—¿Pero por qué? —preguntó la Consejera.

—Él la maltrataba. Era un mal marido. Le pegaba y la torturaba psicológicamente. Estaba enamorada de mí y vivía en una cárcel con él.

—Consejera, ¿tienes constancia de estos hechos?

Ella negó con la cabeza.

—Lo averiguaré, pero estoy segura de que no se había realizado ni una denuncia. Lo sabría… —afirmó la Consejera.

Fosco asentía mientras la escuchaba.

—Me lo imagino. Estos motivos no me convencen, Otis, pero esto ya no es de mi incumbencia. Ahora le toca a la Consejera y al *boss* decidir qué os pasará —dijo, y cerró el estuche con las gafas; las dejó en la mesa, al lado de la televisión.

Luego regresó delante del chico y se colocó a pocos centímetros de él. Miró desde cerca el fondo de sus ojos. Y lo que lo asustó fue que no vio nada. Vacío. Un fondo sin fondo. Entonces le dijo:

—Te has equivocado, Otis. No tenías que morder la mano que te daba de comer. Fallar a esta gente te costará mucho más caro que acabar en la peor prisión de Akeron City —dijo en un tono compasivo.

Dicho esto, Teddy recibió la orden de volver a esposarlo. La Consejera le dijo al oído dónde tenía que llevarlo para que nadie lo escuchara y se lo llevó.

Fosco lo observó, parecía que tampoco le importara mucho que lo hubieran descubierto. Suspiró y sintió como una mochila pesada como el cadáver de Marc se desprendía de su espalda y caía al suelo, en un ruido sordo.

La Consejera cerró la puerta del camarote y le puso un cartel con la palabra cerrado. Desde ese momento, como dijo justamente Fosco, sería un trabajo de ella y de Teddy.

Después de resolver el caso, Fosco y la Consejera se tomaron una copa de vino y una cena relajada en el comedor. Ella siempre con la espalda en la pared, de cara a la puerta.

Después de cenar, él le propuso un paseo por la zona ajardinada del barco. El viento era frío y soplaba una brisa marina que hizo que tuviesen que coger un abrigo. Pero a pesar del frío,

necesitaba un momento de relax, un momento de hablar, de vivir, de desconectar. Además, a Fosco, en el fondo, le gustaba la compañía de la Consejera.

—Así que mañana te vuelves a tierra firme —dijo ella, sentada en un banquito.

El sonrió mientras la brisa marítima transportaba el salitre junto al olor de las rosas y otras flores que no sabía reconocer.

—Ese era nuestro acuerdo.

—Bueno, te debo algo.

—Sí. Me debes una información.

Ella asintió.

—Voy a averiguarlo y te lo diré.

—¿Cómo? ¿No lo sabes?

—No, pero te lo he prometido y voy a averiguar dónde está ese cabronazo.

Él se quedó con mal sabor de boca.

—Fosco, ¿por qué esa cara? Yo soy una mujer de honor, no te voy a fallar. Sería lo último que quisiera hacer en el mundo. Te lo aseguro. Confía en mí, cuando sepa dónde está ese cabronazo, te lo haré saber.

—¿Tú no vendrás?

—No, yo no voy a bajar de este barco de momento.

—¿Por qué?

Ella sonrió de forma melancólica mientras miraba al horizonte, como si quisiera ver las luces que estaban en los techos de los rascacielos de Akeron.

—Llevo varios años sin bajar de esta nave.

—¿Cuánto? —gritó Fosco sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Sí, has entendido bien.

—¿Y no piensas bajar un día?

—Sí, puede que un día baje.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿por qué subiste a esta sociedad marítima?

Ella inspiró mientras pensaba. Lo hizo con la nariz levantada, oliendo el aire y qué traía de nuevo.

—¿Sabes, Fosco?, a veces me da la sensación que huelo la costa. Echo de menos pasear por la playa, el olor de los bosques. Quisiera no tener este movimiento continuo bajo los pies. Quisiera un café en una cafetería, leyendo el periódico. Conducir una bicicleta bajo la lluvia. Conocer gente que no sea de este barco —dijo, y se quedó mirándolo fijamente.

Los ojos de la Consejera estaban clavados en los del médico. Él vio ternura, en pocas horas con ella, consiguió ver una primera capa de ternura bajo la fachada dura, elegante y calculadora que demostraba veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Entendía a esa mujer. En el fondo, por muchos años, su barco fue la morgue. Su único trayecto era de la morgue a casa. Nada más. Se sentía mucho más cerca de la Consejera de lo que esperaba. Con una diferencia, él podía romper la rutina en cualquier momento, ella no podía bajar del barco.

Pero no se lo quiso decir, si le hubiera dicho lo que pensaba, la noche habría acabado mal. Y él lo único que quería era volver a casa, a su vida, a su rutina otra vez.

—¿Por qué has acabado aquí?

Ella rio y bajó la vista.

—Es una larga historia.

—No tengo prisa.

—No, tienes que dormir, mañana te despertarás en tu casa.

«Y si no quisiera irme mañana. Si me quedara un día más», pensó decirle, pero cambió de tema.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? ¿Cuándo volverán a hablar Michael y el fiscal?

Ella torció la boca.

—Cuando tenga esa información, te la mandaré también con los próximos pasos para que se la entregues al fiscal.

—¿Y cómo puedo comunicarme contigo?

Y seguidamente pensó: «Mierda, se lo he dicho. No me puedo creer lo que he dicho. Pero es por hablar, que no piense nada más».

Ella sonrió de forma traviesa.

—Bueno… —dijo con un tono más alegre, más animado, lejos de como hablaba antes con melancolía—. En ese caso…

Se oyeron unos pasos detrás de ellos, seguidos por una pistola que se cargaba.

—¡Quietos, policía! —gritaron desde atrás.

Fosco se giró junto a la Consejera. De repente, de las sombras apareció una figura que conocía. Se quedó helado, petrificado. Su cerebro hizo un cortocircuito al verla a ella en ese lugar perdido.

—¡Fosco! ¿Fosco? ¿Qué estás haciendo con estos mafiosos? —gritó Olivia.

EPÍLOGO

Un jardín de rosas.

Un barco y luces.

Una mujer y Fosco.

Hablando.

La imagen que tenía delante Olivia le disparó los nervios. Ella, que había removido la ciudad para encontrarlo y cruzado un mar de incertidumbres… para encontrarlo con los Corvino, en son de amistad o algo peor.

Olivia se sintió profundamente defraudada.

—¿Fosco? ¿Qué haces aquí con ella? ¿Te has pasado al bando de la mafia?

—Olivia… —dijo él, desconcertado—. ¿Qué…, qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—¿Que qué hago aquí? He venido a rescatarte de estos criminales asesinos —gritó, apuntando la pistola hacia la mujer.

—¿Asesinos? No, te equivocas, no lo son.

—Claro que lo son. Qué pasa, Fosco, ¿te han lavado el cerebro o qué? —gritó, acercándose.

—No, Olivia, baja esa arma y déjame explicarte.

—¡No! —gritó en medio de una crisis de nervios o de ansiedad, o de las dos a la vez—. Esto no me lo esperaba de ti.

Dønato, que sin su Borsalino, que había dejado en la garita de la policía fluvial, era prácticamente irreconocible, estaba callado viendo el drama.

—¿Olivia? —preguntó la Consejera.

La inspectora arrugó la frente.

—Sí, Olivia Wolf, ¿la conoces? —preguntó Fosco.

La Consejera no contestó.

Entonces, la inspectora sacó unas esposas y las tiró hacia Fosco.

—Pónselas, Fosco. Tenemos que pedir refuerzos y que venga la policía a incautar este barco. Los Corvino hoy van a morir como organización.

—No, no, espera, es que no es como tú te imaginas. Déjame explicarte —dijo Fosco con tono negociador—. ¡Espera!

—¡Quieto! No des más pasos —gritó, y apuntó al forense—. Te han comido la cabeza. Dønato, baja al bote, manda una señal de *mayday*, luego coge el teléfono satélite y pide refuerzos al código 34 de urgencia máxima, y les das las coordenadas.

—¡No! —gritó la Consejera, enseñando las manos a Olivia, intentando mostrarle que no tenía nada que esconder—. Déjame explicarte, Olivia. No es como te imaginas.

—Llámame inspectora —espetó hacia la mujer—. Tú y toda tu organización vais a pagar todos vuestros crímenes y asesinatos. Empezando por el de mi padre —soltó con rabia acumulada.

—¿Tu padre, Olivia? ¿Qué tiene que ver? —preguntó Fosco.

—Mi padre estaba investigando las mierdas de esta gente y se lo cargaron. Dijeron que fue un suicidio, pero fue un asesinato de manual. Los Corvino no querían que siguiera investigando sus negocios sucios, las drogas y todo lo demás. Mi padre fue solo un peón sacrificable de vuestro sucio juego. Hoy es el día que me había propuesto encontraros y hacer justicia, por Akeron y por mi padre.

La Consejera bajó los brazos y se acercó a la pistola que la apuntaba.

—Tienes razón, tu padre murió por investigar la verdad y simularon un suicidio, es verdad…

—¿Ves?, lo sabía, por fin alguien que reconoce sus pecados.

—Pero te equivocas de bando, fueron los Grieco.

Olivia se rio a pleno pulmón, forzada.

—Esto es lo más necio y asqueroso que he oído jamás.

La Consejera negó.

—Te equivocas, es lo más sincero que vas a escuchar en tu vida.

—Imposible, he estudiado los dosieres de mi padre. Hablé con sus compañeros, todos me dijeron la verdad, los Corvino estaban detrás.

—Tu padre era un buen hombre, Olivia. Pero pisó los pies de la gente equivocada y la comisaría norte está corrupta, el comisario lo está.

—¿Qué dices? ¡Basta! ¡Cállate! Estás intentando desviar la atención, estás intentando despistarme.

—No, para nada, Olilì… —dijo la Consejera con acento francés.

Olivia bajó el arma un poco, igual que su mandíbula. Se le heló la sangre. Una ducha de agua fría la alcanzó. Un *flashback* a los años de cuando era una niña.

—Así solo… Mi padre… ¿Cómo? ¿Cómo lo sabes? ¿Lo mataste tú? —exigió mientras la volvía a apuntar con la pistola, esa vez retirando con el pulgar el percutor.

—No, Olivia. Yo no fui. No pude porque yo, en esa época, era una adolescente y cuidaba de ti. Olilì, mi querida niña de rizos de oro —dijo ella con un tono dulce y comprensivo—. Soy Emma, tu canguro. ¿No te acuerdas?

Olivia bajó definitivamente el arma. Dio un paso hacia atrás mientras negaba, cada vez más fuerte.

—No, no puede ser. No es real, no puedes ser tú.

—Sí, la Consejera es una máscara, yo era amiga de tu familia.

—No, no me lo creo.

—Y creo que ha llegado el momento de que lo sepas.

—Que sepa, ¿qué?

Emma, la Consejera, suspiró. Y contuvo las lágrimas.

—Tu padre no ha muerto, lo hemos tenido escondido hasta el día de hoy —confesó Emma, y le alargó la mano—. ¿Quieres verlo?

Olivia miró la mano de Emma, su canguro cuando era una niña, y la cogió para ir a encontrarse con su padre, que no veía desde hacía una vida.

¿Te ha gustado?

Descubre "*Las Marcas del Pasado*", la siguiente entrega del Forense Fosco Merrell.

IR AL LIBRO

A veces, un tatuaje cambia el rumbo de una autopsia.

Fosco se ve obligado a lidiar con su caso más misterioso, donde una autopsia revela la inquietante identidad de un cadáver.

Olivia tendrá que enfrentarse con su pasado y con la aparición de una persona a quien la policía había dado por muerta.

Akeron City no tiene redención.

Violencia, criminalidad y más muerte en una ciudad gobernada por una mafia que anhela el poder absoluto. En este escenario, además, Fosco tiene que lidiar con un fiscal que se toma la justicia por su mano y con un caso que sacudirá los cimientos de sus valores.

Cuando el Forense Fosco Merrell creía que su vida se había estabilizado y enderezado, todo vuelve a temblar por las marcas que deja el pasado.

Sumérgete en "*Las Marcas Del Pasado*", una novela que te llevará al borde del abismo con un suspense inigualable y una red de traiciones que te mantendrá enganchado hasta la última página.

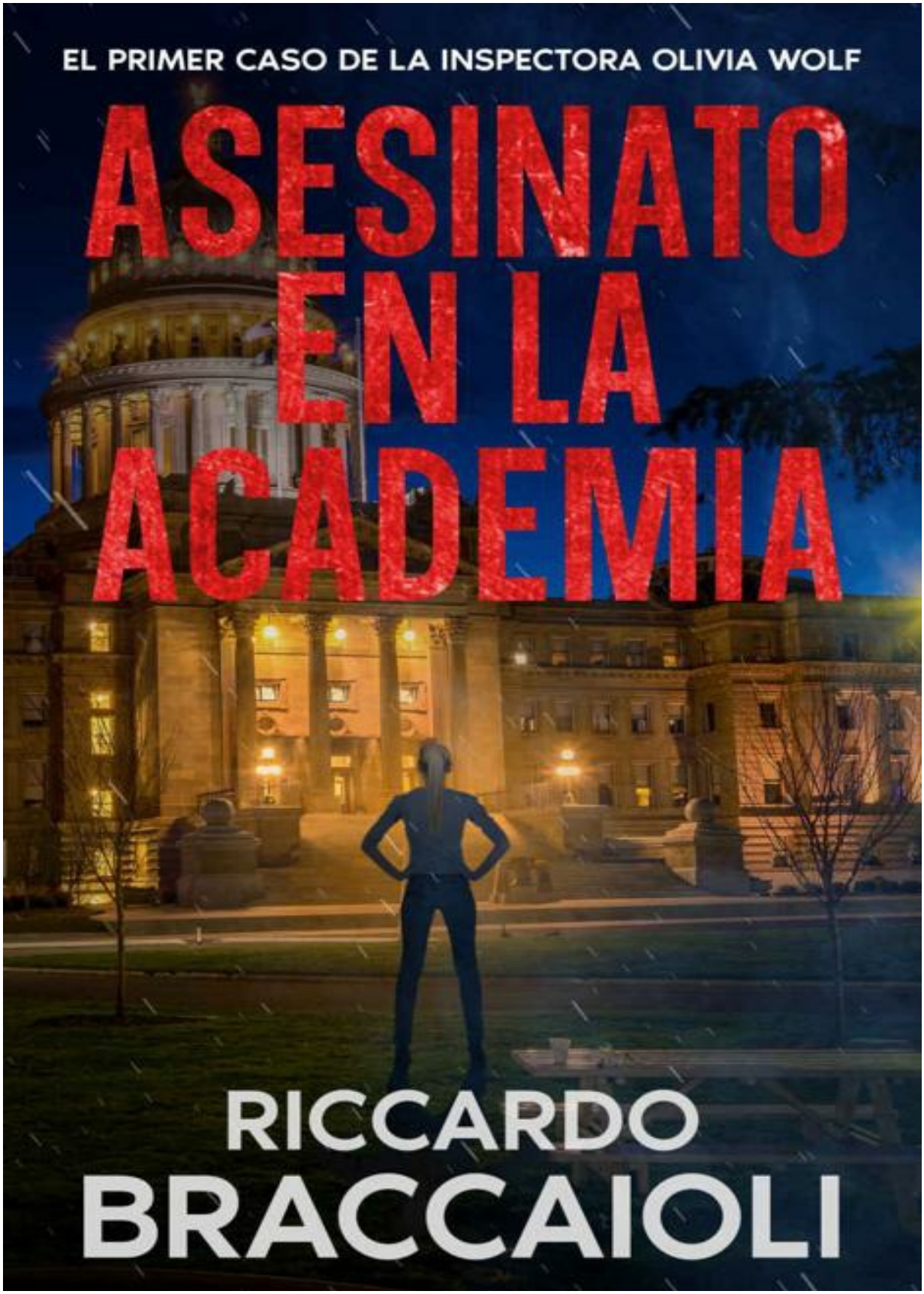
Haz clic y descubre el siguiente capítulo de esta saga electrizante.

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y misterio como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola o Michael Connelly, no podrás dejar de leer *Las Marcas Del Pasado*.

IR AL LIBRO

¡ADELANTO GRATIS!

La serie de **El Forense** continúa **también** con:


EL PRIMER CASO DE LA INSPECTORA OLIVIA WOLF
ASESINATO EN LA ACADEMIA
RICCARDO BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la primera entrega de la inspectora Olivia Wolf, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO

Akeron.

Academia Lombroso.

Cuando Olivia y Valentino encontraron el cadáver, se dieron cuenta de que esa fiesta se acababa de convertir en la más trágica de la Academia Lombroso.

Los cadetes solían celebrar los finales de trimestre con eventos privados por las habitaciones de la residencia y música hasta altas horas de la noche en los comedores.

Era una tradición para desinhibirse después de muchos días de estudio, pruebas y tensión.

En esas fiestas, que en ciertas ocasiones rozaban el desenfreno, música, alcohol y sexo, se pasaban de la raya numerosas veces. Sin embargo, nunca en la historia de la academia había sucedido nada parecido como en esa noche. No tanto por el posible exceso de diversión, sino por la paradoja de encontrar un muerto en la mismísima cuna de la futura policía.

—¡Está muerta! —dijo Olivia, asombrada después de poner los dedos en el cuello y mirar aterrorizada a Valentino.

Este se acercó y le colocó su reloj delante de la boca. El cristal no se empañó. La compañera tenía razón, la chica había muerto.

Valentino se pasó una mano por la cara.

—¡Hace unos minutos estaba abajo con nosotros! ¿Cómo puede estar muerta? —preguntó él con tono de desesperación.

—No tengo ni idea, estaba contigo, ¿cómo quieres que lo sepa? —espetó la chica.

Valentino se fue hacia la puerta y miró el pasillo. La música, que provenía de la sala común, seguía altísima. Los compañeros cadetes salían y entraban por las estancias sin ser conscientes de lo que había pasado.

Se paraban en el pasillo y charlaban, bebían los combinados que sujetaban y reían.

En el umbral, Valentino no supo entender si alguien de los que representaban esa fauna festiva sería el asesino de la joven compañera.

Podía haber sido cualquiera. Podía estar fingiendo y dar la impresión de ser uno de la fiesta o, simplemente, disimular bailando en medio de ese pasillo que por una noche se transformaba en un escenario.

Valentino volvió a entrar en la habitación.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó él.

—¿Cómo que qué hacemos? Tenemos que pedir auxilio. ¿No te parece? —respondió ella, segura y contundente.

Se levantó ante la consternación del compañero.

El cuerpo sin vida de la cadete de policía se encontraba boca arriba. Tendida en la alfombra al lado de la cama.

Cuando Olivia volvió a mirar a la chica, le saltaron las lágrimas. Valentino no tardó en acercarse y abrazarla. La besó en la mejilla y la apretó en un abrazo amoroso. Este se extendió y cuando la iba a soltar, Olivia se adelantó.

—Espera —dijo casi susurrando.

Al soltarse, se agachó, algo le había llamado la atención.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Déjalo, no lo toques. No contaminemos más la escena.

A ella le dio igual. Sacó un pañuelo del bolsillo y abrió con cuidado los dedos de la chica. En su interior había un objeto inquietante: una figurita.

La cogió con el pañuelo. Al levantarla, se dio cuenta de lo que podía ser: un caballo tallado en madera. Brillante, negro, casi espantoso.

«¿Por qué tenía eso en la mano la compañera antes de morir?», pensó ella.

—Olivia, no podemos modificar este escenario.

—Me da igual.

—Tenemos que llamar a la policía.

Olivia alzó la mirada hacia Valentino.

—Nosotros somos la policía.

Él puso los ojos en blanco.

—No, tú aún no lo eres y yo estudio para detective privado. Como nos pillen con eso substraído de la escena del crimen, nos echan de este chiringuito por interferir en una investigación. ¿Te das cuenta?

—Me da igual, han matado a una amiga y esto no es un detalle, es el quid de la cuestión. Pienso resolverlo —dijo ella, guardándose la figurita—. ¿Piensas ayudarme?

Valentino la miró fijamente. Olivia no era solo era la cadete más atractiva y guapa de la promoción, era una amiga, y por mucho que él lo intentaba, nunca conseguía que la relación cruzase esa línea. Decirle que no, aparte de los inconvenientes legales, era perder ese puesto de privilegio que tenía: ser el cadete más cercano a la chica más guapa de la academia.

Bufó y se encogió de hombros.

—Bien, ahora llama a la policía —dijo ella, indicando el teléfono de la habitación con la barbilla.

Él obedeció. Descolgó el teléfono y marcó el número de la policía de Akeron City.

Esperó un par de tonos y una voz respondió.

—Policía de Akeron City, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy un cadete de la Lombroso, hemos encontrado un cadáver en la habitación doscientos treinta y cuatro del edificio cuatro.

—¿Puede repetir eso? —pregunto la voz femenina, algo asombrada.

Él lo repitió.

Hubo unos segundos de perplejidad en su voz, pero enseguida le dio instrucciones para comprobar si estaba de verdad muerta o era una falsa alarma, un coma etílico, por ejemplo.

Valentino insistió.

—Lo hemos comprobado. ¡Maldita sea, está jodidamente muerta!

—Enviamos una patrulla ahora mismo. Mientras, avisad a vuestros instructores y a dirección. No perdáis tiempo —ordenó la mujer, y colgó.

Valentino colgó el auricular.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Olivia.

—Que tenemos que avisar a la dirección de Lombroso.

—Claro, ¿llamas tú o yo?

—Ya llamo yo —respondió él, y cuando fue a llamar, Olivia apretó el teléfono, impidiéndole descolgarlo.

—¿Qué pasa?

—Espera, necesitamos tiempo.

—¿Para qué?

—Mira la habitación, aquí falta una cosa.

¿Te ha gustado?

Descubre “Asesinato en la Academia”, la primera entrega de la inspectora Olivia Wolf.

IR AL LIBRO

El asesinato de la cadete Lina Spenser sacude los cimientos de la prestigiosa Academia Lombroso.

Olivia Wolf, una aspirante a inspectora, con un agudo ojo analítico y una rebeldía innata, se encuentra en el centro de la tormenta. Junto a su compañero Valentino, Olivia descubre un enigmático caballo de ajedrez que lleva a desenterrar secretos oscuros y una organización secreta.

Mientras Olivia navega por un laberinto de traiciones, venenos invisibles y figuras enigmáticas, deberá enfrentarse a fuerzas más poderosas de lo que jamás imaginó. En una carrera contra el tiempo, con su vida y la de sus seres queridos en juego, Olivia y Valentino se adentran en una peligrosa conspiración que amenaza con desmoronar la misma esencia de la justicia que juraron proteger.

Con un asesino aún libre y una red de corrupción que se extiende por la academia, Olivia deberá utilizar toda su inteligencia y valentía para desenmascarar al verdadero culpable y proteger el honor de la academia.

¿Podrá Olivia desentrañar el misterio antes de que sea demasiado tarde?

En un lugar donde las alianzas entre cadetes se rompen y las lealtades se ponen a prueba, la verdad puede ser la mayor amenaza de todas.

Asesinato en la Academia es un thriller policíaco de la serie El Forense, dónde encontramos las orígenes de la inspectora Olivia Wolf, por su paso por la Academia Lombroso en Akeron City.

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer *Asesinato en la Academia*.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

IR AL LIBRO

NOVELA GRATIS

Descarga gratis la primera novela de mi saga Álex Cortés, ***El Sastre del Diablo,*** El primer thriller del inspector de la policía investigativa, ambientado en Barcelona.



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación** del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

¡ADELANTO GRATIS! - Nueva Saga

Comienza a leer gratis la saga del inspector chef Gildo Falcone con:


RICCARDO BRACCAIOLI
MUERTE
EN
ROMA
UN THRILLER CULINARIO AMBIENTADO EN ITALIA

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA los primeros capítulos de la primera investigación de Gildo Falcone, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMEROS CAPÍTULOS GRATIS

CAPÍTULO 1

Gildo corría por la calle paralela al Circo Máximo para cumplir con su deber. Cruzó a la derecha. Las calles estaban invadidas por curiosos sin entrada, que se acercaban para escuchar el concierto. Vendedores ambulantes, sentados en cajas de fruta, ofrecían bocadillos envueltos en papel de aluminio y también cerveza y bebidas carbónicas que flotaban en cubos de hielo.

Se metió en la calle trasera. En ese momento comenzó a cantar Luciano, resucitando viejas canciones que ya formaban parte del imaginario colectivo.

Siempre pasaba por esa calle trasera del barrio de Ripa, normalmente silenciosa. Esa noche, en cambio, estaba llena de notas y de prisas.

Gildo aún olía a fritura y pan caliente. Se quitó la bandana japonesa y se soltó el largo pelo, que le llegaba hasta los hombros. Sacó la llave del bolsillo y abrió la vieja Vespa roja. Desbloqueó el portaobjetos lateral y cogió una camiseta limpia. Se la cambió y se colocó el casco. Puso en marcha la Vespa y arrancó a toda velocidad.

Gildo Falcone era un excelente inspector de la policía, además de ser uno de los más reconocidos chefs de la capital. Divorciado de Ornella, decidieron que seguirían con su puesto de bocadillos: juntos, pero no revueltos, a diferencia de la tortilla de Gildo. El negocio iba muy bien y continuar con él evitó que se separasen definitivamente.

Gildo tomó la Via Aventino, entre taxis y coches que se alejaban del Foro Romano.

Se detuvo en el semáforo y aprovechó para llamar a Ornella.

—¿Amore mio?

—Maldita sea, Gildo, dime que ya vuelves —dijo ella, mientras se oían ruidos de cuchillos y botes de cristal sobre la encimera de aluminio—. Esta me la pagas. ¿Sabes cuánta gente hay aquí afuera?

—Lo sé, por eso intentaré acabar lo antes posible. Sabes mejor que yo que si no fuera muy importante no me habría ido, ¿verdad?

—Me da igual, Gildo, como si te hubiera llamado el Papa en persona. Yo miro por nuestro negocio.

—Te prometo que volveré lo antes posible. El jefe me ha llamado, hay un… no sé qué, no sé si es un asesinato, pero es algo raro. No sé.

Se oyó al fondo el temporizador que sonaba.

—Por favor, Ornella, no te olvides de las patatas —dijo a distancia—. ¡Que el cerdo canta!

De fondo se escuchaba la música del concierto y el bullicio de los clientes que esperaban.

Ornella sacó las patatas y las tiró en la bandeja de aluminio.

—¿Qué? ¿Las has quemado? —dijo Gildo adelantando un coche y ya tomando la Via Ostiense.

—No, justo a tiempo —respondió ella con un suspiro—. ¿Pero se puede saber a dónde vas?

—Es un restaurante de la zona Eur.

—¿Hasta allí? —dijo sin creer lo que escuchaba por los auriculares—. Volverás a las mil.

—Orni, amore, paso por el túnel, te llamo más tarde porque seguro que se corta.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —espetó ella enojada y lanzó un grito al aire por la rabia.

Gildo había sido requerido por el comisario para dirigirse al restaurante Bellagio, un local abierto desde hacía poco por un futbolista del equipo de la Roma y que hacía furor en la capital. En el mensaje audio que había recibido, en ningún momento se había usado la palabra muerte, ni nada parecido. La ambigüedad no era habitual en él. Pero la urgencia era suficiente como para llamarle un día festivo.

Entró en las grandes y desiertas carreteras del Eur. La Via Cristoforo Colombo estaba casi vacía. Giró a la derecha en la plaza de las Naciones Unidas y aparcó la moto.

La zona estaba vallada. Las luces de las patrullas de la policía insinuaban el problema en el local; las cintas para aislarlo, lo confirmaban.

Gildo se acercó y en medio de los coches de la policía vio el viejo Fiat del comisario y el Ferrari del futbolista.

No daba la impresión de que el panorama fuera a resolverse rápidamente. Pensó en el concierto en el Circo Máximo, que pronto acabaría. El Porco Miseria recibiría una ola de gente comparable a un tsunami de pedidos. En ese momento se dio cuenta de que Ornella tenía razón: esa noche sería larga y seguramente no volvería a tiempo para ayudarla.

CAPÍTULO 2

Pocas horas antes, Gildo estaba cocinando entre fogones: su otra pasión.

La Via San Gregorio, que llevaba al Arco de Triunfo y al Coliseo, brillaba esa noche. La dulce temperatura de la primavera romana incitaba también a los romanos, y no solo a los turistas, a caminar por las calles del foro.

Desde lejos, las farolas iluminaban una noche bañada por un concierto que revivía viejas canciones italianas de los años setenta.

Las carrozas tiradas por caballos blancos y negros daban un aire de otros tiempos a la ciudad eterna. En el ambiente se respiraban el olor a hierba cortada y la alegría, mezclados con flashes y frescos conos de helados.

El Circo Máximo era el escenario del concierto esperado: un remake de la música de la época de oro italiana. El que fue testigo de las carreras de cuadrigas romanas, en forma de óvalo alargado, ahora era un escenario de hierba que alimentaba miles de corazones pulsantes.

Entre el Coliseo y el Circo había una pequeña plaza, fruto del cruce de Via San Gregorio y Via delle Terme di Caracalla. Un espacio gastronómico formado por tres chiringuitos, tres puestos de gastronomía que saciaban el hambre de los viandantes. Un puesto de helados regido por una pareja de lesbianas; artesanales y hechos con el mismo amor que se profesaban. Un kebab, que ofrecía una de las mejores interpretaciones del street food turco, regentado por un padre y un hijo. Y, por último, el tercero, el «Porco Miseria», un food truck de bocadillos. De estilo irreverente y con cocina de fusión. Su logo era un sello de paquetería gastado: una cabeza de un cerdo con dos cervezas que se cruzaban.

La gente hacía cola por uno de sus bocadillos o sus patatas chips aliñadas. Su caballo ganador era el porchettaro: pan de focaccia crujiente con romero, humeantes lonchas de porchetta, una generosa cantidad de queso stracciatella y untado con mayonesa de wasabi. Lo

envolvían en un papel que simulaba un viejo periódico, e impedía que las exquisiteces se escaparan. Iba acompañado con finas y crujientes patatas aromatizadas al curry.

Los romanos acudían por esos combinados, que triunfaban en la capital y que todo el mundo intentaba copiar. Las páginas de internet hablaban maravillas de todas sus creaciones y los turistas acudían para probarlas.

Esa noche, por culpa del concierto, la cola de clientes daba la vuelta a la manzana. Los hambrientos asistentes al concierto asaltaban los quioscos de comida rápida. Muchos tuvieron que marcharse con las manos vacías, ante la incapacidad de aplacar la demanda, disparada esa noche. Todos los que no habían conseguido comer antes del concierto, tendrían que hacerlo después.

El ansia de bocadillos se había atenuado, y ya solo había pocas decenas de clientes esperando a ser servidos. Detrás de los fogones y controlando las freidoras había una pareja de chefs. Ornella LoCarno, espíritu rebelde, meticulosa, irónica. Una mujer tierna fuera del furgón de bocadillos. Exdirectora de banco que prefirió cumplir sus sueños en vez de los de sus padres.

Y luego estaba él, el alma mater, el risueño y divertido chef Falcone, Gildo para los amigos. Se movía entre las baldosas del chiringuito como en una pista de baile. Pelo largo y ondulado, recogido con una goma encima de la cabeza al más puro estilo samuray. Una bandana blanca que recogía el sudor, provocado por las porchettas calientes que giraban y el aceite de las freidoras. La camiseta negra marcaba sus músculos, trabajados en el gimnasio.

Ornella cogió la freidora y la vació en una bandeja de inox. Después volvió a tirar un puñado de patatas chips crudas en la cesta. Apretó el botón del cronómetro con forma de cerdo, y puso dos minutos con veintitrés segundos exactos de cocción. Arrojó dos sazonadas de sal con curry y las puso en dos papeles antigrasa de color marrón en forma de cucurucho.

—Orne, ¿cómo van esas patatas? —gritó Gildo sin mirar—. Venga, que he visto gente más rápida. Menos yoga y más flow.

Después cogió un pan de focaccia, justo antes de que el romero de encima se quemara, y lo abrió de un solo corte, usando el cuchillo como un sable. Pasó el pincel de la mayonesa y una abundante porción de queso stracciatella. Luego con las pinzas cogió las lonchas de porchetta pimentada, las puso encima del queso y lo cerró. Lo vistió con un papel de periódico y lo sirvió junto a las patatas y una cerveza Nastro Azzurro a la clienta, que no dejaba de mirarlo y salivar.

—Aquí tiene, señora, un súper de la casa completo —le dijo mientras le guiñaba el ojo. Luego le pasó la bandeja sujetándola con el brazo y apretando los bíceps para que se vieran en todo su esplendor.

La mujer pestañeó, coqueta.

En cuanto Gildo se giró regresó con otro súper Porchettaro, mientras se ponía una rama de jengibre en boca. Le dio un par de mordiscos, sintió el sabor fuertísimo y lo volvió a dejar en la estantería.

—¿Cómo va el "Porco Hamburguer"? —gritó Gildo a su compañera.

Ornella se lanzó un cuchillo con la derecha por detrás de la espalda, lo hizo voltear por encima de su cabeza y lo volvió a coger con la misma mano por delante. Luego cogió un pan de mollete crujiente y lo abrió. Pasó el pincel de la mostaza, luego añadió una rodaja de tomate, un rulo de cabra pasado por la plancha y un disco de Porchetta triturada y marinada en el licor. Luego añadió rúcula y lo cerró. Acompañó con patatas chips con sal de trufa y se lo pasó al cliente que esperaba.

—Gracias por venir al Porco Miseria —dijo al hombre—. ¿Quién es el siguiente? —preguntó después, mirando al resto de cola que nunca acababa.

—¿No me faltan dos Nastro Azzurro? —dijo el hombre que acababa de ser atendido.

—Muy mal, Orne. Ya sabes que la cerveza es el ingrediente secreto de la porchetta —dijo con reproche.

—Aquí tienes, disculpa y disfruta del concierto.

En medio de la fila se abrió paso a codazos un hombre trajeado.

—Un Súper Porchettaro, pero que sea bueno —dijo mientras la cola protestaba y silbaba por el adelantamiento injusto—. Es para Luciano —explicó levantando las manos, como si los pedidos para los VIP's fueran prioritarios.

—Orni, ¿puedes decir a este energúmeno que se ponga a la cola? Aunque venga por un cantante no hacemos excepciones… —Hizo una pausa y siguió con el cuchillo al aire—. ¡Y dile también que todos los bocadillos salen requetebuenísimos!

La cocina de la furgoneta sacaba bocadillos continuamente, como si el hambre de los clientes no se acabara nunca.

Sonó una canción y Orni se detuvo a mirar a Gildo.

—Esta me encanta, Gildo, sube el volumen. ¿La bailas conmigo? —dijo parada en medio de la furgoneta y delante de los clientes asombrados.

Gildo frunció el ceño y se giró.

—¿Quieres seguir con esos bocadillos, per l'amor di Dio? —le espetó señalando su lugar de trabajo con un cuchillo.

—Ti aaamo. Un soldo, ti amo… —cantó ella, sujetando una espátula como si fuera un micro.

La canción clásica del artista italiano estremeció los ánimos del Circo Máximo, uniendo en un solo corazón a todos los que escuchaban sus notas.

Después de la actuación, de casi un minuto, Ornella regresó a sus labores culinarias ante la insistencia Gildo. En ese momento la pantalla del móvil del chef sonó. Se acercó a ver quién era. A pesar de ser su día de descanso en la policía, las urgencias no entendían de fiestas.

Sujetó el iPhone entre el hombro y la oreja para escuchar el mensaje de audio. Ornella lo miró; conocía ese cambio de mirada. No quería ni imaginar lo que estaba a punto de suceder.

Gildo dejó el móvil, acabó de preparar el súper bocadillo y lo entregó junto a la guarnición. Luego se rascó una ceja mientras lentamente se desabrochaba el delantal.

—No. ¡No! ¿En serio? —dijo Ornella apuntándole con un pequeño cuchillo—. No me vas a dejar con todo este lío, ¿verdad?

Gildo tragó saliva.

Su compañera lo conocía muy bien. Llevaban muchos años juntos en eso.

—¡Escúchame! Son solo unos minutos, volveré para cuando el concierto se haya acabado —dijo tranquilizándola, ya con el delantal colgado en el clavo al lado de la puerta.

—¿Por qué me haces esto? ¿No ves la cola que hay? —dijo ella ante las decenas de personas que esperaban—. No voy a poder sola.

—Claro que puedes. Tú puedes —dijo Gildo apretando el puño —. Tú siempre puedes, siempre lo has logrado. En nada vuelvo —dijo y se fue de la furgoneta.

Al salir se arrepintió de no haberle dado un beso, pero con esa tensión y apuntándole con un cuchillo, consideró que no era el caso.

Ornella, víctima de un arrebato de rabia, cogió el cuchillo y lo tiró a la pared, dándole a una tabla de cortar que había colgada en la pared. Luego regresó a mirar la cola, que parecía crecer como si supiera que se había quedado sola para despachar los bocadillos.

—¡Porca miseria, Gildo! —gritó desesperada.

Luego se abrió una cerveza y siguió haciendo bocadillos con más intensidad. El concierto acabaría pronto y las promesas de Gildo eran como sus patatas chips con trufa: volaban.

¿Te ha gustado?

Descubre “MUERTE EN ROMA” la primera entrega del inspector chef Gildo Falcone.

IR AL LIBRO

¡El investigador Gildo Falcone es el nuevo Comisario Montalbano!

Un asesinato en el restaurante más exclusivo de Roma. Un político influyente quiere cerrar cuanto antes la investigación. La posibilidad de que una mafia esté detrás de más sucesos enciende una trepidante investigación.

¿Hasta dónde estará dispuesto a llegar el investigador Gildo Falcone, en una investigación que excede a su jurisdicción?

Un asesinato en el Bellagio, el restaurante propiedad del futbolista del momento, revela un lugar lleno de secretos.

El alcalde de la ciudad le encarga una investigación rápida y fácil a unos de sus investigadores novatos.

Pero el inspector de la comisaría del Trastevere no se queda con una rápida verdad: algo huele a complot y a corrupción.

La política y la mafia se entrelazan en una novela teñida de gastronomía y de italianidad en estado puro.

Gildo se moverá por la Ciudad Eterna y desvelará sus secretos con una vieja Vespa roja que representa algo más.

Después de haber dejado la carrera de chef, Gildo Falcone se enfrenta a su peor investigación como inspector de policía.

Muerte en Roma es un Thriller culinario que te dejará enganchado, página a página.

¿Podrá resolver el caso antes de que haya más asesinatos en la capital?

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense y de gastronomía, no podrás dejar de leer *Muerte en Roma*.

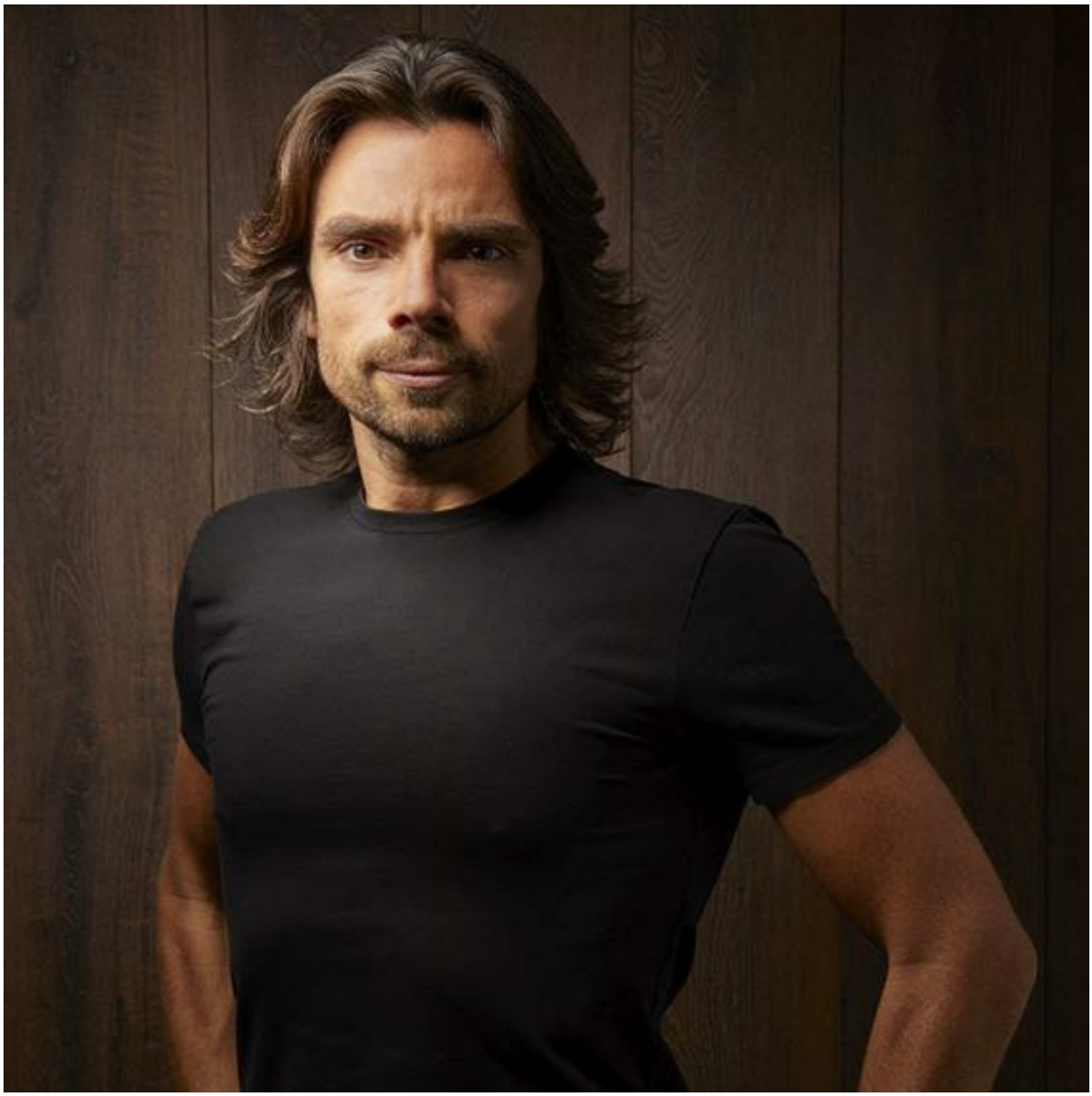
¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

También comparto con Pablo Poveda el Podcast LA COSA MEDITERRÁNEA, donde hablamos de escritura, de novelas y sobre todo de lo que hacemos cuando no escribimos.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Lista de obras:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:







Ver las 2 imágenes

Sigue al autor



Riccardo Braccaioli

+ Seguir

Comprar por 2,99 €

¿Accidente O asesinato?

Una perpetua enemistad entre dos pilotos la inesperada traición convertirán una can

Un acontecimiento dramático lo cambia Malatesta, el famoso director deportivo de

Leer más

Longitud de impresión	Idioma
554 páginas	**Español**

Los clientes que vieron este producto también vieron